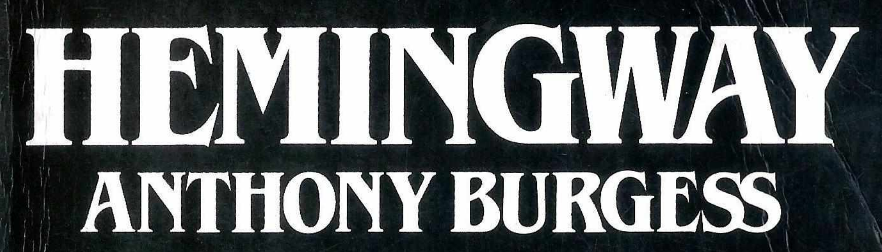


BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS



HEMINGWAY

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

HEMINGWAY

ANTHONY BURGESS

Prólogo

JOSEP M.ª CASTELLET

SALVAT

Versión española de la obra original inglesa: *Hemingway, and his world*, publicada por Thames and Hudson.

Traducción del inglés a cargo de M.ª Isabel Merino.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat o de Thames and Hudson.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa)
ISBN: 84-345-8154-X
Depósito legal: NA-770-1985
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca, 41-49 - Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1985.
Printed in Spain

Índice



Ernest Hemingway (1899-1961)

Ernest Miller Hemingway, escritor estadounidense, nació en Oak Park, Illinois, el año 1899. Al acabar sus estudios comenzó a trabajar como reportero en el *Kansas City Star*. Tras enrolarse voluntariamente en la Cruz Roja durante la I Guerra Mundial, Hemingway volvió de Europa herido y condecorado, y se reincorporó a su trabajo de periodista, esta vez en el *Toronto Star*, periódico con el que realizó su primer viaje a París. En esta ciudad conoció a Gertrude Stein y a la mayor parte del grupo de escritores que, incluido él, pasaría a la posteridad bajo el nombre de la *generación perdida*. A lo largo de su vida, Hemingway viajó constantemente: Francia, España, Italia, Africa, Norteamérica... Prácticamente todas sus obras recogen sus experiencias personales en estos viajes, incluso las adquiridas como corresponsal en la guerra civil española y la II Guerra Mundial. En 1953 le fue concedido el premio Pulitzer por su novela *El viejo y el mar* y al año siguiente sería galardonado con el premio Nobel. Hemingway, creador de un estilo literario crudo y realista –que, en cierto modo, puede catalogarse de periodístico–, se suicidó el 2 de julio de 1961 en su casa de Ketchum, Idaho.

◀ *Ernest Hemingway en los últimos años de su vida.*



Prólogo

Sobre Hemingway

por ***Josep M.ª Castellet***

El viejo y el mar termina *–en la traducción española– con las palabras siguientes: «El viejo soñaba con los leones marinos.» Soñar con leones terrestres llevó a la muerte a Francis Macomber, como recordarán los lectores del hermoso relato que lleva su nombre. Ernest Hemingway soñó siempre con leones –hasta el punto que James Joyce dijo alguna vez que no entendía a aquel joven escritor que sólo hablaba de ellos–, se sintió impresionado por la insólita historia del leopardo perdido que encontró la muerte en las nieves del Kilimanjaro y, sobre todo, quedó fascinado por los toros y la corrida. Amó el boxeo, el alcohol y las mujeres, deportes peligrosos, y le gustaban los rifles de caza –el primero lo tuvo a los diez años–, con uno de los cuales se suicidó.*

Hemingway llenó nuestra imaginación juvenil de héroes solitarios, de aventureros sin objetivo y de turistas americanos perdidos por el mundo en busca de emociones inéditas. Es decir, nos llenó de sí mismo y de sus sueños. Ernest Hemingway junto con Francis Scott Fitzgerald configuran a toda una generación que Gertrude Stein calificó como «perdida», término aceptable en el sentido que acabo de utilizar, es decir, el de los erráticos turistas americanos de los años veinte que recalaron en Europa, donde algunos no sólo descubrieron la literatura, sino que se descubrieron a sí mismo como escritores. Generación perdida, quizás, en cuanto desarraigada –hasta cierto punto– de su país. Generación cosmopolita, también: no olvidemos que Hemingway no escribió más que una novela cuya acción discurre en los Estados Unidos: Tener o no tener. *Generación de solitarios, sobre todo, porque algunos consiguieron ser visceralmente escritores. Así, en el discurso de aceptación y de agradecimiento por el premio Nobel, en 1954, Hemingway decía: El escribir es, en los mejores momentos, una vida solitaria (...) Es porque hemos tenido grandes escritores en el pasado por lo que un*

◀ *Hemingway, como corresponsal de guerra.*

escritor es empujado mucho más allá de donde puede ir, lejos, donde nadie pueda ayudarle.»

Paradójicamente, esos solitarios cosmopolitas, de vida más o menos aventurera, necesitaban rodearse de amigos, de admiradoras y del variopinto personal que acompaña a los que alcanzan la fama, para combatir su soledad profunda, con la cual se enfrentaron, definitivamente, al final del trayecto: pienso en las muertes de Hemingway y Scott Fitzgerald, y en los días, semanas o meses que las precedieron. Pero pienso especialmente en el sentido real de las palabras de Hemingway que he transcrito: la soledad del escritor en el momento de asumir su responsabilidad ante el mundo frente a una página en blaco con la obligación de intentar ir más allá, donde el desierto es virgen y el mar no posee horizonte.

Desde este punto de vista, Hemingway fue, ante todo, un profesional. Creó un universo original porque fue capaz de crear un estilo. Ahí empieza y acaba todo el secreto de un escritor. No hay más, porque las anécdotas o los argumentos que cuentan los novelistas son siempre los mismos: el amor, el deseo, el azar, la ilusión, la lucha por la vida, la mediocridad de los días, el paso del tiempo, la fatalidad de la muerte.

El estilo, pues, y excúsenme la palabra: que cada cual la entienda como quiera. Personalmente me refiero, quizás, a algo más que a encontrar le mot juste, *como decía Flaubert, y, en todo caso, a pesar de la admiración de Hemingway por Stendhal, a mucho menos que a la definición de éste: «...Añadir a un pensamiento dado todas las circunstancias calculadas para producir el efecto completo que el pensamiento debería producir.» La ruptura de estilo de Hemingway –de tanta influencia sobre otros escritores posteriores– es una ruptura de concepto con la literatura del siglo XIX y una propuesta para la del siglo XX. En todo caso, Hemingway hubiera estado más de acuerdo con Flaubert que con Stendhal.* Le mot juste *podía ser un sustantivo, un verbo, un adjetivo... Hemingway hubiera dicho, en todo caso, el* verbo *justo –y a partir de ahí podríamos lucubrar todo lo que quisiéramos sobre la «filosofía de la acción» en la obra de nuestro autor, aunque el concepto de «filosofía» le hubiera molestado tanto como el de «pensamiento» al que hace referencia Stendhal. Ahí no hubiera transigido, porque si en la economicidad de estilo que propugnaba Hemingway sobraban, por ejemplo, los adjetivos –contra los cuales le puso siempre en guardia Ezra Pound–, lo que a su entender sobraba en la literatura era el pensamiento. La literatura tenía que ser acción, como cazar leones; pura ficción, como hacer la guerra o, más pacíficamente, hacer el amor.*

Ahora bien, esas ideas de Hemingway no eran innatas en él. Tuvo un aprendizaje difícil, porque en el principio no fue más que un periodista mandado a Europa por el «Toronto Star» para cubrir la información política y aun sin sueldo fijo: cobraba por artículo publicado. Pero Europa era todavía Europa y el azar, en la figura de Sherwood Anderson, le proporcionó la mejor de las entradas para un escritor en ciernes: una serie de direcciones de amigos que vivían en París. El lector encontrará en la excelente biografía de Anthony Burgess que sigue a estas lineas los pequeños detalles y las menudas anécdotas de sus contactos parisinos y el crecimiento de la conciencia de escritor de Hemingway en el París de los happy twenties. *Es el relato de uno de los grandes –y verídicos– mitos literarios de nuestro siglo. Carlos Pujol, en su* Vida de Hemingway, *que sirve de posfacio a la edición española de* El viejo y el mar, *señala los tres lugares de reunión en París de los norteamericanos de la tercera década del siglo: el salón literario y artístico de Gertrude Stein, la librería «Shakespeare & Company» de Sylvia Beach, en la* rue *de l'Odéon, y el hogar del matrimonio Pound, en Montparnasse.*

A Hemingway, a quien el periodismo –en frase suya– le está «destruyendo poco a poco», el contacto con aquel mundo le enriquece enormemente. De Gertrude Stein, a quien enseña sus manuscritos, aprende lecciones prácticas de escritura: la Stein corrige los originales como un maestro revisa las redacciones de sus alumnos, no sin grandes reticencias por parte del autor o, simplemente, peleas violentas entre ambos; Sylvia Beach le ofrece la mejor biblioteca en inglés de París; Ezra Pound le habla largamente de la renovación o de la revolución literaria que está en curso. Hemingway, que conoce además a otros muchos personajes, de Ford Madox Ford a James Joyce, no abandona nunca su postura rebelde frente a sus maestros, bastante dogmáticos, por otra parte, en sus ideas literarias. Pero aprende, porque quizás antes de pelearse con ellos ha sabido escuchar. Todos le hablan de una literatura esencialmente exigente consigo misma, muy precisa, completamente antirretórica. Por otra parte, Hemingway descubre –en las traducciones inglesas que encuentra en «Shakespeare & Company»– a los autores rusos a los que desconocía: «Me leí –dice en París era una fiesta– *Turgeniev entero, todo lo que había salido en inglés de Gogol, las traducciones de Tolstoy por Constance Garnett, y las traducciones inglesas de Chejov. En Toronto, antes de haber estado nunca en París, oía yo decir que Katherine Mansfield había escrito grandes cuentos, pero cuando quise leerla después de conocer a Chejov me parecía oír los relatos cuidadosamente artificiales*

de una solterona joven, comparados con lo que puede contar un médico de mucha inteligencia y experiencia, que además era un escritor bueno y sencillo (...) En Dostoyevski había cosas increíbles y que no se debían creer, pero había algunas tan verdaderas que uno cambiaba a medida que las leía. La flaqueza y la locura, la malignidad y la santidad, la insania del juego estaban allí para que uno las conociera como conocía el paisaje y los caminos en Turgeniev, y los movimientos de tropas y el terreno y los oficiales y la tropa y el combate en Tolstoy. Al lado de Tolstoy, lo que Stephen Grane escribió sobre la guerra civil parecía la brillante fantasía de un muchacho enfermo que nunca había estado en la guerra (...) Hasta conocer La Chartreuse de Parme, *de Stendhal, nunca leí nada que presentara la guerra tal como es, excepto en Tolstoy...»*

Perdone el lector la extensión de la cita, que para mí resulta fundamental para completar «de viva voz» el conocimiento de una parte importante de la formación literaria de Hemingway: de un lado, como hemos dicho, estuvo su convivencia polémica con los autores norteamericanos; por otra parte, sus lecturas. Y entre éstas, el descubrimiento de Chejov, como cuentista, y el de dos de los grandes maestros literarios de la descripción de las guerras y, concretamente, de la narración de las batallas, Tolstoy y Stendhal. No hay que olvidar que Hemingway es un novelista bélico y tres de sus novelas están basadas o ambientadas en guerras en las que, de un modo u otro, participó directamente: la europea de 1914 (Adiós a las armas); *la guerra civil española* (Por quién doblan las campanas), *y la mundial de 1939* (Al otro lado del río y entre los árboles), *aunque en esta última retornan nostálgicamente temas italianos de la primera. Novelas, pues, de guerra –«de guerra y amor, como Tolstoy, a quien no he podido alcanzar nunca porque* La guerra y la paz *es la mejor novela del mundo»–, como sobre la guerra tratan infinidad de crónicas periodísticas, una obra teatral* –La quinta columna– *y numerosos cuentos.*

Uno de ellos, casi nunca citado, me parece ejemplar por cuanto une –en cierto modo– la voluntad de estilo de Chejov –ser «exacto y breve», como aconsejaba Pushkin– con la visión patética de los que no luchan en la guerra, sino que la sufren, sin saber exactamente, al final de ella, qué es lo que ha sucedido, ni por qué: sólo saben que, sea quien haya sido el vencedor, ellos han perdido, lo han perdido todo. Es, claro está, la alegoría del pueblo, marginado de las grandes decisiones de la historia. Se trata de un cuento brevísimo que ejemplifica la economía narrativa de Hemingway y ese estilo tan personal de relatar a través del diálogo. El título es El anciano del puente, *tiene sólo tres páginas y hubiera podido ser,*

todo él, una cita previa a La plaça del Diamant, *de Mercè Rodoreda, por múltiples motivos: trata de la guerra civil española, la acción transcurre a Cataluña y el protagonista es un personaje que tiene un palomar, como Colometa, la protagonista de la Rodoreda. Ese innominado anciano del puente sostiene una breve conversación con un supuesto –no hay ninguna especificación precisa– oficial del ejército republicano encargado de proteger la retirada de la población civil de San Carlos de la Rápita: escrito en primera persona, no hay duda de que Hemingway se identifica con él. Sentado al lado del camino, junto a un puente improvisado para atravesar el río, el anciano ha decidido no proseguir la huida. Solo, sin rumbo, recuerda a los animales que cuidaba, a los que le han obligado a abandonar. Alejado de ellos, nada le queda. El oficial le pregunta: «¿Y de qué bando político es partidario?» «De ninguno –responde el anciano–. No me interesa la política. Tengo sesenta y seis años. He caminado doce kilómetros y creo que no puedo seguir más.» La conversación prosigue brevemente y el autor termina con estas línea: «–Estaba cuidando los animales– expresó el viejo, lentamente, aunque ya no se dirigía hacia mí–. Estaba cuidando animales, nada más, nada más–. No había nada que hacer con él. Era domingo de Resurrección y los fascistas avanzaban hacia el Ebro. Era un día gris y nublado y el cielo bajo impedía la acción de los aeroplanos. Eso y el hecho de que los gatos supieran cuidarse representaba toda la buena suerte que podía esperar el anciano.»*

He tomado este ejemplo porque me parece que representa al más puro Hemingway: surge de sus lejanas influencias literarias, pero forma parte ya de su contribución personal como creador de un estilo, probablemente fijado ya en el tiempo e irrepetible, por cuanto aúna a la obra con el escritor, mejor dicho, con la vida real o imaginaria del escritor.

*Veámoslo. Por las obvias razones de constituir estas líneas el prólogo a una biografía, apenas he citado los hechos y las historias que la configuran. Hemingway tuvo fama de aventurero y, en cier*to modo, *intentó serlo. En cierto modo, digo, por cuanto sus viajes, sus anécdotas personales y su participación directa o indirecta en las tres guerras citadas estuvieron ligados, casi siempre, a razones de trabajo, entre ellas sus corresponsalías. El azar, que no su voluntad, le deparó algunas aventuras ciertas, a veces con riesgo de su vida, pero él nunca rompió las amarras que le ligaban a su país, a sus amigos, a sus mujeres y, esencialmente, a la creación de una obra literaria que, por haber alcanzado mucho éxito, le proporcionó abundante dinero. Creo que soñó siempre «con leones», como he dicho al principio, e imagino un personaje, el suyo propio, al que*

intentó vestir de una leyenda que no siempre correspondía a la realidad. A lo largo del tiempo, se convirtió a sí mismo en un «tipo» que parecía salido de sus novelas o de sus cuentos. Fue, en consecuencia, más que un aventurero raté, *un aventurero* rangé. *Pero en su vida real se dieron los elementos de un hombre de acción, con el contrapunto, siempre, de la reflexión y el trabajo. Quizá la anécdota que mejor define al personaje es la de su participación en la Gran Guerra, cuando los Estados Unidos entraron en ella y quiso alistarse como voluntario. Rechazado por un defecto de la vista, sólo fue admitido como conductor de ambulancias. Pero en un rescate en el frente, «consiguió» ser herido: una condecoración posterior le consagró como «héroe». La ironía de este lance no quita al joven Hemingway su valor, pero sí configura ya esa voluntad de acción, desvalorada, en cierto grado, por el reconocimiento oficial: los premios Pulitzer y Nobel se atribuyen con justicia a su obra, pero el presunto inconformista se encuentra preso en las redes del* establishment.

Así pues, una vida llena de comedidas peripecias le proporciona los elementos para llenar sus libros de grandes y soñadas aventuras o de héroes poderosamente vividos por su imaginación. La traslación literaria de anécdotas propias o ajenas basadas en la realidad hace cobrar un relieve especial a su obra, fuertemente realista, pero teñida por un idealismo peculiar en el que se funden, contradictoriamente, un fuerte individualismo, con rasgos de piedad o de amor. La eficacia de la literatura de Hemingway procede de la superación continua de las opciones contrapuestas en las que se encuentra el individuo en solitario a través de una escritura que no adjetiva, es decir, que no prejuzga comportamientos, sino que se esfuerza en describirlos con la máxima objetividad: «Yo quiero escribir de modo que haga efecto sin que el que lee se dé cuenta», dijo en una ocasión. Para ello tuvo que buscar –y encontró– una fórmula sumamente neutra, basada en los consejos de sus amigos y en intentar, siempre, ser «exacto y breve», preciso.

El estilo de Hemingway es una incitación a la participación del lector a través de los vacíos voluntarios que su prosa contiene. En todo caso, ha de ser el lector quien entienda ese «efecto» que se ha propuesto el autor. Efecto estético, si se quiere, pero también intelectual o moral. Porque, claro está, Hemingway tenía su concepción del mundo, pero se negaba, al narrar historias, a escribir ensayos. Por otra parte, su concepción del mundo estaba basada en el individuo y en su comportamiento: no hay más que personajes que, ante una situación determinada, obran de ese o de otro modo. El tejido de relaciones interpersonales da, ciertamente, un conjunto

social. Pero se diría que ese conjunto azaroso e impreciso no le interesaba demasiado. Le interesaba el individuo, en sí, el hombre, sobre el que se basa cualquier edificación social. El hombre, célula original, es quien existe y quien vive, el que se juega la vida, consciente o inconscientemente, a una sola carta, acertada o no, y en soledad.

Muchas de sus narraciones son, precisamente, alegorías sobre el destino del individuo: lo que le importa a Hemingway es el valor del hombre para hacer frente a su destino. Si tienen entereza moral, los hombres justifican su presencia en el mundo; si no, pueden ser gratuitos, finalmente inexistentes, objeto de menosprecio o de piedad. Hay, en el universo hemingwayano, una cierta concepción a la vez zoológica y moral del mundo que la acerca a la idea de la lucha por la supervivencia en la naturaleza, y en esta lucha a vida o muerte hay que sobrevivir: «El hombre no está hecho para la derrota; un hombre puede ser destruido, pero no derrotado.»

Su alegoría más clara la constituye El viejo y el mar. *En primer lugar, está la obstinación del anciano pescador contra su mala suerte: ochenta y cuatro días sin poder pescar un pez. Luego, pescado uno enorme, la lucha de ambos, solos frente a frente y mar adentro. Finalmente el triunfo y el fracaso del hombre: retorna a tierra arrastrando al gran pez, pero en el trayecto de vuelta los tiburones han devorado al animal y el viejo pescador regresa solo con la enorme espina descarnada. Para Hemingway, en este caso, no hay ni derrota ni destrucción: el viejo pescador ha luchado con valor hasta el límite de sus fuerzas y la adversidad del destino es algo que está más allá de él. Así, la vida de muchos hombres cuya consideración moral está por encima de victorias o derrotas, siempre que hayan luchado hasta el final.*

Vida y obra, proyecto de vida y realización de obra, son inseparables en nuestro autor. La biografía que van a leer a continuación, con la penetrante interpretación de otro gran novelista, Anthony Burgess, les acercará mejor a ambas que mi tentativa de introducir el libro a través de algunas modestas consideraciones de tipo general.

Introducción

La reputación literaria de Ernest Hemingway apenas ha disminuido en los años que han transcurrido desde su muerte. Todavía parece capaz de causar los shocks *estéticos que, en unos tiempos de innovación artística, sacudieron a sus primeros lectores. Convirtió la narración en prosa en un medio físico limpio de todo lo que fuera cerebral o fantástico, apto para el héroe hemingwayano: duro, estoico, resistente, exhibiendo esa clase de valor hemingwayano que hemos aprendido a denominar «elegancia en el sufrimiento». Ya establecido como uno de los más grandes escritores americanos de su tiempo, fue muy imitado y resultó ser fácil de imitar. Él mismo no estuvo por encima de imitarse a sí mismo en los días malos. Pero esa verbosa mecanografía que llaman prosa hemingwayana tiene poco que ver con el estilo terso de sus mejores libros, un medio que dominó a la perfección a lo largo de años de pobreza y dedicación ascética.*

Hemingway, el hombre, era, al igual que sus libros, una creación, y una creación muy inferior. Que difería de la mayoría de sus compañeros de profesión al ser un hombre de acción, fuerte y atractivo, es un hecho verificable, pero Hemingway no estaba satisfecho con la simple excelencia como cazador, pescador, boxeador y jefe guerrillero. Tenía que convertirse a sí mismo en un mito homérico, lo cual significaba posar y mentir, tratar la vida como si fuera una ficción, y, aun cuando algunas de sus mentiras son transparentes (como la de irse a la cama con Mata-Hari), es difícil deslindar su autofabricada leyenda, de una realidad menos deslumbrante, aun cuando deslumbre bastante todavía. Conocemos a Hemingway, el hombre, no a través de cartas o diarios, sino de historias contadas por sí mismo en bares, a bordo de barcos, de safaris, historias recontadas a su vez por otros, reminiscencias que sirven para alimentar la leyenda y que —haciéndose cada vez menos fiables según su personaje queda atrás en el tiempo— aún continúan apareciendo.

El más fiable de los compendios de hechos sobre la vida de

Hemingway es la biografía de Carlos Baker, profesor de Literatura de Woodrow Wilson en la Universidad de Princeton, de quien fui, en tiempos, humilde e indigno colega. Aunque el mismo Hemingway habló una vez con desprecio (o se dice que habló) del escolástico apetito por los hechos de Baker, ese rígido interés por la verdad biográfica ha hecho mejor servicio a Hemingway que el glorificante recuerdo de A. E. Hotchner (cuya obra, sin embargo, he utilizado una o dos veces). Hemingway, la leyenda, es tratado específicamente por el profesor Baker, pero el retrato de Hemingway, hombre, que emerge no disminuye al escritor, cazador, soldado, aficionado a los toros. Reconozco con gratitud la ayuda que he recibido de las casi novecientas páginas de Carlos Baker y recomiendo su Ernest Hemingway *sin reservas a cualquiera que desee seguir la historia más allá de los límites permisibles en un apunte tan breve como el mío.*

Deseo también rendir tributo a un libro escrito por otro antiguo colega mío: el profesor Arthur Waldhorn, del City College de New York. Su Reader's Guide to Ernest Hemingway (Guía del lector de Ernest Hemingway) *es el estudio crítico breve más útil de la obra de Hemingway que yo conozco, y ha influido de forma saludable en la visión un tanto ingenua de Hemingway que yo llevaba conmigo desde la adolescencia hasta el momento de acometer esta corta biografía. Hay otros muchos libros sobre Hemingway, hombre, obra o ambos, y doy las gracias debidamente ahora a todos aquellos que he leído y encontrado de valor. Pero sería injusto si no diera voz, aquí y ahora, a mi agradecimiento hacia estos dos genuinos hombres de letras, de uno no genuino, aunque ostentara las plumas de Visiting Senior Fellow en Princeton y, en Nueva York, de Distinguished Professor.*

2 julio 1977.

Anthony Burgess
Mónaco

1. Infancia y juventud de un mito

Si el autor de *The Sun Also Rises (Fiesta)*, *A Farewell to Arms (Adiós a las armas)* y *The Old Man and the Sea (El viejo y el mar)* y de las historias de Nick Adams hubiera sido un yerbajo raquítico, asmático o tísico, vivenciando fantasías de hombre fuerte en la literatura que producía, seguiría siendo uno de los grandes escritores americanos. Pero no era un yerbajo. Medía un metro ochenta, tenía el pecho ancho, era atractivo, vital, soldado, cazador, pescador, bebedor. Esta fusión de artista sensitivo y original y hombre de acción musculoso ha convertido a Ernest Hemingway en uno de los grandes mitos internacionales del siglo veinte. El mito se vuelve intrigante y misterioso por la presencia, tanto en su arte como en su personalidad, de una actitud ambigua hacia la vida y la muerte, de un dudar de sí mismo que parece contradecir las actitudes positivas asumidas en la guerra y de safari, de una genuina morbosidad cuyas raíces son retorcidas y se resisten a quien quiera excavarlas. Pero los dos aspectos más importantes del Hemingway público, el Hemingway de las anécdotas, anuncios de cerveza en lata, lista de *best-sellers*, segundo curso de literatura americana, representan el entronque de genes y temperamentos paternos.

No es necesario molestarse en seguir la pista de los antepasados de Hemingway hasta sus puertos de desembarco en el litoral atlántico de Norteamérica. Ambas ramas de la familia eran anglosajonas, moderadamente prósperas, creyentes practicantes, patrióticas, sencillas pero dignas. Su padre era Clarence Edmonds Hemingway, usualmente conocido por Ed, médico de Oak Park, Illinois, que se había graduado en Orbelin y el Rush Medical College, Chicago, hijo de un veterano de la guerra civil a quien le había ido bien en la compra-venta de tierras en Windy City. Ed Hemingway tenía barba negra, hombros anchos, medía un metro ochenta y era amante de la caza, la pesca, la taxidermia, la conservación de serpientes y la cocina al aire libre. No sólo dio a Ernest un físico de herrero, sino también un entrenamiento de leñador. Ed Hemingway tuvo primero una cabaña, más tarde una granja de cuarenta


John F. Kennedy Library

El padre de Ernest Hemingway, el doctor Clarence Edmonds Hemingway. «Me siento muy contento y orgulloso de que te hayas convertido en un hombre tan guapo, grande y masculino», le escribió a Ernest en 1915.

Ernest, niño, con sus padres y su hermana Marcelline, dieciocho meses mayor que él, en el año 1901. ▶

La casa de verano de la familia, Windemere, en Bear Lake, 1901. ▶

acres en los bosques de Michigan, y justo siete semanas después de nacer, el 21 de julio de 1899, Ernest fue llevado a visitar por primera vez tierras vírgenes norteamericanas. Fue un viaje agotador: en tren desde Oak Park a Chicago, en coche de caballos hasta el embarcadero del Lago Michigan, en vapor hasta Harbor Springs, en tren de vía estrecha hasta Petoskey, por una línea secundaria hasta el Lago Bear, en bote de remos hasta la cabaña llamada Windemere (tributo de la madre de Ernest a aguas ancestrales, pero con pérdida de una «r»). Iba a hacer este viaje a menudo. Ed Hemingway enseñó a su hijo a pescar, a manejar herramientas y armas, a cocinar carne de venado, mapache, ardilla, zarigüeya, paloma silvestre, peces de lago. No se debe matar por el placer de matar: regla que Hemingway olvidó cuando fue hombre. Si matas algo, debes cocerlo, decía su padre. Por tanto, Ernest-niño tuvo que mascar y tragar un fétido y correoso puerco espín que había

John F. Kennedy Library



Grace Hall Hemingway, la madre de Ernest: piadosa, sentimental y con buenas cualidades para la música. Ernest heredaría de ella un buen oído para el tono, pero también una visión defectuosa.

Ernest Hemingway a los dieciocho meses de edad.



John F. Kennedy Library

matado por capricho. El hábito de mentir o aureolar sus proezas al aire libre empezó cuando aún no tenía cinco años. Le contó a su abuelo Hall que había detenido, él solo, un caballo desbocado. El viejo dijo que, con una imaginación como aquélla, acabaría famoso o en la cárcel. Ernest Hall dirigía un negocio de cuchillería al por mayor en Chicago. Era un hombre religioso, aficionado al rezo familiar y, al igual que el padre de su yerno, veterano en la guerra civil, incluso tenía algo de héroe. Pero, y ésta es una manía que no pasaría a su nieto, nunca permitió que se hablara de la guerra en su presencia. El segundo nombre de Ernest Hemingway —Miller— le venía de un tío-abuelo que fabricaba camas. Tenía trato metálico,

conocimientos de hombre del bosque y piedad cristiana para dejar en herencia, pero no mucha literatura. Del otro lado estaba la música, representada por su madre. Grace Hall, a quien Ed Hemingway conoció cuando eran compañeros en Oak Park High School, era una joven de aspecto muy inglés: ojos azules, cuerpo generoso, complexión fresca. En su juventud había aspirado a un mundo mucho más ancho que Oak Park, teniendo, como tenía, buena voz de contralto y habiendo sido estimulada por su madre y maestros

Ernest y Marcelline, vestidos igual por una madre que Hemingway llamaría más tarde «vieja arpía», en el jardín de la casa de Oak Park Avenue.



John F. Kennedy Library

para que escogiera la ópera como carrera. Pero la escarlatina había debilitado sus ojos y, cuando hizo su debut como cantante en el Madison Square Garden, de Nueva York, sufrió considerablemente a causa del brillo de los focos. Por tanto, regresó a Oak Park y se casó con el joven doctor Hemingway. En el Park Avenue de North Oak se estableció como profesora de música y dejó la cocina para su marido. Ed, de visita en casa de un paciente, telefoneaba a veces a casa para decir a la chica de servicio que sacara la tarta del horno.

Grace Hemingway fue muy dada al sentimentalismo piadoso toda su vida y, como era de esperar, nunca le gustaron mucho los libros de su hijo. Cuando Ernest nació escribió en su diario: «Los

petirrojos cantaron sus canciones más dulces para dar la bienvenida a este hermoso mundo al pequeño extranjero.» Luego de su bautizo fue anotado como «una oferta del Señor, para recibir su nombre y, desde ese momento, ser contado uno más entre los corderillos de Dios». El cordero se descarrió tan pronto como se hizo carnero; la carrera de Ernest puede, caprichosamente, verse como una reacción extrema a la imagen de niño de mamá. Cuando tenía nueve años, ella le vestía en guinga rosa con un sombrero de flores, igual que su hermana Marcelline, que tenía dieciocho meses más. Posteriormente se referiría a su madre como la «vieja arpía». También se iba a volver contra su padre, pero sólo cuando, anticipándose a su hijo, se mató de un tiro en un estado de depresión. Las lealtades de Ernest nunca eran concedidas fácilmente y siempre eran retiradas fácilmente.

Rudo, turbulento y belicoso desde el principio, Ernest anhelaba tener un hermano pequeño que le sirviera de *punching-bag*, pero nunca lo consiguió hasta que, ya adolescente, Leicester Clarence Hemingway llegó demasiado tarde para ser tanto antagonista como compañero. Creció con cuatro hermanas —Marcelline, Ursula, Madelaine y Carroll, todas jóvenes, grandes y atractivas— y ellas iban a ejercer una notable influencia en su actitud hacia las mujeres. Hasta el final se observaba que, en compañía de mujeres de su propia generación, asumía instintivamente el papel juguetón, mandón y fácilmente acobardable del hermano. Incluso de sus mujeres (también cuatro, las tres primeras salidas de una madre común, la ciudad de St. Louis) pedía cualidades de camaradería fraternal... Quería, pero nunca consiguió, una hija, e hizo sustitutos filiales de mujeres jóvenes y bonitas como Ava Gardner e Ingrid Bergman (pero nunca de Marlene Dietrich: su actitud hacia ella era interesantemente complicada). Las llamaba hijas y ellas tenían que llamarle papá. Se convirtió en Papá Hemingway para todo el mundo relativamente pronto en su vida. Bastante fraternal y paternal, nunca fue demasiado un hijo.

Rechazaba el interés de su padre por la ciencia y, hasta cierto punto, resistió los intentos que hizo su madre para convertirle en músico. Quería que Ernest llegara a ser violonchelista profesional, y de hecho llegó a tocar al violonchelo piezas fáciles de partituras de opereta y comedia musical con la orquesta de su escuela superior. También cantó en el coro de la Third Congregational Church, pero, al igual que su padre, nunca fue capaz de llevar una línea melódica. Posteriormente alardeaba de un buen conocimiento musical e incluso acostumbraba discursear (con cuánta autoridad no lo sabemos) sobre el contrapunto. En París iba a causar ofensa al decir de

Cortesía de Sotheby Parke Bernet

On Sat mama and I went across
the ford at the river It is very
much higher.
I got six clames in the river.
And some weat six feet tall
your loving son
Ernest M Hemingway

Segunda página de una carta escrita por Hemingway a los nueve años de edad. La «M» quiere decir Miller.

la música de George Antheil que él prefería a Stravinsky sin soda, un juicio de muy buen oído sobre el «chico malo de la música», protegido de Ezra Pound, conocido hoy día principalmente por sus triviales partituras para cine. En La Habana hizo una canción para voz y acompañamiento de guitarra de su bar favorito y la tocaban sin fallo cada vez que él entraba. Lo que probablemente heredó de su madre fue la preocupación por el tono y el ritmo, que le iba a convertir en un estilista literario importante. No se puede leer *Ulises* o *Adiós a las armas* sin darse cuenta de una preocupación por las palabras en cuanto sonido, como también una capacidad estructural análoga a la de un compositor musical. La madre de Ernest también tenía buen ojo para la pintura y, en su edad madura, llegó a ser una pintora de fama regional. El gusto pictórico del hijo iba a ser superior al de la madre, y, mientras él hablaba de intentar hacer en novela lo que Cézanne hacía en tela, los críticos invocaban a Goya en relación con algunas de sus más negras pinturas en palabras.

Los estudios de Ernest en la escuela secundaria y en la palaciega Oak Park y River Forest Township High School se distinguieron académicamente sólo por sus logros en inglés, y al acabar, Ernest no mostró ninguna inclinación a pasar a la Universidad. Siempre hubo una buena dosis del antiintelectual en él. Escribió cuentos y reportajes para la revista de la escuela que, por su interés en la descripción de la acción física y su huida de la exhibición de léxico



John F. Kennedy Library

Cortesía del Knox College, Galesburg, Illinois

La plantilla de The Trapeze, *el periódico de la escuela. Puede verse a Hemingway en la primera fila, el segundo por la derecha.*

◀ *La familia Hemingway, en 1909.*

Edificio de la escuela Oak Park y River Forest High School, donde Ernest llevó a cabo sus estudios secundarios.



Cortesía de Oak Park Public Library

Cortesía del Knox College, Galesburg, Illinois

SENIOR TABULA PAGE 21

MADELEINE HANCOCK

Glee Club (3) (4); Opera (3); Atalanta (2) (3) (4); French Club (3) (4); Girls' Club (3) (4).

"As smooth as the business side of a banana peel."

WARD BELMONT

WILBUR HAUPT

Glee Club (2) (3); Opera (2); German Play (2), Athletic Association (4); Boys' High school Club (3) (4); Hanna Club (3).

"Cheeks like roses."

ILLINOIS

ERNEST HEMINGWAY

Class Prophet; Orchestra (1) (2) (3); Trapeze Staff (3), Editor (4); Class Play; Burke Club (3) (4); Athletic Association (1) (2) (4); Boys' High School Club (3) (4); Hanna Club (1) (3) (4), Boys' Rifle Club (1) (2) (3), Major Football (4); Minor Football (2) (3); Track Manager (4), Swimming (4).

"None are to be found more clever than Ernie."

ILLINOIS

MARCELLINE HEMINGWAY

Commencement Speaker; Orchestra (1) (2) (3) (4); Glee Club (3) (4); Tabula Board (4), Trapeze Staff (3), Editor (4); Opera (1) (2) (3); Atalanta (1) (2) (3) (4); Girls' Rifle Club (2) (3) (4), Commercial Club (4); Drama Club (3) (4); Girls' Club (3), Council (4), Story Club (3).

"I'd give a dollar for one of your dimples, Marc."

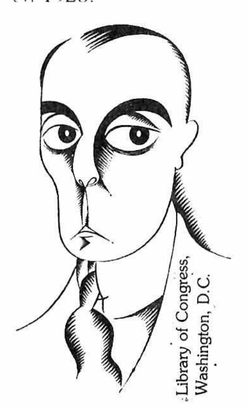
OBERLIN



Página de la revista de la escuela, Senior Tabula, *donde se enumeraba la plantilla de* The Trapeze.

Hemingway y sus hermanos en el 600 de la North Kenilworth Avenue. ▶

Caricatura de Ring Lardner, realizada en 1925.



Library of Congress, Washington, D.C.

romántico, predecían su trabajo maduro. Sus ambiciones principales eran atléticas, pero, estudiante de primer curso en la escuela superior, se sentía avergonzado de su falta de talla y músculo. Demasiado pequeño para el fútbol, trabajó la puntería al rifle y registró un considerable resultado de 112 sobre 150 a una distancia de unos dieciocho metros. Esto a pesar de un ojo izquierdo defectuoso que maldecía como herencia de su madre, aunque más tarde lo achacara (odiando conceder nada a su madre) a las suicidas tácticas de sus antagonistas en el boxeo. Creció de golpe a los quince años y pronto alcanzó la altura y peso de su padre, como también



John F. Kennedy Library

una propensión a sudar copiosamente y a acumular grasa. Llegó a ser bien conocido por sus pies, grandes y torpes, tanto en el campo de fútbol como en el baile. No jugaba bien al fútbol, pero corría, boxeaba, nadaba, y le hicieron capitán del equipo de baloncesto. Y, por supuesto, escribía.

Su modelo era Ring Lardner, que producía una columna popular para *Chicago Tribune* y que había desarrollado un estilo supuestamente analfabeto que Ernest intentó imitar. La habilidad de Lardner era mayor de lo que aparecía en la superficie, su instrumento era una invención original, pero muy americano —divertido,

John F. Kennedy Library

sutil y capaz de suaves rasgos conmovedores—. Ernest era simplemente chistoso, pero la gracia era un aspecto muy estimado en la producción norteamericana de aquellos días (el *Babbitt* de Sinclair Lewis era probablemente el compendio definitivo). El ingenio era un producto del intelecto y el intelecto era sospechoso por europeo y decadente e impío. La jocosidad tenía su máxima expresión en los apodos. Hemingway era un gran aficionado a los apodos; llamaba a su hermano pequeño Leicester de Pester, como un personaje de historietas cómicas, y le gustaba que a él le llamaran Porthos, Butch, el Viejo Bruto y, sobre todo, Hemingstein. Había un algo de antisemitismo en esto: todos los nombres judíos son cómicos. Nunca dejó de meterse con los judíos, del mismo modo que nunca superó su afición a que le llamaran Hemingstein. En la II Guerra Mundial, como variación, acostumbraba presentar a los G.I. como «Ernie Hemorrhoid, el Pyle del pobre».

Aquéllos eran buenos tiempos de expansión en el Hiddle West, filetes enormes e Idahos asados, cerveza de raíces, palmadas en la espalda, chauvinismo y optimismo. La neurosis americana aún no se había implantado y el viejo y pequeño Estados Unidos era el mejor maldito país en todo el maldito mundo.

El Oak Park de Hemingway era mucho más inocente que el Dublín de Joyce, y tampoco podemos imaginarnos al joven Hemingway de noche, por las calles, gimiendo como una bestia, deseando desesperadamente una mujer. Por supuesto que había deseado vivamente algunas chicas y más tarde alardearía de que nunca había dejado de conseguir una mujer si se le antojaba, pero es evidente que guardó su virginidad bastante más tiempo que Joyce. La religiosidad de la ciudad mantenía a los niños ignorantes de los hechos de la vida. Incluso un profesional de la medicina como Ed Hemingway estaba dispuesto a afirmar que la masturbación era un camino seguro a la locura. Oak Park era proverbialmente el límite en que los bares acababan y empezaban las iglesias. No había mujeres ligeras por allí, y las chicas de la escuela superior eran respetables. El cuerpo de Ernest, de cualquier modo, estaba dedicado al atletismo durante el curso y a los grandes espacios abiertos de Michigan en las vacaciones de verano. Era una buena vida, sana y muy ruda, pero, inevitablemente, llegó un momento

▼ *Hemingway, en el centro, con dos amigos desconocidos durante una excursión al campo.*

◀ *La nueva casa de los Hemingway, en el 600 de la North Kenilworth Avenue, suficientemente grande para las expansiones de toda la familia.*

en que el joven Hemingway quiso algo más que la llamada de las ardillas y las limitaciones del feliz pero sofocante Oak Park.

El 6 de abril de 1917, los Estados Unidos rompieron dos años y medio de neutralidad y paz a cualquier precio y declararon la guerra a Alemania. Muchos hombres jóvenes estaban ansiosos por marchar a combatir —de hecho, muchos ya estaban en el frente en cuerpos de ambulancias o, por lo menos, al norte del Paralelo 49, en el Royal Canadian Flying Corps—, pero Ernest no tenía prisa. Tenía instinto para las prioridades y quería aprender a escribir antes de que le enseñaran a luchar. De cualquier modo, su padre había declarado autoritariamente que aquel ojo izquierdo defectuoso le mantendría alejado del combate. Ernest tenía un tío —Tyler Hemingway— en Kansas City, y también sentía admiración por el *Kansas City Star,* aún uno de los grandes periódicos de América. Sabiendo que sus posibilidades de convertirse en aprendiz de reportero eran allí buenas, dijo adiós a su padre, quien le besó afectuosamente en la estación, con lágrimas en el bigote y una oración en los labios. Ernest recreó la pequeña escena muchos años más tarde en *For Whom the Bell Tolls (Por quién doblan las campanas),* haciendo que su héroe se sintiera «súbitamente mucho más viejo que su padre y tan apenado por él que apenas podía soportarlo».

Decir que el joven Hemingway tenía «ambición literaria» sería probablemente falso. Scott Fitzgerald, recién salido de Princeton, escritor desde el principio, estaba por entonces trabajando en un tipo de literatura al estilo de Compton Mackenzie, adornada con tropos estilo Keats, pero Hemingway estaba ya poseído de un designio a la vez más sencillo y más completo: sacar la disposición estética del lenguaje de su tradicional localización en la cabeza y el corazón y vincularla a los nervios y los músculos. Esto significaba una genuina revolución que, por el momento, se disfrazaba de deseo de trabajar bien en el simple y popular medio del periodismo. Pero decir que la ambición de Hemingway era ser periodista sería tan falso como decir que deseaba ser un nuevo Tolstoi o un nuevo Dickens.

Kansas City son dos ciudades. Hay una en el estado de Kansas, con una población de cerca de 130.000 personas, y otra en el estado de Missouri, con casi medio millón de ciudadanos. Es de esta última de la que normalmente se trata cuando se habla o se canta acerca de Kansas City, y fue en esta última donde Ernest

El joven Ernest, pescador en las tierras vírgenes de Michigan. Sus capturas posteriores serían más satisfactorias que las de la imagen. ▶



John F. Kennedy Library

Kansas City, la ciudad donde Hemingway comenzó su trabajo como periodista en 1917, se encontraba en esa época en plena etapa de expansión y mantenía una fama, tal vez merecida, de ciudad violenta y poco respetuosa con la ley.



Ewing Galloway



Hemingway empezó como escritor profesional o asalariado. Hoy día Kansas City es un elegante centro de comercio y cultura, con amplios bulevares, mucha arquitectura de estilo español, hermosas villas, restaurantes donde, mientras elegantes modelos exhiben alta costura, sirven los mejores filetes de buey del mundo, un enorme colegio de los jesuitas y un suntuoso hotel que incluye toda una colina, con árboles y un riachuelo, en su decoración. En 1917 era una ciudad en crecimiento, cuyo estatus de dura ciudad fronteriza era aún memoria viviente, llena de pecado y crimen y una actitud cínica hacia la ley, incluso entre los magistrados, y su Twelfth Street tenía tantas prostitutas que la apodaban Woodrow Wilson Avenue (un artículo para cualquier bolsillo). Ernest no se comprometió en alborotos ni en conquistas compradas; era un mero observador del mundo de acciones violentas. Le pagaban quince dólares a la semana y un ejemplar del manual de estilo del *Star,* el cual, en sustancia, le enseñó a escribir con el estilo del Hemingway maduro. Brevedad, una reconciliación del vigor con la suavidad, un enfoque positivo (decir lo que hay más que lo que no hay), ésas eran las reglas del *Star.* Su tarea posterior fue adaptarlas a la creación literaria.

No había escasez de material en el área del reportaje para depositarlo en el banco y más tarde, con el interés añadido de una percepción imaginativa, entregarlo en forma de creación hemingwayana. La extraordinaria historia de *God Rest You Merry, Gentlemen (Dios les preserve la alegría, caballeros),* por ejemplo, se inspira en algo que Ernest oyó en uno de sus viajes regulares al City Hospital: el extraño caso del joven que, de igual modo que el padre de la Iglesia, Orígenes, se había castrado por amor a Dios. El deterioro, físico o psicológico, de la sexualidad evidentemente fascinaba a Hemingway: sin ninguna duda había algo en él que temía el compromiso sexual. Pero, en general, descubrió que la vida real siempre supera a la ficción; la literatura no es primordialmente invención: es el ordenamiento en estructuras estéticas de las *données,* de una experiencia de amplio alcance.

Kansas City le mostró la vida, pero pronto empezó a anhelar la vida más amplia de la Europa en guerra, vida con peligro y muerte en ella. Ted Brumback, un compañero aprendiz, no sólo tenía un ojo débil, sino que era de cristal y, con todo, había pasado cuatro meses en el American Field Service, conduciendo ambulancias en Francia. Estimulado por este precedente, Ernest cobró su última paga del *Star* el último día de abril de 1918, y en mayo se paseaba a lo largo de Broadway, Manhattan, fanfarroneando con su uniforme de subteniente honorífico. Estuvo en la Cruz Roja y nunca



Roger-Viollet

Voluntarios de la Cruz Roja se ocupan de un herido en el frente italiano.



Roger-Viollet

Campamentos en el frente italiano, donde Ernest Hemingway pronto encontraría la acción que buscaba.

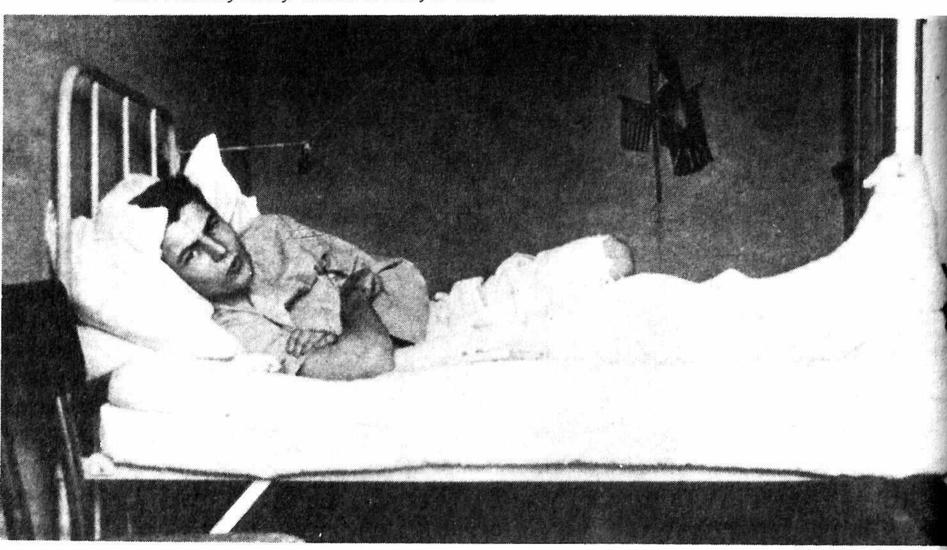
combatiría oficialmente en ninguna guerra, pero el mito del Hemingway soldado no tardaría en nacer. Escribía resonantes mentiras a sus amigos en Kansas City, alardeando de que estaba teniendo un asunto amoroso con Mae Marsh, estrella de *El nacimiento de una nación*, y se había pateado los 150 machacantes que su papi le había dado como despedida en un anillo de compromiso.

Vio de verdad al presidente Wilson e incluso, como guía derecho de su pelotón, en un desfile de 75.000, marchó por la Quinta Avenida en su honor. El estilo de sus cartas es extremadamente efervescente: «¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! No es otro que el más grande de los Hemingsteins quien proclama esta epístola.» Pronto, en un barco de las líneas francesas llamado «Chicago», toque de bienvenida u homenaje que le gustó, iba camino de la guerra y a una disminución de su inocencia de chico del Middle West.

Fue transportado, vía Burdeos y París, y por el túnel del Monte Cenis, hasta Milán. En el mismo día de su llegada, él y sus compañeros en la ambulancia se vieron arrojados al horror de la guerra cuando una fábrica de municiones explotó y tuvieron que recoger cuerpos y trozos de ellos, la mayoría de mujeres. Fue un profundo golpe para un joven inocente que había matado un número mayor de lo normal de animalitos inofensivos pero que nunca se había enfrentado a la muerte humana, y menos aún muerte a tal escala y de una obscenidad tan gratuita. Al tercer día le enviaron, en un grupo de veinticinco, a Schio, en los Dolomitas. La guerra continuaba en las colinas y había muchos italianos heridos esperando ser evacuados. En Dolo, Hemingway conoció a John Dos Passos, otro hombre de Chicago que trabajaba en ambulancias y destinado, en opinión de Jean-Paul Sartre, a ser el más grande de todos los novelistas americanos. Ninguno de los dos, parece, retuvo el nombre del otro en ese encuentro, primero de muchos. Los austríacos atacaban a lo largo del Piave, al norte de Venecia, y los italianos estaban atrincherados en la ribera oeste. Se pidieron voluntarios para ir a las cantinas de la Cruz Roja, en las pequeñas ciudades tras las líneas, y Ernest —quien, como decían en Kansas City, siempre quería ir donde había acción— hizo que le enviaran a Fossalta, un pueblo fuertemente castigado, río arriba.

Una noche calurosa y sin luna fue en bicicleta hasta un puesto de vanguardia y, con casco y agachándose bajo el fuego cruzado, llevó cigarrillos y chocolate a los hombres en las trincheras. Poco después de media noche los austríacos lanzaron un proyectil a través del río —un bote de metralla de cinco galones relleno de fragmentos de metal— y muchos italianos fueron alcanzados. Ernest recogió a un hombre que gritaba de agonía y, en un arnés

John F. Kennedy Library. Cortesía de Henry S. Villard



El teniente Ernest Hemingway, herido de guerra, se repone en una cama del hospital de la Cruz Roja Americana.

Hemingway con muletas, durante el proceso de recuperación de sus heridas en las piernas, en el hospital de la Cruz Roja Americana. ▶

de bombero, intentó llevarle hasta el puesto de mando. A unos cincuenta metros una ametralladora austríaca le alcanzó en la pierna izquierda. Cayó, se recuperó e hizo los últimos cien metros con su carga aún viva. Entonces perdió el conocimiento. Su casaca estaba tan empapada en sangre —la del hombre que había salvado— que los camilleros pensaron en principio que estaba herido en el pecho. Le llevaron a un cobertizo en donde había tantos hombres muertos o agonizando que, como diría más tarde, le parecía más natural morirse que seguir viviendo. Al cabo de dos horas le llevaron a un puesto médico de emergencia en Fornaci, donde le extrajeron veintiocho de los cientos de fragmentos alojados en su pierna. Finalmente le evacuaron al lugar de donde había salido seis semanas antes, el Ospedale Croce Rossa Americana, en la via Alessandro Manzoni en Milán. Había dieciocho enfermeras para sólo cuatro pacientes. La guerra se había acabado para Hemingway, aunque expresara sus ardientes deseos de volver a ella tan pronto como su pierna estuviera bien. Era un héroe. Había sido recomendado para la medalla italiana al valor. Era joven y atractivo; exhalaba la poderosa sexualidad de los heridos de guerra. Tenía diecio-



John F. Kennedy Library.





La enfermera jefe Agnes Hannah von Kurowsky, de la que Hemingway se enamoró durante su estancia en el hospital.

El «héroe», vistiendo el capote italiano, a su regreso a Oak Park, 1918.

cho enfermeras de quien enamorarse y se enamoró desesperadamente de la enfermera jefe, Agnes Hannah von Kurowsky, una belleza de cabello oscuro, de Washington D. C.

Ella le correspondió con cauto afecto, pero como tenía casi treinta años quiso evitar una relación demasiado profunda con un hombre joven que aún no había cumplido los veinte. Hay testimonios de que le encontraba atractivo, y no era la única. Aparte de su bien construido atractivo había una cierta madurez, una especie de vitalidad autoritaria, nacida del peligro. Había sido puesto a prueba

Michigan Avenue, en Chicago, en una vista desde el río. ▶



Chicago Historical Society

bajo el fuego y no había fallado; estaba aprendiendo lo que era el amor; estaba incluso desarrollando una filosofía sobre la muerte. Pensaba mucho en el canoso soldado de cincuenta y cinco años que había conocido en el puesto de primeros auxilios, quien, cuando Ernest dijo «usted es *troppo vecchio* (demasiado viejo) para esta guerra, papi», replicó: «Puedo morir tan bien como cualquier hombre.» Conoció a Eric Dorman-Smith, oficial al mando de las tropas británicas en Milán, quien le citó un fragmento de *Henry IV*, parte segunda, que iba desde entonces a convertirse en una especie de amuleto para Hemingway. Es Feeble, el «sastre de mujeres», quien, resignándose a ser reclutado para la guerra por Falstaff, dice: «Por mi honor que no me importa; un hombre sólo puede morir una vez; le debemos a Dios una muerte... y que vaya por el camino que quiera; el que muere este año se libra el próximo.»

La experiencia de la guerra en Italia, el amor por una enfermera de la Cruz Roja, «elegancia en el sufrimiento», el contacto con una fe más vieja que la que había conocido en la Third Congregational Church de sus padres en Illinois, el vino y la sangre, la antigüedad de Europa, tales descubrimientos se tomaron su tiempo hasta alcanzar la *Gestalt* (forma) de *Adiós a las armas*, pero convirtieron a Ernest en una especie de europeo. Nunca iba a escribir mucho sobre América, donde, decía, nada sucedía en realidad; regresó a Oak Park insatisfecho, aunque festejado como héroe. Deambuló por allí con su capote militar italiano, bebió vino, cantó viejas canciones del Piave y no hizo nada para encontrar trabajo. Incluso su manera de hablar había cambiado. Había adoptado, siguiendo a Dorman-Smith, una forma de hablar cortante que iba bien con su lambdacismo crónico (una incapacidad para pronunciar la consonante lateral, de forma que lilas en su boca se convertía en *uiuas*). Soñaba con Agnes y le escribía cada día, pero pronto se hizo evidente que ella se había enamorado de un joven y atractivo napolitano. Ernest cayó en una ira sorda durante un tiempo. Sin embargo, nada se había perdido en realidad. No era fácil que confundiera en adelante el amor con el simple *Schwärmerei* (exaltación, entusiasmo romántico); un libro saldría de ello algún día. Mientras tanto, expulsado de casa por su madre, que se quejaba de su costumbre de haraganear, se alojó en Chicago. Allí se puso a escribir para la revista del *Toronto Star* y buscó en vano un mercado para sus relatos cortos.

2. París, años 20

En el otoño de 1920, una joven llamada Elizabeth Hadley Richardson llegó a Chicago desde St. Louis, Missouri, para vivir con unos amigos durante un tiempo, ya que estaba cansada de la prueba que había supuesto la larga enfermedad de su madre y su lenta muerte. En reuniones la chica conoció a muchos jóvenes bulliciosos, entre ellos uno a quien llamaban alternativamente Ernie, Nesto, Oinbones, Wemmedge, Hemmy, Stein o Hemingstein. Se encontraron mutuamente atractivos. Ella era ocho años mayor que él, de cabello castaño rojizo y figura alta y grácil. La chica sabía poco de la vida; miraba con admiración al héroe de guerra, de blancos dientes, con talento para escribir y contar anécdotas. Su apodo en Chicago era Hash, pero él la llamó Hadley. La visitó cuando ella regresó a St. Louis y ella sólo deseaba regresar a Chicago por las brillantes luces y para hablar de lo astrosa que era América y de que el único sitio para vivir era Europa. Pronto hablaron de matrimonio, pero las perspectivas financieras de Ernest eran mínimas. Había iniciado y luego abandonado una novela; no podía vender sus relatos cortos; sólo ganaba cuarenta dólares al mes como director de una revista del *Cooperative Movement*, que tenía que escribir casi enteramente él solo y que estaba dirigida por buitres. Hadley tenía unas cuantas acciones, que le daban unos 3.000 dólares al año. Como muchos artistas que empiezan, antes y después de él, Ernest estaba dispuesto a vivir de su mujer hasta que llegara su oportunidad. Se casaron. Pronto, anunciaron, se irían a vivir a Italia.

«No —dijo Sherwood Anderson—; a Italia, no. Que sea París, el único lugar para un escritor.» Anderson era un autor conocido y respetado, en los comienzos de su edad madura, mejor recordado ahora por su *Winesburg, Ohio*. Se convirtió en fuente de inspiración estilística para Hemingway, quien, sin embargo, no tardaría no sólo en rechazarle, sino incluso en satirizarle. Por aquel entonces Anderson vivía con su esposa Tennessee en un suburbio de Chicago. Había escapado de la opresión particular de la filistea sociedad


John F. Kennedy Library

Elizabeth Hadley Richardson, la primera esposa de Hemingway.

El día de la boda de Ernest y Hadley, 9 de marzo de 1921. Refiriéndose a los regalos de boda, Hemingway escribió: «Tres relojes de viaje / Hacen tic-tac / En la repisa / Coma / Pero el joven se muere de hambre.» Esto último parece ligeramente exagerado. ▶

Sherwood Anderson. ▶

del Middle West, a la que atacaba en sus libros, pero era consciente de que toda América estaba inundada de una euforia materialista del tipo «ve-y-cógelo» que era la muerte del alma. «Id a París —les aconsejó—, donde se toman en serio el arte, donde, en palabras de Henry James, el mismo aire está saturado de estilo.» Hemingway encontró al *Toronto Star* bien dispuesto para recibir una serie de Cartas de Europa. Reservó pasajes en el *Leopoldina,* cuyo nombre, con resonancias a Joyce, pronto aparecería como un buen augurio. Aquí, dijo Anderson, tenéis cartas de presentación para Gertrude Stein, exiliada americana, gran renovadora de la prosa; para Sylvia

The Sylvia Beach Collection, Princeton University Library

John F. Kennedy Library

Roger-Viollet



El Café du Dôme, visitado muchas veces por Hemingway durante su estancia en París y recordado en su libro París era una fiesta.

Beach, copropietaria de Shakespeare and Co., la librería de la calle del Odeón; para Ezra Pound, poeta y amigo del escritor; para Lewis Galantière, de la International Chamber of Commerce. En agradecimiento, la noche antes de embarcar Hemingway metió todas sus latas de comida sobrantes en un saco, las acarreó hasta el domicilio de Anderson y las dejó caer ruidosamente al suelo.

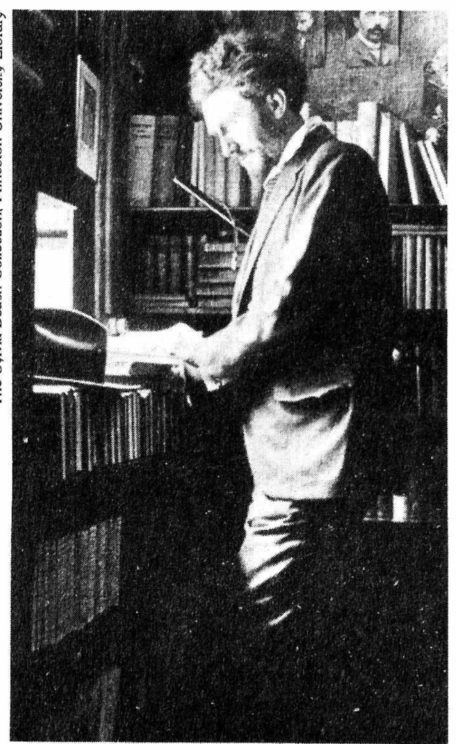
Hemingway había boxeado muchas veces en los últimos tiempos, principalmente como *sparring*, para ganar algo de dinero. En el barco organizó un combate de exhibición para entregar unos cuantos francos a una joven francesa que, abandonada por su esposo, soldado de infantería norteamericano, regresaba a su casa bañada en llanto. En París casi lo primero que hizo fue proponerle un par de asaltos a Lewis Galantière, que acababa de visitarles en el hotel para invitarles a cenar. Rompió las gafas a Galantière. Todo el

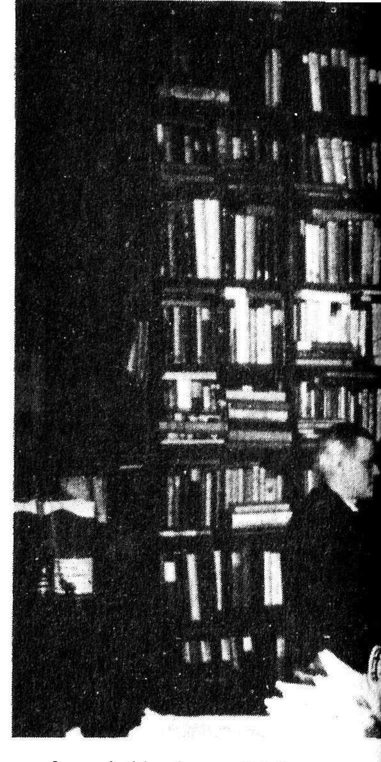


James Joyce con Sylvia Beach, a la puerta de Shakespeare and Co., 1920. Dos años después, la propia Sylvia Beach, a falta de editores valientes, publicaría el Ulises.

mundo parece haber sido invitado, más pronto o más tarde, a una sesión con los guantes —excepto los ineptos, como Ford Madox Ford, los casi ciegos, como James Joyce, o los de sexo equivocado, como Gertrude Stein—. Boxeó todo el tiempo que estuvo en París. Era una expresión externa de la gran lucha interior que libraba; no una riña con lo que un novelista de la escuela de James consideraría los más importantes problemas de la creación literaria —personajes, motivaciones, verdad filosófica, estructura—, sino una pugna para escribir una «frase verdadera, sencilla, explicativa». El objetivo artístico de Hemingway era tan original como el de cualquiera de los literatos de vanguardia que se explayaban en los cafés del bulevar. Describir sin faralaes, sin la imposición de una actitud, haciendo que la palabra y la estructura comunicaran pensamiento y sentimiento y también sentido físico. Esto suena fácil ahora, sobre todo

The Sylvia Beach Collection, Princeton University Library





Joyce hablando con Sylvia Beach en la librería.

Harlingue-Viollet



Ezra Pound, poeta y editor, y Gertrude Stein, escritora, alentaron y ayudaron a Hemingway en sus comienzos literarios durante su estancia en París.



porque Hemingway nos ha enseñado cómo se hace, pero no era fácil en un tiempo en que «literatura» aún significaba una manera bella de escribir, en el sentido victoriano, con adornos neogóticos, alusiones librescas, una intrincada estructura de oraciones subordinadas y la personalidad del escritor interfiriéndose, a escondidas o brutalmente, entre el lector y lo que estaba leyendo.

Gertrude Stein era uno de los exiliados americanos que intentaban depurar el inglés, administrar *shocks* estéticos (que significaba forzar al lector a mirar al mundo exterior como si fuera la primera vez) a través de una, tal vez, excesiva simplificación del lenguaje. Hemingway, lo bastante joven como para ser su hijo, le mostró humildemente su trabajo, un fragmento de novela, verso libre en el estilo «imagístico» de Ezra Pound. Demasiada descripción porque sí, objetó ella, demasiados adornos: comprime, concentra. James Joyce ya había resuelto, empezando en Trieste y acabando aquí en París, su propia salvación estilística en *Ulises* —un «libro jodidamente bueno», dijo Hemingway cuando apareció



Lipnitzki/Viollet

en 1922—, en el cual la vieja retórica se ve destrozada a través de la burla, la mente habla directamente en monólogo interior y los fenómenos del mundo exterior son apresados con una aguzada percepción entonces no aparente para todo el mundo. Ezra Pound, que había fundado el nuevo dialecto de la poesía angloamericana en 1917 con su *Homage to Sextus Propertius (Homenaje a Sexto Propercio)* y había dado a conocer a Joyce al mundo literario internacional (esto es: parisiense), vio el talento del joven Hemingway. Le dio aliento y recibió a cambio lecciones de boxeo.

Pero fue Sherwood Anderson quien primero conseguiría que Hemingway publicara en una revista literaria. La publicación era el

Culver Pictures



Un tipico retrato de Hemingway en los años veinte: rudo, atractivo, desconfiado. La imagen de un hombre que comenzaba su andadura literaria y luchaba afanosamente por conseguir una «frase verdadera, sencilla, explicativa».

Joyce en 1934, cuando trabajaba en Finnegans Wake.

Double Dealer, de Nueva Orleans, y la contribución de Hemingway fue una fábula satírica y cuatro líneas de poesía, los versos impresos para completar una página que sostenía un largo poema de William Faulkner, el escritor sureño que iba a crear su propia revolución en la novela americana. Estimulado, Hemingway pidió a Hadley que llevara todos sus manuscritos de París a Lausana, donde se hallaba por encargo del *Toronto Star,* para ver qué más podía publicar o pulir con vistas a ser publicado. Ella dejó la maleta llena de manuscritos sin vigilancia un momento en el tren en la estación de Lyon; regresó para encontrarse con que había desaparecido. La ira de Hemingway fue inmensa: Hadley descubrió un aspecto terrible de

Ernest que presagiaba un deterioro de su unión. «Hubiera casi recurrido a la cirugía para olvidar la pérdida», diría más tarde, pero la calamidad fue tal vez una bendición: se vio obligado a empezar nuevamente desde el principio.

En 1923 fueron aceptados muchos de sus trabajos. Margaret Anderson y Jane Heap dirigían una estimable revista llamada *The Little Review;* Harriet Monroe editaba *Poetry:* iba a aparecer en ambas. Por añadidura, París era no sólo el hogar de auténticos escritores y haraganes pretenciosos, sino también el centro de los caballeros editores americanos —hombres con dinero y devoción por bellas impresiones en ediciones limitadas—, Harry Crosby, Robert McAlmon, William Bird y otros. McAlmon, de Kansas, casado con Annie Winifred Ellerman, más conocido en literatura como Bryher, quería sacar *Three Stories and Ten Poems (Tres relatos y diez poemas)* de Hemingway. Más tarde, Bird iba a publicar *in our time (en nuestro tiempo),* una colección de historias y apuntes cuyo título en letra minúscula sirve para distinguirlo de la primera publicación comercial de Hemingway, *In Our Time.*

Mientras, Hemingway enviaba reportajes a Toronto sobre la turbulenta e infeliz Europa que emergía de la paz. Enviaba cables no sólo desde París, sino también desde Génova, en cuyos barrios bajos se iba fomentando el movimiento comunista del norte de Italia, desde Muraldi y Adrianópolis y otros puntos calientes de la guerra greco-turca, desde Constantinopla, que pronto se convertiría en Estambul y sería la capital de la revolución social de Kemal Atatürk, de la Conferencia de Paz de Lausana, convocada en 1923 para resolver las disputas territoriales de los Balcanes. Se encontró con Clemenceau, cuya sanguinaria crítica del Canadá en cuanto nación insuficientemente comprometida en la última guerra, el *Star* se negó a publicar. Conoció a Mussolini, «el mayor *bluff* de Europa». En Italia, con Hadley, cometió el error de revisitar el pasado —«ir detrás del pasado es un entretenimiento de holgazanes»— y en Schio, él y Dos Passos supieron quién era el otro. Dos Passos estaba preparando una trilogía —*U. S. A.*— formalmente más experimental que nada de lo que Hemingway fuera a escribir, pero tosca por su explícita parcialidad política. Dos Passos se inclinaba hacia el comunismo; Hemingway, pese a *The Fifth Column (La quinta columna)* y *For Whom The Bell Tolls (Por quién doblan las campanas),* que pertenecen al periodo de la guerra civil española, cuando todos los hombres de buena voluntad se inclinaron por los republicanos, nunca se convirtió en escritor político, un aspecto de su fuerza creativa. Pese a sufrir después los ataques de la izquierda norteamericana por su hedonismo neutral, se mantuvo firme en el

John F. Kennedy Library



John Dos Passos en Schruns, Austria, hacia mediados de los años veinte. Conocido principalmente por su trilogía izquierdista U.S.A., *fue considerado por Jean-Paul Sartre el más grande novelista del siglo.*

único derecho y deber del escritor: mostrar las cosas y las gentes como son, no coloreadas por ideologías. Con todo, los análisis políticos de la situación europea que cablegrafiaba al *Star* eran harto sofisticados, también proféticos a veces. Toda su vida iba a ir por delante de los comprometidos políticamente en su habilidad para ver las nacientes formas de la política y los regímenes.

Hemingway realizó su primera visita a España no para realizar ningún trabajo periodístico, sino porque sentía curiosidad; Iberia era el único territorio latino que no conocía. Se sintió impresionado por una *corrida* que vio en Madrid y llegó a convencerse de que las corridas de toros eran un ritual trágico más que un simple deporte sangriento. De regreso a París, Gertrude Stein le instó para que visitara Pamplona, en Navarra, durante las fiestas de San Fermín en julio. Hadley tenía tantas ansias de ir como él. Estaba harta de lo escuálido de su piso en París, estaba inquieta; estaba embarazada. Ernest hablaba de la influencia vigorizante de los toros en los niños aún no nacidos. Fueron a Pamplona, se sintieron fascinados, quedaron encantados. Había barrocas procesiones religiosas, se bebía hasta la embriaguez, se bailaba el *riau-riau,* estaba el matutino correr de los toros de Villar con cuernos de daga a través de las



John F. Kennedy Library

Hemingway, en 1923, en una corrida de toros celebrada en la plaza de Madrid.

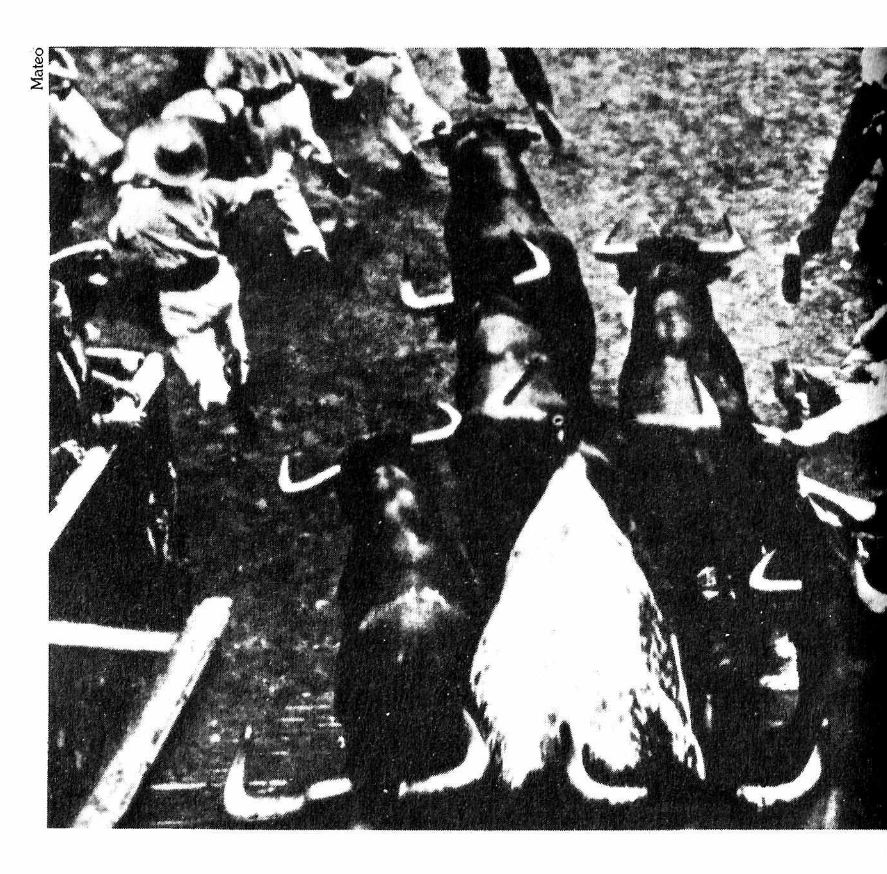
Encierro de los «Sanfermines» en Pamplona: un arriesgado juego con la muerte, pero sin traje de luces. ▶



Mateo

empedradas calles con los rientes y temerarios jóvenes pamplonicas corriendo delante de los astados. Hemingway se convirtió en aficionado *in excelsis*. Idolatró al torero Nicanor Villalta; si tenían un hijo lo iban a bautizar con el nombre de Nicanor Villalta Hemingway. Escribió varios apuntes de las corridas, vigorosos, sangrientos. Iban a quedar incluidos en *In Our Time*.

Por entonces empezaron a aparecer algunos libros, pero eran materiales de poca monta, seudoartísticos, pienso para las tertulias:


Mateo

la dignidad y el provecho de un gran libro publicado por una gran casa norteamericana parecía lejano e inalcanzable. El volumen publicado por McAlmon era, desde luego, algo que llevarse de regreso a América, a donde Ernest y Hadley tenían que volver ahora para que su hijo no naciera en tierra extranjera. No a los Estados Unidos, sino al dominio de Canadá, con Hemingway arruinado, trabajando de reportero en el *Toronto Star,* sufriendo vejaciones y hostigamientos, considerado un engreído (había mostrado el libro de McAlmon en la oficina) y, como castigo del nuevo y rudo editor, despojado de firma. John Hadley Nicanor Hemingway nació a su debido tiempo (tal vez, después de todo, lo de Villalta hubiera sido ir demasiado lejos). Edmund Wilson —aún no reconocido como el máximo crítico literario de América— apreció el valor de la austera prosa de Hemingway; Bird publicó *In Our Time.* El padre, esposo, esforzado periodista y antiguo redactor de plantilla del *Star,* que, en





Mas
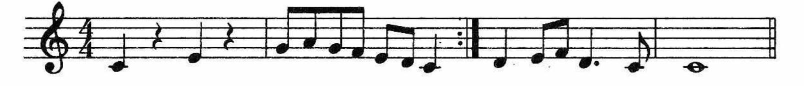
«El torero —diría Hemingway— transmite la sensación de inmortalidad, y cuando le miramos, ese sentimiento nos alcanza, se convierte en nuestro.» En la imagen, el gran torero turolense Nicanor Villalta.

Los toros entrando en la plaza, una imagen que Hemingway afirmaría haber visto miles de veces. Para él la corrida de toros era «una tragedia que simboliza la lucha entre el hombre y la bestia».

enero de 1924, partió de nuevo hacia París, tenía buen número de problemas por delante, pero ya no se podía decir que fuera un literato bisoño.

Encontraron un apartamento sobre una serrería y almacén de maderas en la calle Notre-Dame des Champs y contrataron una *femme de ménage* que vivía en 10 bis, Avenue des Gobelins. John Hadley Nicanor fue apodado Bumby. Cuando aprendió a hablar ésta era la dirección que tenía que dar si alguna vez se perdía:

Dix bis Avenue des Gobelins
Dix bis Avenue des Gobelins
Dix bis Avenue des Gobelins
Allí es donde mi Bumby vive.





Cortesía del Knox College, Galesburg, Illinois

Hemingway en el patio de su nueva casa en París, en la calle Notre-Dame des Champs, 1924. «La única razón para hacer periodismo —diría aquel mismo año el escritor— es estar bien pagado.»

John Hadley Nicanor Hemingway, más conocido por Bumby, en París, 1924, con su padre. ▶

John Hadley Nicanor, en París, 1924, con Gertrude Stein y su compañera Alice B. Toklas. Esta, según Hemingway, «tenía una voz muy agradable, era pequeña y muy morena, peinada como Juana de Arco en los dibujos de Boutet de Monvell, y de nariz muy ganchuda». ▶

John F. Kennedy Library





Ford Madox Ford, gran editor y autor de las obras maestras El buen soldado *y* Al final del desfile, *en París, 1923. Ezra Pound comentó en cierta ocasión a Hemingway que a Ford «no había que maltratarle nunca, que había que recordar que sólo decía mentiras cuando estaba fatigado, que era un escritor bueno de verdad...».*

Hemingway, actuando como representante del editor, consiguió la publicación de la obra maestra de Gertrude Stein en The transatlantic review, *cuya portada (agosto de 1924) aparece en la imagen.* ▶

Así es como me cantó la canción alguien que dijo que la había cantado. La melodía, exacta o no, servirá.

Esa iba a ser, veinte años más tarde, la canción de marcha de los irregulares de Hemingway cuando ayudaron o se anticiparon a la liberación de París. El París que Hemingway recordaba era la ciudad de su idilio y matrimonio feliz, de la integridad artística y la juventud optimista, que nunca recobraría. Era una *libération nostalgique.*

Porque ahora el trabajo era duro y el dinero escaso: Ernest volvió incluso a ser *sparring* de boxeo. Estaba haciendo sombra un día en el estudio de Ezra Pound, amagando golpes a un jarrón chino, cuando conoció a Ford Madox Ford. Ford era probablemente el mayor novelista británico de su generación. Escribía demasiado, como se ven obligados a hacer todos los escritores profesionales a menos que sean autores de éxito e idolatrados como Hemingway. La mayor parte de su trabajo ya no se imprime y puede ser olvidado (exceptuando la poesía, que tiene un alto nivel), pero *The Good Soldier (El buen soldado) y Parade's End (El final del desfile)* son obras maestras reconocidas. Fue también uno de los grandes editores de su tiempo, o de todos los tiempos, y estaba iniciando una nueva revista en París, la *transatlantic review* (este huir de las mayúsculas en letra impresa estaba de moda). Pound le dijo a Ford, con su típica generosidad e indiscreción, que Hemingway era el mejor estilista en prosa del mundo y, por tanto, debía ser un ayudante de editor natural para un estilista en prosa menos fino, aunque también fino. Hemingway ayudó a Ford sin cobrar. Su

Vol. II. No. 2
August 1924

the transatlantic review

Edited in Paris
by F. M. FORD



CONTENTS

VERSE

PROSE

CHRONIQUES

COMMUNICATIONS

MUSICAL SUPPLEMENT

LONDON :
DUCKWORTH & Co., 3 Henrietta St., W.C.2.
2/

NEW YORK :
Thomas Seltzer, Inc.
50 c.

PARIS :
Transatlantic Review Co.
7 FRS. 50

permanencia en la *transatlantic*, que finalizó con aspereza, es notable por un éxito considerable: su triunfo en llegar a un acuerdo para la serialización de *The Making of Americans (Lo que hace a un norteamericano)*, de Gertrude Stein, y por el extraño capricho de que Joyce y Hemingway publicaran bajo un título común *Work in Progress (Trabajo en progreso)*. De esto Joyce se iba a apropiar por completo para las publicaciones fragmentarias en folletón del naciente *Finnegans Wake* (nombre sagrado que no debía ser divulgado hasta que el libro estuviera acabado). Hemingway y Joyce mantuvieron una generosidad mutua a lo largo de sus vidas, cosa rara en ambos. Joyce diría más tarde:

«Es un buen escritor, Hemingway. Escribe tal como es. Nos gusta. Es un campesino grande y poderoso, tan fuerte como un búfalo. Un deportista. Y listo para vivir la vida sobre la que escribe. Nunca la hubiera escrito si su cuepo no le hubiera permitido vivirla. Pero los gigantes de esta clase son verdaderamente modestos; hay mucho más detrás de la forma de Hemingway de lo que la gente cree.»

De Joyce, Hemingway dijo, al tiempo de su primer viaje a Africa: «Tenía miedo de algo, relámpagos y cosas, pero era un hombre maravilloso. Sufría diversas penalidades; su esposa, su trabajo y sus pobres ojos. Su esposa estaba allí y decía, sí, su trabajo es demasiado suburbial. "A Jim le iría bien un poco de esa caza de leones." Salíamos a beber y Joyce se metía en una pelea. Ni siquiera podía ver al otro, y decía: "¡Dale, Hemingway! ¡Dale!"»

Hay que subrayar esta amistad, puesto que durante el tiempo de su trabajo para la *transatlantic review* Hemingway estaba revelando rasgos muy poco amistosos. Sus humores e irascibilidad eran comprensibles en un tiempo de esfuerzos y pobreza, pero una amiga de Hadley notó con agudeza algo más fundamentalmente peligroso: una capacidad para revolverse contra los que le ayudaban, rencor, egoísmo, malignidad, crueldad. Esta aguda observadora era Kitty Cannell, novia de Harold Loeb, expatriado judío, cuyo máximo mérito era el haber sido el campeón de boxeo de los pesos medios en Princeton. Loeb quería a Hemingway y Hemingway parecía querer a Loeb, pero Kitty Cannell dio la alarma de una traición que pronto se vería realizada. Kitty también avisó a Hadley, a quien consideraba un ángel por lo que aguantaba y sufría, de que su esposo no era de fiar. Sus profecías tenían una base sólida y se realizaron tanto en la literatura como en la vida.

En 1925 Hemingway consiguió su oportunidad. Edmund Wilson había mostrado a Scott Fitzgerald, compañero suyo en Princeton, las historias y apuntes de los dos volúmenes de Hemingway en

Charles Scribner's Sons



Sede de la firma editorial Charles Scribners Sons en Nueva York. En la página siguiente, a la izquierda, Maxwell Perkins, editor de Hemingway en Scribners.

París, y Fitzgerald, muy impresionado, había recomendado a Maxwell Perkins, de la editorial Scribners de Nueva York, que escribiera a Hemingway. Max Perkins era el director de la importante editorial, un hombre que no podía escribir una novela por sí mismo, pero que podía ayudar a novelistas de verdad a limar y dar forma a su trabajo para hacerlo publicable. Se le conoce mayormente por lo que hizo por Thomas Wolfe, el genio de Carolina del

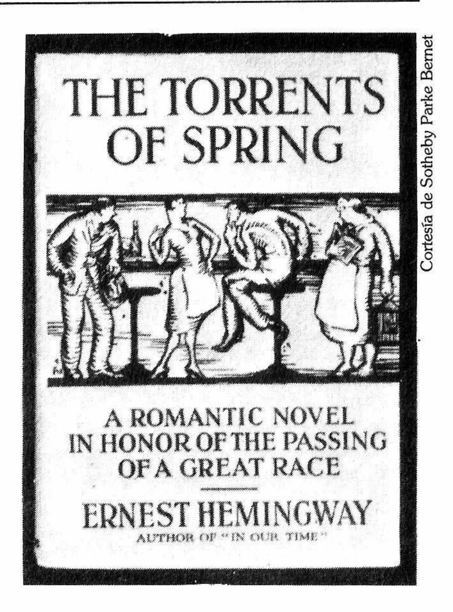


Sherwood Anderson influyó decisivamente sobre Hemingway, pero él mismo rechazaba la hipótesis que sostenían algunos críticos sobre que Hemingway le copiaba: «Hemingway tenía dotes propias y no estuvo influido por mí.»

Norte, capaz de escribir un millón de palabras brillantes sin ninguna dificultad, pero incapaz de ponerlas en ninguna clase de orden. Perkins estableció un precedente en América que ha tardado bastante en ser seguido en Inglaterra: que el trabajo del novelista es entregar una carga de palabras al editor y luego inclinarse ante la habilidad técnica del mismo. El precedente es, creo, malo, aunque haya sido responsable en nuestros días de novelas altamente valoradas, como *Catch 22 (Celda 22),* de Joseph Heller, que el editor de Mavin, Robert Gottlieb, ayudó a forjar y dar forma y reducir y pulir hasta la casi obra maestra que tenemos hoy. La invitación a ser rehecho editorialmente es un tipo de invitación a la que algunos novelistas, incluyéndome a mí, continuamos resistiéndonos, y, por otra parte, el seguro sentido de la forma y la duramente ganada economía de estilo de Hemingway, en conjunto, es absolutamente imposible de corregir.

Como pasa a menudo, Hemingway estaba recibiendo atención de dos editoriales al mismo tiempo después de un largo periodo sin recibir atención de ninguna. Los editores de Sherwood Anderson, Boni y Liveright, le ofrecieron un adelanto de doscientos dólares por el volumen de narraciones que Hemingway había recopilado ahora bajo el título de *In Our Time.* Hemingway aceptó con alegría. La carta de Perkins, echada al correo al mismo tiempo que

Portada de la primera edición americana de Los torrentes de la primavera, *una sátira de S. Anderson, escrita por Hemingway y publicada en 1926.*



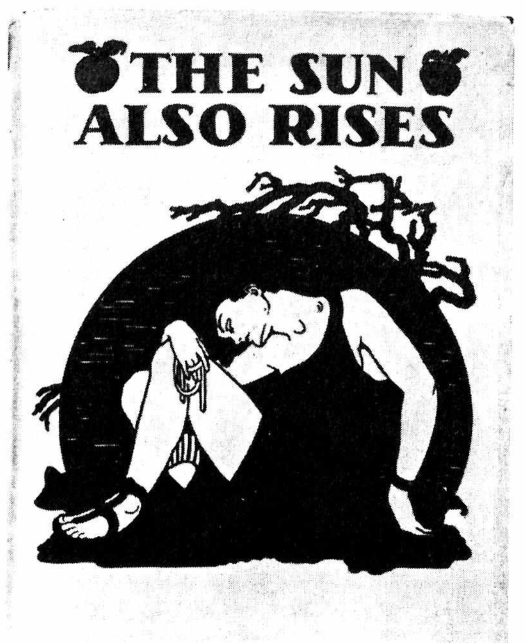
esa oferta, imprevisiblemente, llegó a París diez días más tarde. Scribners era, de los dos, el editor de más prestigio, pero Hemingway se había comprometido a ofrecer un segundo y tercer libro a Boni y Liveright. Su ardid para verse libre del contrato fue, para decirlo suavemente, pusilánime. Escribió una parodia de Sherwood Anderson que, copiando a Turgeniev, llamó *The Torrents of Spring (Los torrentes de la primavera)*. Los editores de Anderson tuvieron, naturalmente, que rechazarla y él quedó en libertad para entregarla, del mismo modo que iba a entregar todo lo demás que escribiría a continuación, a Scribners.

In Our Time era un volumen de buen tamaño, con dieciséis relatos intercalados con las viñetas que ya habían aparecido en *in our time* (y puedo decir ahora que Hemingway detestaba la recatada tipografía en minúsculas, pero dejó que Bird se saliera con la suya). Nick Adams, uno de los personajes de Hemingway, aparece en aquellos relatos basados en reminiscencias de la niñez, tales como *Indian Camp (Campamento indio)* y *Big Two-Hearted River (Gran río de dos corazones)*, hermosas narraciones que sirven para confirmar donde residía, o reside, el talento de Hemingway. Rara vez se puso a escribir deliberadamente una novela larga. Su método era empezar con un relato corto y, si mostraba señales de querer expansionarse, dejarlo llegar a término. Tal vez era esencialmente

un miniaturista. Las viñetas se inspiraban en observaciones más recientes que las de los bosques de Michigan:

«Los minaretes emergían entre la lluvia en Adrianópolis a través de las llanuras embarradas. Los carros estaban atascados a lo largo de treinta millas en la carretera de Karagatch. Búfalos y bueyes tiraban de los carros a través del barro. Ni principio ni fin. Sólo carros cargados con todo lo que poseían. Los viejos y las mujeres, empapados hasta los huesos, caminaban al lado haciendo marchar al ganado. El Maritza corría amarillo casi hasta el puente... Una mujer daba a luz a un niño y a su lado una niña mantenía una manta por encima de la parturienta y lloraba. Asustada hasta la náusea, mirando. La lluvia no dejó de caer durante toda la evacuación.»

Este es el estilo Hemingway en grado sumo: desnudo, objetivo, «no-literario». Era una música nueva y como tal fue reconocida. Los críticos respondieron, pero el público, en general, no, todavía



Zelda y Scott Fitzgerald. Hemingway estaba convencido de que ella estaba celosa del trabajo de su marido y de que intentaba por todos los medios obstruir su talento, impidiendo que escribiera. El matrimonio acabaría trágicamente: ella tuvo que ser internada en un manicomio y él murió alcoholizado. ▶

Cubierta de la primera edición americana de la novela conocida en la mayor parte de países con el nombre de Fiesta.

Cortesía del Knox College, Galesburg, Illinois



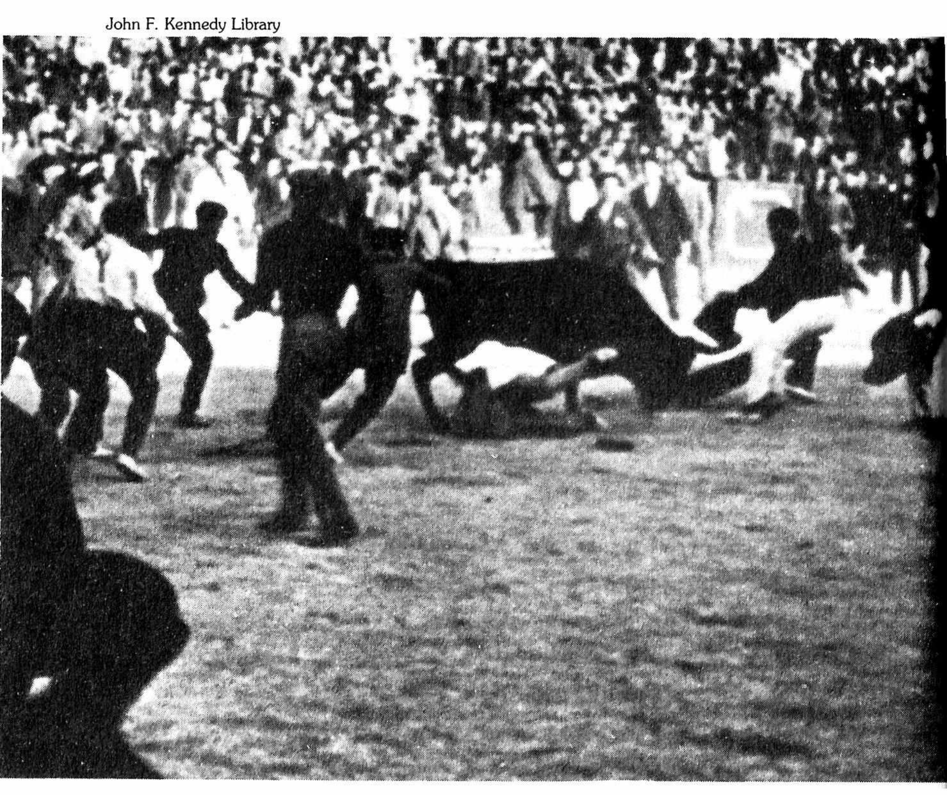


no. Por lo que se refiere a *The Torrents of Spring* es puro Hemingway por la ineptitud de su parodia. Sherwood Anderson dijo que un parodista auténtico, como Max Beerbohm, podía haber dicho todo aquello en un par de páginas. El, el más bondadoso de los hombres, fue demasiado benévolo. El criterio general de la época se anticipó al de la posteridad. El único autor al que Hemingway fue capaz de parodiar fue a él mismo.

Hemingway estaba reuniendo entonces a su alrededor, en París, en los Alpes austríacos, en Pamplona, a los amigos que iba a inmortalizar en *The Sun Also Rises*. Esta novela, gran éxito comercial y un hito en la literatura moderna, se llama *Fiesta* en Inglaterra y en la mayoría de países extranjeros, incluida España. Es un gran incordio tener un mismo libro subsistiendo en la misma lengua bajo dos títulos diferentes, como un hombre que viaja por el extranjero bajo un alias. Pero el libro es el libro y en él, apenas disfrazados, se pueden encontrar personajes como Harold Loeb y lady Duff Twysden, ojos grises, corto cabello rubio, gran bebedora y gran amante, encarnación del chic y el encanto más degenerados. Loeb estaba loco perdido por ella. Ernest estaba probablemente más interesado de lo que dejaba ver. Pero algo más importante que la simple infidelidad a su mujer le estaba siendo preparado por la deliciosamente pequeña Pauline Pfeiffer, que había sido editora de modas para *Vogue* y que tenía aspecto de ser una de las propias modelos de la revista.

Había otro amigo, bien capaz de urdir su propia inmortalidad, y era Scott Fitzgerald, autor de gran habilidad y delicadeza, laurea-

John F. Kennedy Library



El escritor R. McAlmon diría: «Hemingway pensaba que tenía que probarse a sí mismo que también era valiente, y por eso participaba en las corridas para aficionados...» En la imagen puede verse a Hemingawy enfrentándose al toro.

do de la Era del Jazz, a la que bautizó, si no inventó de hecho, con el éxito, ya tras él, de *The Great Gatsby (El gran Gatsby),* que algunos han llamado la única novela americana perfecta. Tanto él como su mujer, Zelda, eran desenfrenados, derrochadores y bebían mucho. Eran ultrajantes, pero nunca soeces; disolutos, pero siempre elegantes. Iban almacenando ya los materiales para su posterior, trágica y espectacular caída. A Hemingway no le gustó en absoluto Zelda, que le parecía dura y depredadora y (lo que sí era) celosa del talento de su marido, Fitzgerald, que si era responsable en su arte, era irresponsable en casi todo lo demás. Por ejemplo, la vez en que Morley Callaghan, a quien Hemingway había conocido en el *Toronto Star* y que iba a conseguir renombre como el mejor escritor de ficción de Canadá, visitó París y boxeó con Hemingway. Aunque era diez centímetros más bajo, menos pesado y estaba mal


John F. Kennedy Library

Charles Hopkins, Hemingway y Bill Smith. Hopkins había sido colega de Ernest en el Kansas City Star, *y Smith, natural de St. Louis, era amigo suyo desde los días de Oak Park.*

preparado, Callaghan se defendió bien con el peso pesado de metro ochenta de alto. Fitzgerald controlaba el tiempo. Hemingway se lanzó contra Callaghan. Callaghan le alcanzó de lleno en la mandíbula y le tiró al suelo. Entonces Fitzgerald dijo: «¡Oh, Dios mío!, he dejado que el asalto durara cuatro minutos de más.» Nunca se perdonó la negligencia y, por supuesto, no fue el único.

The Sun Also Rises fue creada básicamente con los sucesos de la fiesta de Pamplona en 1925, cuando Hemingway y Hadley estaban allí con lady Duff, Harold Loeb, Pat Guthrie (un alto y sediento escocés que era amigo más que amante de su señoría) y Bill Smith (viejo amigo de Hemingway de los tiempos de Oak Park). Hemingway pontificaba sobre el arte del toreo mientras bebía vino, pero durante una de las sesiones de aficionados, Loeb agarró a uno de los toros por los cuernos y realizó una carrera acrobática cruzando

John F. Kennedy Library



Hemingway, Hadley y unos amigos se divierten en Pamplona, 1925. Los viajes a España se sucedieron durante la vida del escritor, embrujado por la magia del país y su gente.

el ruedo. Esto puso celoso a Hemingway. Además, desarrolló una actitud posesiva hacia lady Duff, que se manifestaba no en un deseo de hacer el amor con ella —aunque ella estaba harto deseosa—, sino en un fuerte resentimiento por el aparente éxito de Loeb con ella al principio del verano. Su actitud era como la del perro del hortelano y debía de tener algo que ver con el cercano rechazo de Hadley. El campo amoroso no estaba exactamente abierto de par en par para Hemingway, pero él era una especie de guardián de la entrada. Lo que parece que le impulsó a escribir esta primera novela fue un amasijo de emociones que tenían que encontrar su catarsis, en las cuales la culpabilidad, la animosidad y la veleidad se codeaban. Así Harold Loeb se convierte en Robert Cohn, el «amigo tenista» del héroe, un personaje tal vez pensado para ser detestable, pero que —como el arte es más compasivo que las personas— de

John F. Kennedy Library



Hemingway demuestra la hermandad hombre-toro como contrapunto a la lucha a muerte que ambos protagonizaban en las corridas taurinas que tanto le atraían.

hecho es simple y conmovedoramente cómico. Lady Duff se convierte en lady Brett. Hemingway se convierte en Jake Barnes (en los primeros borradores, Hem o Ernie), un periodista con una herida de guerra que le hace físicamente incapaz de amar, enamorado sin esperanza de Brett. La ficticia asunción de impotencia es interesante; la herida de guerra dramatiza una deficiencia sexual o bloqueo psicológico que es la otra cara de la moneda del rudo e hirsuto hombre de acción.

Los personajes de Hemingway llevan una vacía vida alcohólica en París; luego, en Pamplona, se ven envueltos en el ritual regenerativo y purificante de la corrida. Hay algo del *The Waste Land (La tierra baldía)*, de Eliot, en el libro, pese a que Hemingway —que lo leyó cuando apareció por primera vez en 1922— nunca profesó al poeta ninguna admiración ni siquiera comprensión. Jake

Los Murphy —Gerald y Sara—, «gente estupenda» de los años veinte, cuyo estudio en París se convirtió en el hogar de los Hemingway mientras Ernest trabajaba en Hombres sin mujeres. *Aquí aparecen con Hadley y J. Dos Passos en Schruns, Austria, en el invierno de 1925.* ▶

Los Murphy y los Hemingway en Pamplona, 1926. En el centro está Pauline Pfeiffer, la mujer joven, soltera que «inconsciente, inocente e implacablemente inicia una maniobra para casarse con el marido (Ernest)».

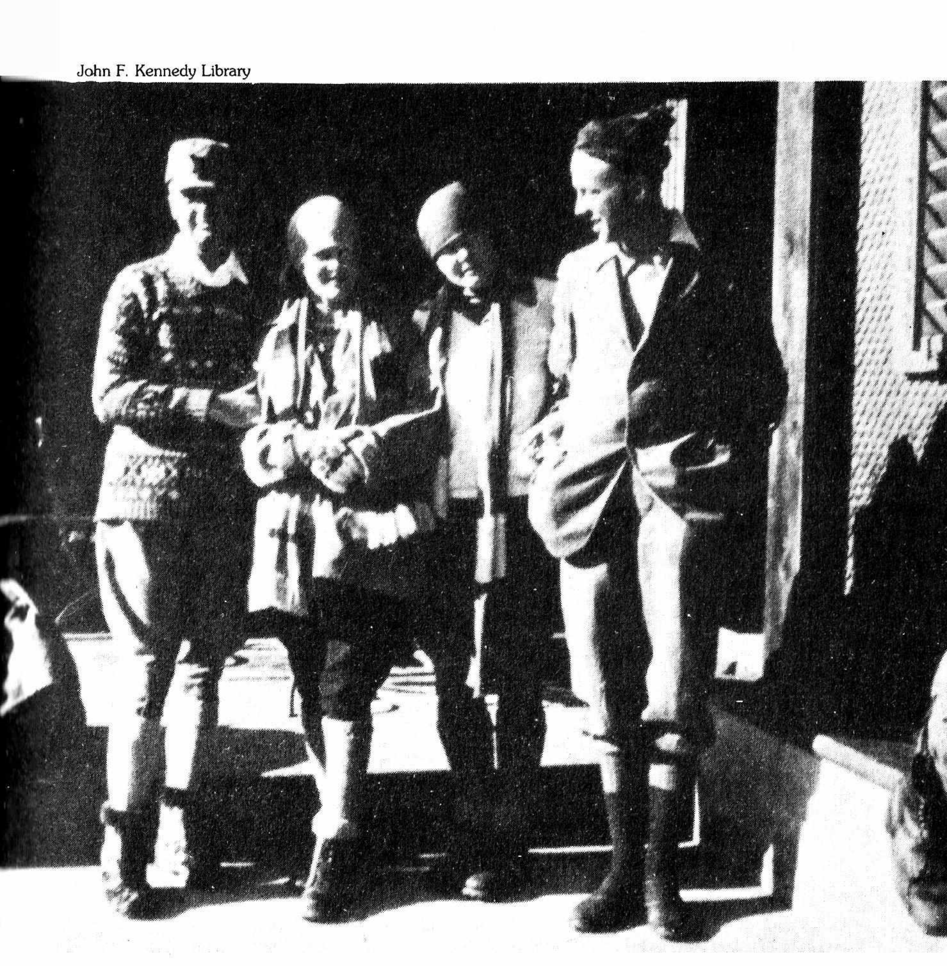


John F. Kennedy Library

es una especie de Fischer King, consciente de la aridez de la vida sin amor, pero herido, separado de la realización de su deseo como cualquier Prufrock. La salvación depende del sacrificio, no el de la misa (Jake es católico, como Hemingway, que alegaba haberse convertido en Italia, lo era de nombre), sino el de un ritual en el que corre sangre de verdad. Bastante sangre corrió en la guerra, pero el conflicto del hombre y el toro elige la confrontación con la muerte y, en cierto modo, controla a la muerte. Todo esto es, desde luego, una burda simplificación.

La novela se levanta como crónica de una «generación perdida». La frase viene de Gertrude Stein o, mejor dicho, del dueño del garaje al que llevaba a reparar su coche: dijo que no había buenos

John F. Kennedy Library



mecánicos entre los jóvenes que volvían de la guerra; eran una *générations perdue*. El título viene del Eclesiastés, y las resonancias religiosas, aunque amortiguadas, dan un significado adicional a simples expresiones de argot como «me siento como el infierno». No es un libro depresivo, antes al contrario, celebra la perdurable tierra y la vida del cuerpo: el arroyo que corre, el sol en la nuca, el vino que también es sangre, el llegar a un entendimiento con la muerte, la comida. Jacke hace una gran comida al final; aunque impotente, es capaz de que le «gusten un montón de cosas». *The Sun Also Rises,* en una gastada expresión, «realza el valor de la vida». Cuando apareció en octubre de 1926 excitó no sólo a los críticos, sino también al público en general. Fue uno de los raros

John F. Kennedy Library



Días felices para Hadley y Bumby en París, 1924. Hemingway expresó claramente su sentimiento de culpa por haber destruido el matrimonio; tal vez por eso cedió los derechos de las ediciones norteamericana y británica de Fiesta *a su primera esposa.*

Hemingway y Pauline Pfeiffer, la segunda esposa de Hemingway. Cuando Pauline le conoció, sintió una gran irritación hacia él, y comentó que no entendía cómo Hadley podía soportar ese tipo de vida. Pero algún tiempo después, cambiaría de opinión. ▶

libros capaces de influir en la manera en que la gente se comportaba o hablaba. Brett se convirtió en un modelo de forma de hablar y actuar para toda una generación de chicas universitarias. El tipo de hombre creado por Hemingway —rudo, baqueteado, estoico, lacónico, creándose un estilo desde su desesperación— empezó a aparecer en los bares de las clases altas. Hemingway, aún por debajo de los treinta, había llegado.

Todo tiene un precio. Los días de oscuridad y lucha en la penuria estaban llegando a su final, y también los días de inocencia idílica, confianza, fidelidad, integridad. Pauline Pfeiffer le dijo a Ernest que le amaba; Ernest la correspondía. Hadley se preguntaba cuán auténtico era su deseo de divorciarse. Si, dijo, él y Pauline estaban de acuerdo en una separación de cien días y, al final, encontraban que aún estaban enamorados, entonces podían seguir adelante y casarse. Por tanto, Pauline regresó a los Estados Unidos y Ernest vivió una existencia de soltero en París, trabajando duro en un volumen de relatos en un estudio de la calle Froideveaux, en la orilla izquierda. El estudio pertenecía a Gerald Murphy, un rico graduado de Yale. Él y su esposa Sale eran conocidos como la pareja más feliz del mundo, así como la más agradable y hospitala-

John F. Kennedy Library



ria. Son, hasta cierto punto, los modelos de los protagonistas de *Tender is the Night (Tierna es la noche)*, de Scott Fitzgerald. Ellos no escribían, pero conocían a todos los escritores. Hemingway, perseguido por la culpabilidad y el remordimiento, torturado por pesadillas nocturnas, lloró como un niño cuando Hadley ordenó la división de su mobiliario. Estaba también el asunto de Bumby, que no era fácilmente divisible. El niño amaba a su padre mucho más que a la gramática francesa: *La vie est beau avec papa,* decía. Hemingway hizo los arreglos para que los derechos de las ediciones norteamericana y británica de *The Sun Also Rises* le fueran pagados a Hadley. Era lo menos que podía hacer. Hadley dijo que podía conseguir su divorcio inmediatamente. Ernest se llamó a sí mismo hijo de perra; otros —especialmente los personajes reales de *The Sun Also Rises*— dijeron lo mismo. Oak Park criticó el libro. La madre de Ernest escribió dulcemente que creía que él aún haría algo que valiera la pena si confiaba en Dios e intentaba amarlo. Ernest siguió diciendo que era un hijo de perra.

El título de la nueva colección de relatos iba a ser *Men Without Women (Hombres sin mujeres),* historias rudas de personajes rudos no temperados por el sexo más gentil. Hemingway, entre ma-

trimonios, no era fácil de aguantar. Frecuentaba a Archibald MacLeish, el poeta, y a su esposa Ada. Ada deploraba la truculencia de Ernest en público y señalaba que siempre se metía con hombres pequeños. Cuando, por fin, Ernest y Pauline celebraron su boda católica en Passy, Ada se sintió asqueada por la forma fácil en que afirmó que éste no era un auténtico matrimonio, ya que Pauline era una buena católica de St. Louis y él un converso bajo el fuego. En lo que respecta a Hadley, ella era una protestante de St. Louis; su matrimonio, por tanto, no había sido nunca válido. Ahí quedaban los años de confianza y amor; los peores, no los mejores; los de penuria, no los de riqueza.

La vida, ya que no la literatura, hizo lo que pudo para castigarle. Su libro de relatos fue publicado en 1927 y tuvo éxito, pero él sufrió un fuerte ataque de gripe, así como dolor de muelas y hemorroides, combinado con una virtual ceguera cuando Bumby, a quien había permitido pasar un tiempo con él, metió una uña en el ojo bueno de su padre. De vuelta a París, el tragaluz del cuarto de baño se le cayó encima, haciéndole un agujero en la cabeza que necesitó nueve puntos. Había empezado una nueva novela y se preguntaba si quería acabarla en París. Las cosas se habían vuelto agrias. Había sido la gloria, pero ya no era la gloria. Lo resumió todo muchos años después en *A Moveable Feast (París era una fiesta)*.

«Antes de que llegaran estos ricos ya se nos habían infiltrado otra clase de ricos, utilizando el más viejo truco que hay. Una mujer joven, soltera, se convierte temporalmente en la mejor amiga de otra mujer joven, casada; va a vivir con el marido y la mujer y, como quien no quiere la cosa, inocentemente y sin tregua, se dedica a conseguir casarse con el marido... El marido tiene dos mujeres atractivas a su alrededor cuando acaba el trabajo. Una es nueva y extraña y, si tiene mala suerte, llega a amarlas a las dos...

»Cuando volví a ver a mi mujer, en pie al lado de las vías, al entrar el tren en la estación entre las pilas de madera, deseé haberme muerto antes que amar a otra mujer. Sonreía el sol sobre su bella cara bronceada por la nieve y el sol, sus rasgos tan hermosos, su cabello de cobre brillante, dejado crecer en libertad durante todo el invierno, salvaje y hermoso, y míster Bumby, en pie a su lado, rubio y regordete con mejillas de invierno... Yo la amaba a ella y sólo a ella y pasábamos un maravilloso tiempo mágico cuando estábamos solos. Trabajaba bien y hacíamos largas excursiones, y yo pensaba que éramos invulnerables de nuevo... Este fue el final de nuestro primer periodo en París. París no iba a ser nunca el mismo otra vez...»

3. Entre la pesca y las corridas de toros

Empezó a sentir añoranza por América, no por un sitio concreto como Oak Park, al cual no tenía ningún deseo de regresar, sino por sus amplios, vastos espacios verdes, y animales y ríos. La añoranza llegó en el momento justo: Pauline estaba embarazada y, como Hadley años atrás, necesitaba tener a su hijo en tierra patria. Antes había sido Canadá, ahora iba a ser la punta opuesta del continente. John Dos Passos les envió allí, locamente enamorado de la belleza de los cayos de Florida, especialmente de Cayo Hueso. Cayo Hueso se convirtió en el primer hogar norteamericano del Hemingway maduro.

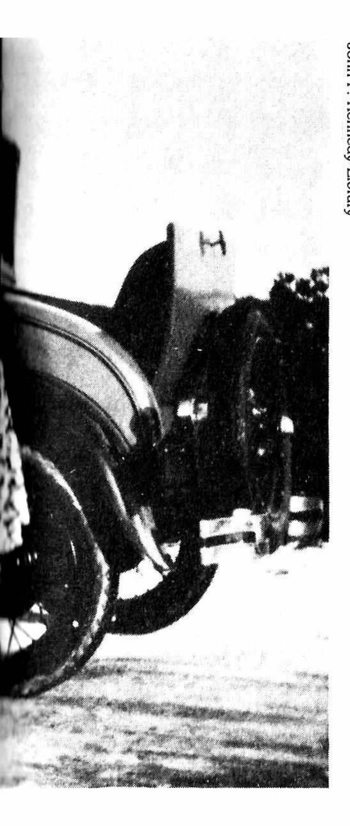
En París había profesado, con reticencia, una devoción al arte sin parangón entre los estetas de café, pero su actitud había sido la de un rudo y sudoroso filisteo. En Cayo Hueso su objetivo fue no aparecer como un gran escritor entre los marineros y pescadores, sino mostrarse como un misterioso y peligroso hombre del Norte, un gran traficante de alcohol o jefe de distribuidores de droga. Musculoso, tosco, con la cicatriz del tragaluz en la sien, de lenguaje blasfemo, le entusiasmaba que le tomaran por cualquier cosa excepto por un escritor. Este repudio de una gran vocación se encuentra frecuentemente entre artistas anglosajones, aunque es raro entre los franceses. Sir Edward Elgar, en la cúspide de su poder y fama, parecía incluso avergonzado de haber escrito música grande: se exhibía desafiante en las carreras, un hombre del mundo de los caballos, mientras *The Dream of Gerontius* estaba siendo representada en el Queen's Hall. Los libros de Hemingway iban a conseguirle la comodidad para ser un hombre de acción a plena dedicación, convirtiendo toda su madurez en una especie de hinchado verano infantil en los bosques de Michigan. Pero en Cayo Hueso encontró algo más grande que aquellos bosques: el ancho y profundo mar. Se convirtió en un apasionado pescador.

El momento de asentarse permanentemente al lado del mar aún no había llegado. Hemingway tenía que conocer a su madre política en Piggot, Arkansas, y luego llevar a Pauline a tener el niño

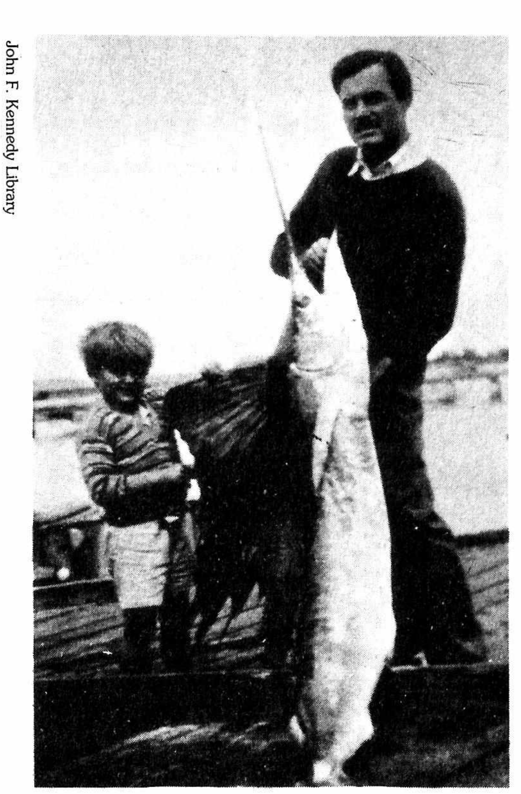


En Cayo Hueso, Florida, Hemingway encontró un mar lleno de excitantes presas; fue también el lugar donde sus padres conocieron a Pauline.

en lo que era en cierto modo la tierra patria, Kansas City. Permanecieron con Malcolm Lowry y su esposa en Indian Lake hasta que empezaron los dolores del parto. El mismo estaba pariendo dolorosamente la novela que se iba a llamar *A Farewell to Arms (Adiós a las armas)*. Más de diez años más tarde, Lowry iba a producir, después de un inmenso esfuerzo, *Under the Volcano (Bajo el volcán)*, una notable novela que, después de numerosas promociones y repromociones, continúa sin conseguir ser aceptada por el público en general. Hemingway era más afortunado de lo que pensaba. Lo que para él era una revolución estética, al gran público le parecía una especie de simplicidad de libro para chicos. El público se tragó sus complejidades como si fueran ostras. Las complejidades de *Bajo el volcán* se presentaban en un estilo que requería ser bien



John F. Kennedy Library



Hemingway, convertido en un consumado pescador, posa junto a su presa y su hijo Bumby en Cayo Hueso, 1928.

masticado. Pero, superficialmente, Hemingway y Lowry tenían mucho en común: grandes bebedores, exiliados, infligiéndose castigo a sí mismos. La tragedia fraguándose en ellos soterradamente.

El parto de Pauline fue penosísimo. Un niño que se llamaría Patrick fue extraído por operación cesárea en 1928, mientras Hemingway escribía sin pasión la muerte de parto de la heroína de su novela.

Por lo que se refiere a la paternidad, había perdido la capacidad de encontrarla regocijante; de hecho, un desencanto general con la vida —de la clase que cruelmente va asociada al éxito— se estaba manifestando. El escritor de éxito puede vivir donde quiera, y donde quiere vivir es en cualquier sitio excepto donde ha decidido vivir. Pescando y cazando en Wyoming sentía añoranza de

Chap 1

In the late summer of that year we lived in a house in a village that

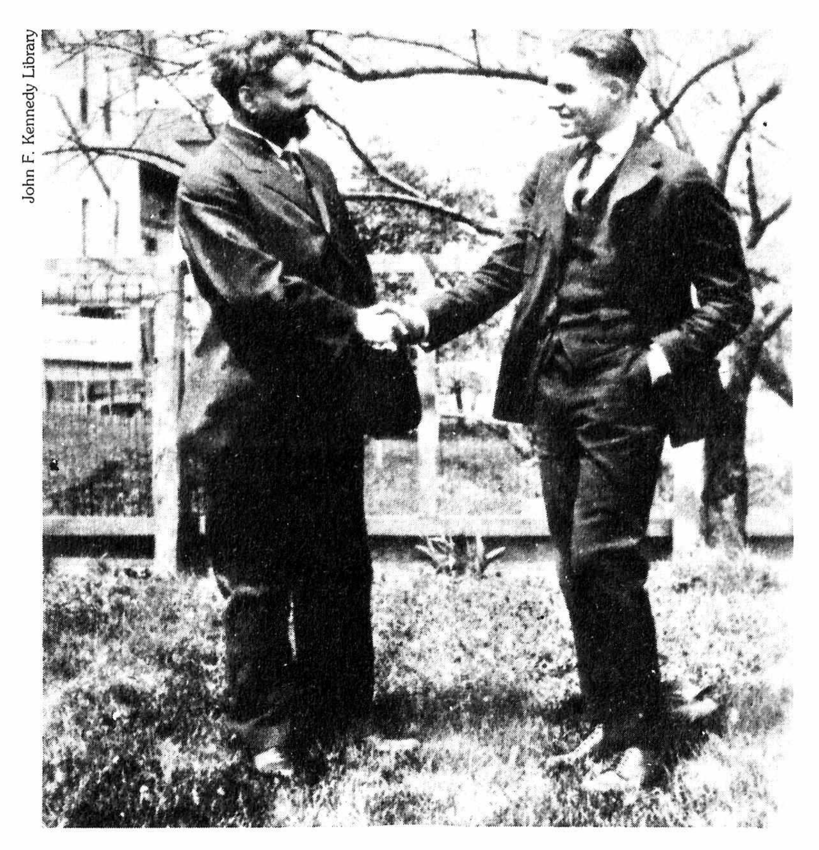
~~In the night we heard the troops~~

looked across the river and the plain to the mountains. ~~The water in the river~~ ~~The river ran in~~ channels in the bed of white pebbles and white boulders and

boulders and The river bed was white pebbles and dry white

the water was clear and swiftly moving and blue in the

~~There were slow~~ Troops ~~going~~ went by the house and down the ~~roads~~ road and the dust they raised powdered the leaves of the trees. The trunks of the trees too were dusty and the leaves fell early that year and ~~saw~~ the troops marching along the road and ~~and~~ we saw the dust rising and leaves stirred by the breeze falling and the soldiers marching and afterwards the road bare and white except for the leaves.


John F. Kennedy Library

Hemingway y su padre, en una actitud de mutua afabilidad. Ernest se sentía «mucho más viejo que su padre..., tanto que apenas podía soportarlo».

◀ *«Aquel año, al final del verano, vivíamos en una casa de pueblo que, más allá del río y de la llanura, miraba a las montañas...» Así comienza el primer borrador de* Adiós a las armas, *que puede verse en la imagen. Las correcciones a lápiz y más tarde a máquina fueron muy numerosas.*

París. Pero, lo sabía, en París anhelaría estar en Cayo. Y, dondequiera que estuviera, salvo en España, sabía que no había lugar como España. La insatisfacción fue temporalmente fulminada por el golpe, la vergüenza y el cansancio de una nueva responsabilidad —la de cabeza de la familia Hemingway— cuando supo que su padre se había matado de un tiro. Ed Hemingway había estado preocupado por el estado de sus finanzas, pero, aún más, por su estado físico. Incapaz de dormir a causa de la diabetes y la angina

de pecho, se había apuntado una pistola de la guerra civil en su oreja derecha y acabado con todo. Hemingway estaba contra el suicidio no sólo como católico de nombre, sino porque violaba su código del valor. La muerte era segura, pero la vida era buena. Cortejar a la muerte era un aspecto de la buena vida, pero abrazar a la muerte estaba prohibido. La elegancia debía mantenerse siempre en el sufrimiento, no importaba cuán agobiante fuera este sufrimiento. Se avergonzaba amargamente de lo que su padre había hecho.

Adiós a las armas apareció para encontrar críticas delirantes de admiración y ventas excelentes cuando Ernest estaba de vuelta en el irresistible París. Había tomado el título del *Oxford Book of English Verse,* de la misma forma que más tarde iba a tomar *Por quién doblan las campanas* del *Oxford Book of English Prose.* Sus títulos y epígrafes no emergían de una lectura profunda, sino de una búsqueda superficial pero prolongada de lo que sonaba bien. *Adiós a las armas* es el nombre de un poema de un contemporáneo de Shakespeare, George Peele. El poema en sí no tiene relevancia en la novela:

> Sus rizos de oro, el tiempo había vuelto de plata;
> Oh tiempo tan rápido, oh rapidez que nunca cesa;
> Su juventud, contra tiempo y edad, había mostrado su desprecio,
> Pero su desprecio fue en vano, la juventud mengua al crecer:
> Belleza, fuerza, juventud, son flores sólo vistas al marchitarse;
> Deber, fe, amor, son raíces, plantas vivaces.

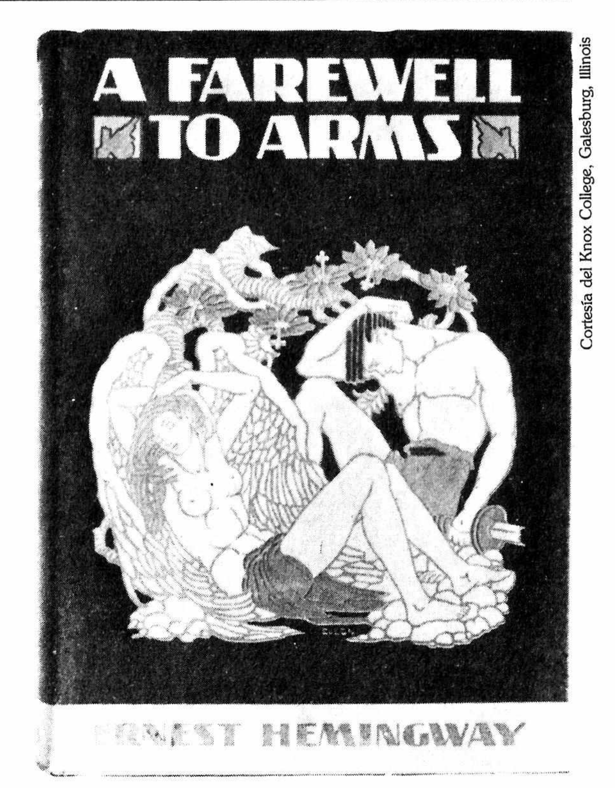
Y, con todo, la autoridad de Hemingway es tal que su título ya no parece ser un robo. Hacia finales de 1929, después de aparecer serializada en *Scribner's Magazine,* la novela inspiró una canción popular llamada, como era de prever, *Adiós a las armas:*

> *Adiós a los brazos*
> *Que me acariciaron suavemente.*
> *Adiós a los brazos,*
> *Adiós al amor...*

George Peele había quedado muy atrás.

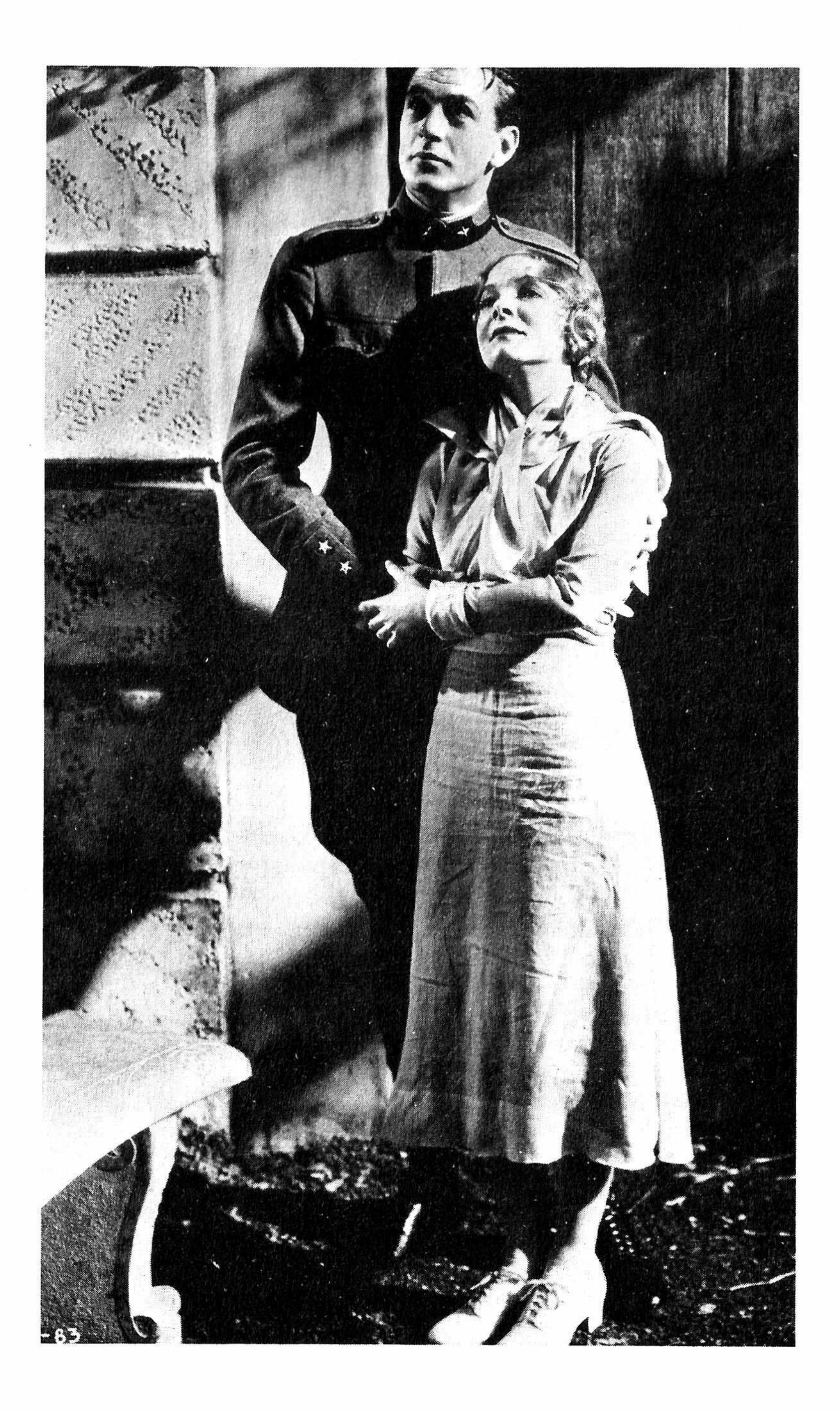
Diez años después del final de la I Guerra Mundial, las novelas referentes a la guerra comenzaron a aparecer —*Her Privates We,* de Frederic Manning; *Im Westen nichts Neues (Sin novedad en el frente),* de Erich Maria Remarque; *Death of a Hero (Muerte de un héroe),* de Richard Aldington—, junto con memorias de guerra como la de Robert Graves, *Goodbye to All That (Adiós a todo eso)* (otra canción popular saldría de ésta: «Acostumbrada a soñar, acos-

Portada de la primera edición americana de la novela Adiós a las armas, *publicada el año 1929.*



Cortesía del Knox College, Galesburg, Illinois

tumbrada a hacer planes... adiós a todo esto...»). La larga gestación había sido tan necesaria para *Adiós a las armas* como para las otras, pero Hemingway tenía que depurar su sistema no sólo de la guerra en el frente italiano, sino también de su no consumada pasión por Agnes von Kurowsky. Agnes queda transformada en la enfermera británica Catherine Barkley y corresponde al amor de Frederic Henry, un Hemingway que ha combatido de verdad e incluso vivido la retirada de Caporetto. Ella muere de parto, reforzando así uno de los temas centrales del libro, la unidad de la vida y la muerte (soldados en retirada, con cajas de cartuchos bajo los capotes, marchan «como si estuvieran preñados de seis meses»). Tenemos, en la superficie, una muy romántica historia de amor que acaba como todas estas historias deben acabar, con la muerte de uno de los amantes; pero tenemos también, en prosa muy hermosa, una compleja afirmación sobre la naturaleza del compromiso humano, presentado contra un fondo de guerra vívidamente captado. Con esta


-83

Ava Gardner, estrella de Los asesinos *y* Las nieves del Kilimanjaro, *formaba parte de la larga tribu de «hijas» de papá Hemingway.*


Culver Pictures

◀ *Gary Cooper y Helen Hayes en una escena del filme* Adiós a las armas, *basado en la obra de Hemingway.*

novela Hemingway alcanzó lo mejor de ambos mundos: consiguió una calidad artística tal vez superior a *Fiesta,* y se convirtió en un escritor muy popular.

De hecho, sólo a los tres años de la publicación del libro empezó a llegar a un público en absoluto aficionado a leer, pero muy a punto para una ficción romántica más directa. *Adiós a las armas* fue llevada al cine por primera vez en 1932, con Gary Cooper como Frederic, Helen Hayes como Catherine y Adolphe Menjou como el capitán italiano Rinaldi. En tributo al gusto popular, el film acababa con una Catherine viva, para disgusto de Hemingway, e iniciaba toda una insatisfactoria serie de malas películas de Hemingway. En 1958 hubo una adaptación más hábil y menos transigente de *Adiós a las armas,* con Rock Hudson, Jennifer Jones y Vittorio de Sica (dirigidos por Charles Vidor), pero no podían igualar en lenguaje visual la claridad de la prosa de Hemingway. No se necesitaba mejor prueba de la naturaleza esencialmente «literaria» del trabajo de Hemingway que una larga sucesión de mediocridades cinematográficas basadas en su obra. Lo que, en una lectura superficial, parece ser un argumento desnudo, con terso diálogo cinematográfico, resulta ser un muy trabajado artefacto verbal en el cual el significado reside totalmente en los ritmos del lenguaje. *The Killers (Los asesinos)* es el único film de Hemingway con categoría y era el único que Hemingway quería ver: lo hacía regularmente en Cuba

en el proyector de su casa, aunque normalmente se dormía durante la segunda bobina.

Hemingway tenía ahora treinta años, y los tristes años treinta del mundo estaban empezando, con el cacofónico preludio de la quiebra de Wall Street (él se preocupaba del efecto que la quiebra pudiera tener en la venta de sus libros, pero a partir de estos años sus novelas iban a ser siempre grandes *best-sellers*). Había consumido mucho de su pasado en novelas y relatos, y de ahora en adelante iba a tener que permanecer en el presente. Los años veinte habían sido una época extraordinaria para todas las artes, y una ciudad por encima de todas las demás parecía haberla nutrido: el París del cual regresaban los americanos a casa había sido La Meca de la creación, diversa y brillante. Incluso los aficionados adinerados y los fracasados pretenciosos habían prestado sabor al tiempo y el lugar. ¿Qué hubiera sido París sin hombres como Harry Crosby, fundador de la Black Sun Press, seductor, borracho, mal poeta, suicidado sensacionalmente en Nueva York en 1929, o de los escritores y pintores sin nombre que hablaban como genios y excretaban basura policroma? París no poseía una magia que proporcionara talento a los que no lo tenían: había simplemente proporcionado un ambiente en el cual el arte se tomaba en serio, una tradición de hermandad entre los artistas, y, no menos importante, un favorable número de francos por cada dólar. París había presidido el Movimiento Moderno que se expresaba como un rechazo de la doctrina del Hombre Liberal, el hombre progresando, dominando su medio, encontrando la salvación en la ciencia y la organización racional de la sociedad. El optimismo de la Europa liberal se había ido a pique con la guerra. Los instintos humanos iban a ser ahora más importantes que la razón: el Hombre Natural o Animal o Inconsciente reemplazaba al *Übermensch* de H. G. Wells y la abierta conspiración del intelecto planificador. Los hombres que salieron de la guerra estaban hastiados, pero sólo de lemas gastados; tenían energía suficiente para construir un arte nuevo basado en el rechazo de la herencia de antes de la guerra. Todo tenía que ser hecho de nuevo: el lenguaje de la literatura, las sonoridades de la música, la fenomenografía de las artes visuales. En literatura, James Joyce (exiliado crónico, no simple expatriado) iba a permanecer en París hasta su caída en 1940 y a empujar el modernismo hasta el límite. *Finnegans Wake* se publicó en 1939 y significa una conclusión muy adecuada a la era de *entre deux guerres*. Pero Hemingway, que encontró su lenguaje en París y ya estaba satisfecho con él, estaba destinado al éxito en un ambiente en el cual sólo pudiera representar una cierta corrupción moral o estética. Escribió

cosas de calidad después de *Adiós a las armas,* pero, al revés de Joyce, no deseaba descubrir nuevos caminos.

Hemingway había llegado; se veía a sí mismo como uno de los patriarcas de la literatura americana, con todo y ser joven. Empezó a ser el Papá de todo el mundo, pero casi nunca un padre benevolente. Se especializó en aseveraciones pontificales, reproches arbitrarios, amenazas brutales, castigos sin piedad. Con altivez le aconsejó a Scott Fitzgerald cómo escribir sus propias novelas. Conoció a Allen Tate —el distinguido poeta y crítico sureño que, tal vez con reluctancia, debió admitir que *Adiós a las armas* era una obra maestra— y le dijo que el número de orgasmos decretados para un hombre estaba fijado desde su nacimiento y que un hombre no debía hacer demasiado el amor en su juventud, reservando algunos de esos orgasmos para su edad madura. (¿Otra admisión indirecta de insuficiencia sexual en sí mismo?) También proclamó, sin evidencia, que Ford Madox Ford era sexualmente impotente. Descubrió que Archibal MacLeish, incapaz de mantener a su familia con su poesía, había aceptado un empleo en la revista *Fortune,* de Henry Luce, y dictó la ley de la integridad artística, alardeando de que él mismo (a quien Luce acababa de ofrecer 1.000 dólares por 2.500 palabras sobre los toros) estaba por encima de esos compromisos rastreros. La revista *Bookman* había atacado a Hemingway como un escritor «sucio» y Hemingway se ofreció para ir allí y partirle la cara al editor.

Su antiguo amigo y editor, McAlmon, iba, según Scott Fitzgerald, diciendo a la gente que Pauline era lesbiana y Ernest un maricón que pegaba a su mujer. Hemingway dijo que McAlmon era demasiado despreciable como para ser convertido en papilla de una paliza, pero que suponía que tendría que ir y romperle los huesos por su propio bien. Morley Callaghan decían que decía que había dejado fuera de combate a Hemingway, y Hemingway le envió un iracundo cable pidiendo una disculpa pública. Hemingway se estaba creando un personaje de tipo duro, el de un pobre chaval que ha tenido que abrirse camino a golpes hasta la cumbre y que, con unos cuantos libros detrás, era ya un curtido veterano de la literatura, bien calificado para dar consejos sólidos a los escritores noveles (Scott Fitzgerald, por ejemplo). Los poco caritativos pueden decir que Hemingway, el fanfarrón y embustero, estaba en plena floración; los menos caritativos, que todo esto no era nada comparado con lo que estaba en camino; los más caritativos, que era un escritor endiabladamente bueno y tenía derecho a sus embustes y pataletas.

La naturaleza, como de costumbre, administró sus castigos.


R. Capa/Magnum

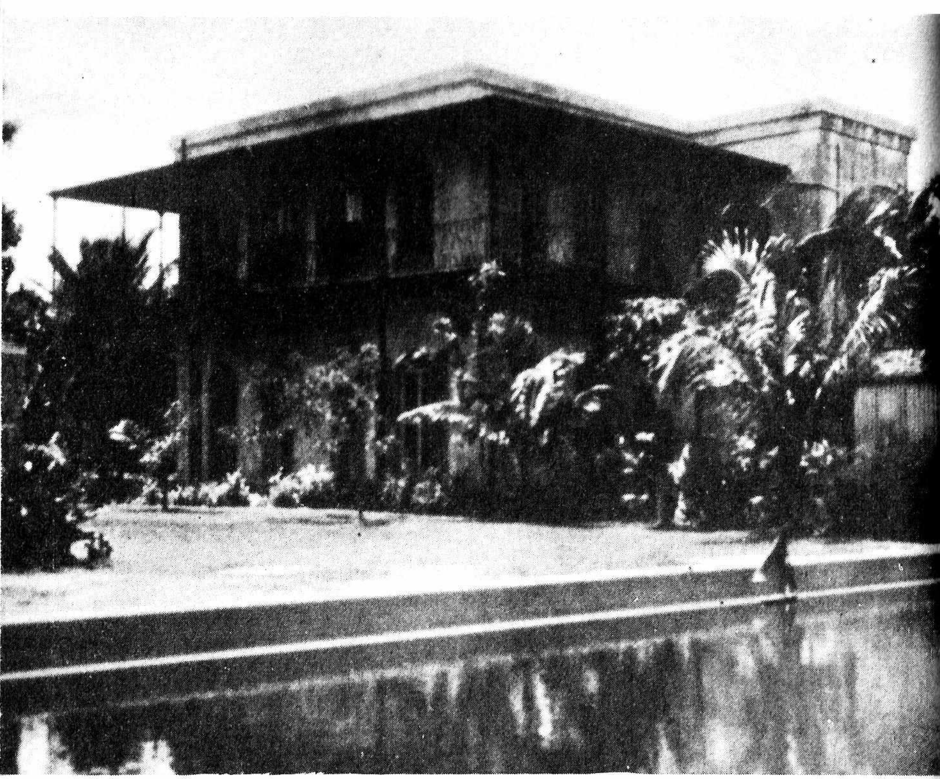
Incluso le advirtió que no comiera ni bebiera en exceso —lo que él, que había llegado y era famoso, se consideraba con derecho a incumplir—, haciendo que los dedos se le hincharan hasta parecer salchichas después de una temporada de comilonas en España. Hemingway iba a ser un comilón bastante tosco para haber pasado sus primeros años creativos en el país de la *haute cuisine;* un hombre que gustaba de las cebollas de Bermudas y vino tinto para desayunar, con montones de salsa chutney y mostaza en su carne de la mañana y mermelada sobre enormes filetes de buey.

Llegó a ser un bebedor formidable. El director del Gritti Palace, en Venecia, me ha revelado que tres botellas de Valpolicella para empezar la mañana no eran nada para él, y luego estaban los daiquiris, whisky escocés, tequila, aguardiente de centeno, martinis sin vermut. El castigo físico que le dio el alcohol se retrasó y, en cierto modo, fue cortejado activamente; los otros castigos fueron gratuitos, parece, y muy inmediatos: problemas de riñón por pescar en las heladas aguas españolas, desgarro muscular en la ingle por algo no especificado cuando visitaba Palencia, un dedo abierto hasta el hueso por un accidente con un saco de boxeo, heridas en brazos, piernas y cara causadas por espinos y ramas cuando un caballo desbocado le llevó a través de un espeso bosque en Wyoming. Y el futuro le deparaba mucho más.

Cayo Hueso se convirtió en el hogar. Era una isla calurosa y húmeda, refrescada por los alisios del Atlántico, con bares baratos para los marineros, restaurantes españoles, cocoteros y viejas casas blancas de cierta elegancia decadente. Era un antiguo territorio de piratas, pero las aguas estaban ahora llenas de tráfico legítimo. Había un bar sinónimo del más conocido en La Habana (a sólo ciento sesenta kilómetros de distancia) —Sloppy Joe's—. Carmen Miranda le iba a dedicar una canción, Bing Crosby iba a cantar sentimentalmente «Nos veremos en C.U.B.A.». Cuba era zona de recreo norteamericano en aquellos días; pronto iba a parecerle más *simpático* a Hemingway, más *echt* que Cayo Hueso. Pero, mientras tanto, Cayo Hueso y la vieja casa de piedra que el tío de Pauline les dio como tardío regalo de boda, era un buen lugar al que regresar después de pescar tarpones en las aguas de las Tortugas o de cazar osos en Wyoming.

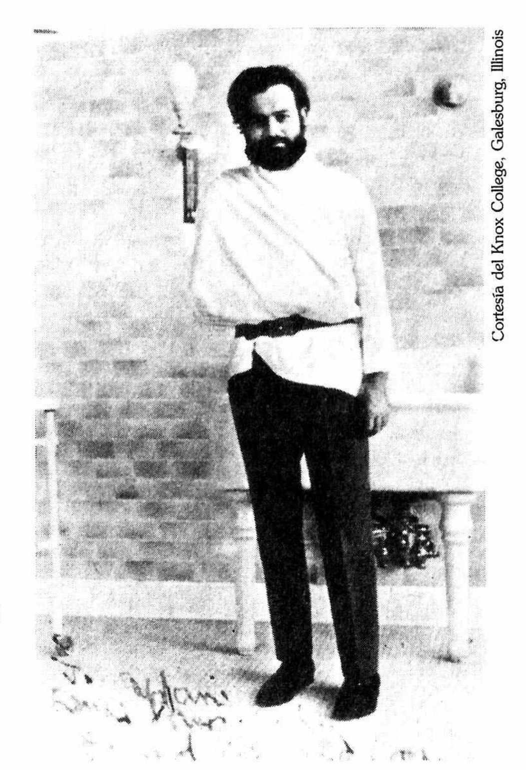
Hemingway hubiera adelantado grandemente su trabajo de no ser por un accidente de coche en Wyoming. Deslumbrado por

◀ *La caza era otro de los* hobbies *preferidos por Hemingway; su estancia en Cayo Hueso le proporcionó la ocasión de practicarla asiduamente.*


John F. Kennedy Library

unos faros que venían de frente, viró, metiendo su «Ford» en una zanja, donde se volcó encima de él. Sufrió una complicada fractura en el brazo. Le pudo contar a Max Perkins que desde que había firmado para Scribners había tenido un ántrax, un corte en el globo del ojo, la frente abierta por un cristal, problemas de riñón, un dedo sajado, cara, pierna y brazo arañados y ahora una fractura del instrumento con el cual se ganaba la vida. Naturalmente, también hablaba de ir a Africa, donde, decía, tienes que apretar el gatillo únicamente cuando estás lo bastante cerca como para oler la halitosis del león.

El libro que estaba intentando escribir por entonces era *Death in the Afternoon (Muerte en la tarde)*, un extenso estudio sobre la metafísica de la corrida, publicado en 1932. Efectuaba frecuentes viajes a España, donde una revolución estaba en marcha, aunque no se le permitía que interfiriera con las *corridas*. El clero que Hemingway encontraba *en voyage* —curas españoles exiliados de



Cortesía del Knox College, Galesburg, Illinois

Hemingway en el hospital de Brillengs, Montana, después de su accidente de coche en Wyoming (noviembre de 1930), un episodio del cual, evidentemente, salió el relato humorístico El jugador, la monja y la radio. *La fotografía está dedicada a su bibliógrafo, Luis Cohn, con la mano izquierda.*

◀ *La casa de Hemingway en Cayo Hueso, Florida. Cayo Hueso era marítimo, tropical relajado, caluroso, un tanto decrépito y saladamente húmedo. Los marineros se peleaban en bares llenos de música de rumba... El lugar le gustaba a Hemingway.*

México, donde habían tenido su propia revolución— temía que las turbas republicanas estuvieran violando monjas y quemando iglesias. Pero Madrid, aunque ciento por ciento republicana, parecía en orden aunque ruidosa. Como católico de nombre, Hemingway hubiera debido estar del lado de los carlistas que hacían rugir Pamplona con el grito de *¡Viva Cristo Rey!*, pero su nominalismo no le impedía estar (del todo apolíticamente) del lado del pueblo, largo tiempo tiranizado, ahora exultante en lo que iba a demostrarse era una libertad muy transitoria. Para los verdaderos católicos y los católicos anglicanos de convicciones liberales era un tiempo muy conflictivo. La Iglesia española nunca había estado separada de la grave desigualdad secular y corrupción gubernamental; uno tenía que odiar a los curas y obispos junto con la monarquía depuesta. Algunos católicos anglosajones, como el poeta sudafricano Roy Campbell, iban a ser lógicos, luchando por Franco cuando llegó el momento. Otros, como Evelyn Waugh, iban a exhibir una pruden-

te reticencia durante el conflicto. Hemingway iba a apoyar al pueblo español sin beligerancia activa, la máquina de escribir Remington era más potente que el fusil Remington. Su catolicismo, siendo nominal, podía dejarse en suspenso temporalmente o incluso definitivamente sin excesiva ansiedad espiritual. Iba a ser lúcido sobre toda la situación española, viendo en el breve paraíso republicano poco más que una proliferación de burocracia y no demasiada mejora para la mayoría del pueblo común. Entre tanto, el culto al toro corría más profundo que la política.

Muerte en la tarde apareció en 1932. Se trata de una producción curiosa, a veces tediosa, a veces de un interés absorbente. El Hemingway de los primeros reportajes para el *Toronto Star* era un hombre que veía las cosas con agudeza y con agudeza transcribía lo que veía, manteniéndose discretamente en un segundo plano. Cuando era necesario que avanzara al frente para emitir un juicio, lo hacía normalmente con un brillo de individualismo, completamente atractivo. El Hemingway del libro del toro está siempre allí, papá, abuelito, sabihondo, fanfarrón, a veces aburrido, a menudo satisfecho de sí mismo, siempre consciente de sí mismo. El título de Max Eastman para la reseña que escribió fue «Toro en la tarde», que resultaba muy apto. Espoleó a Hemingway, con justicia, por su falsa pose de duro y los extremos románticos y la tendencia, inseparable de la rudeza, al sentimentalismo.

Con todo, hay en *Muerte en la tarde* una buena dosis de información sólida sobre el arte del toreo, junto con las disquisiciones, un tanto divagantes, del autor sobre la naturaleza de la vida y la muerte. Sostenía que conocía la actitud de los españoles, especialmente los castellanos, hacia estos dos compañeros de cama, la interminable oscuridad o vacío o *nada* que sigue al breve espacio de sol. En un relato corto, magistral, llamado *A Clean Well-Lighted Place (Un lugar limpio y bien iluminado)*, presenta muy vívidamente este evitar la *nada* en la imagen del camarero que se regocija en el limpio y bien iluminado restaurante en el que trabaja y no quiere salir fuera, a la oscuridad. Aquí nos da más que imágenes, nos da filosofía en palabras. La vida es demasiado corta para todo, excepto para la única cosa que puede desafiar a la muerte: la dignidad humana. Pero también es posible sacar el máximo partido de la muerte convirtiéndola en un sirviente, haciéndola realizar su trabajo

Cubierta de la primera edición americana de Muerte en la tarde. *Los castellanos, se dice en el libro, «saben que la muerte es una realidad ineludible, la única cosa de la que pueden estar seguros».* ▶

cuando la llamemos, aprendiendo el arte de matar para poder cantar a la muerte en la forma en que se canta una canción. Este matar no debe ser en un campo de batalla o en un matadero. El toro es escogido como víctima porque es grande y fuerte y dotado de libre albedrío como todo aquello de mayor importancia que Dios creó.

ERNEST HEMINGWAY

DEATH IN THE AFTERNOON



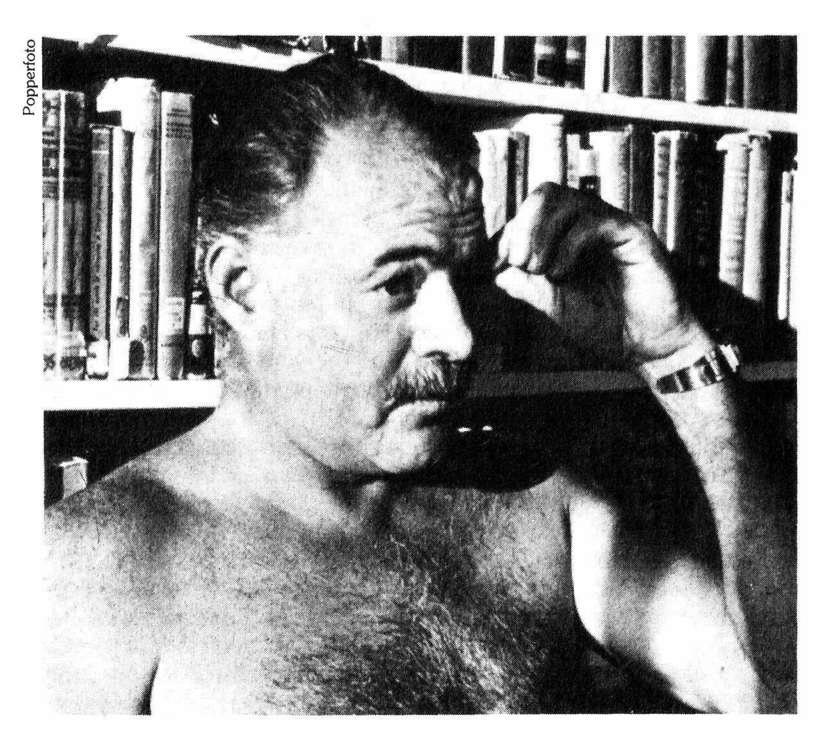
CHARLES SCRIBNERS SONS

Cortesía del Knox College, Galesburg, Illinois

Hay incluso en él una divinidad que se eleva hasta el mithraísmo. Puede decidir matar y el matador corteja deliberadamente la posibilidad de su propia muerte en un gesto de orgullo humano y divinidad y desafío. Triunfo y tragedia están unidos en el ritual, que tiene sus raíces en antiguas doctrinas paganas de valor y virtud humanas. Hemingway va a veces demasiado lejos. No parece ver que, para la mayoría de los que se amontonan en la arena, los toros son satisfactorios por la certeza de heridas graves y a menudo la muerte, que los espectadores aúllan pidiendo sangre tan innoblemente como cualquier turba romana mirando con ojos desorbitados cómo los leones hambrientos despedazaban a los cristianos. Cuando el toro le saca las tripas al caballo del picador, es, dice Hemingway, un simple entreacto cómico en la tragedia púrpura que lleva hasta el momento de la verdad. Antropomorfiza al toro bravo convirtiéndolo en un héroe imposible que no se rebaja a gemir o rugir. Hemingway hace que la *corrida* exteriorice algunos movimientos de su propia alma. La obsesión por la muerte y el matar parece nacer de la culpabilidad, y adivinamos que aún no ha superado su abandono de una esposa amada. Hay una cierta historia, expresada en una escritura vaga y repetitiva, poco característica, así como en un desfile gratuito de imágenes de destrucción goyescas. Parece que quiera que el lector se sienta sucio e incómodo porque es así como él mismo se siente.

Para cualquiera que, como yo mismo, haya vivido en la Península Ibérica, *Muerte en la tarde* queda libre de muchos de sus defectos con el paso del tiempo, asentándose en la categoría de los clásicos. Nunca me han gustado los toros y nunca he querido aprender a amarlos, pero me siento incapaz de ignorar las metáforas de su ritual. He comido, asada al fuego después de una corrida, la carne del toro sacrificado, y puedo atestiguar sobre un curioso sentimiento de participación sacramental tan válido como el de la Iglesia a la que, menos nominalmente que Hemingway, he pertenecido. Hay percepción y verdad en este libro y, tal vez, la hojarasca de las necedades, la metafísica de mesa de taberna, los tediosos y prolijos párrafos son necesarios para hacerlas resaltar. No es tan fácil dejar a un lado este libro con un simple encogimiento de hombros.

Obsesionado por la muerte, especialmente las muertes que había empezado a causar alegremente a los peces voladores en aguas cubanas, Hemingway no se sentía demasiado feliz cuando ésta parecía señalarle a él. Empapado en sudor después de una vana lucha con un pez enorme, le pilló un chaparrón y contrajo una bronconeumonía. Convaleciente, mientras corregía las galeradas



Hemingway, siempre obsesivamente preocupado por la virilidad, posa para un retrato demostrando que el pelo de su pecho es auténtico.

de su nuevo libro, observó en el margen superior de cada una de las largas hojas ciertos guarismos, inocentes pero ominosos: «4 Gal 80. Hemingway Muerte 11 1/2 - 14 Escocés.» Se trataba, desde luego, de una simple abreviación del título completo de la novela debido al impresor, pero parecía como si Hemingway hubiera trasegado demasiado whisky y la hubiera palmado: cuatro galones de 80 grados, catorce dobles, todo encajaba. Supersticioso, morbosamente susceptible, gruñó algo respecto a retorcer el cuello a varios bastardos y luego se marchó de mal humor a matar alces, y ciervos, y osos negros, y pajaritos.

Muerte en la tarde, a diferencia de *Adiós a las armas,* no fue celebrada en una canción popular. Sin embargo, más tarde dio su nombre a un cóctel con el que me tropecé por primera vez en el bar del aeropuerto de Auckland, Nueva Zelanda: una mezcla de absenta y champagne que hacía honor a su nombre. Hemingway estuvo lejos de sentirse feliz con las poco encomiásticas críticas que reci-

bían los libros. Eastman dijo algo sobre que el estilo literario de Hemingway era como «falso pelo en pecho» y Hemingway explotó. Eastman era un cerdo y un traidor y, además, impotente y estaba más celoso que todos los diablos de un hombre de verdad que podía «partirle el alma a hostias a cualquiera de ellos» y, además, sabía escribir. Uno de estos días, dijo, haría papilla a Eastman. Eventualmente tuvo su oportunidad en la oficina de Max Perkins, donde encontró al otro Max conferenciando con el editor sobre su nuevo libro de ensayos. Al principio Hemingway se contentó con comparar, sonriendo, su peludo pecho con el lampiño de Eastman. Luego vio que Eastman proponía que incluyeran «Toro en la tarde» en la colección de ensayos y empezó a golpearle. No hubo heridos de importancia.

No podía ofrecerse para sacar las tripas a bofetadas a Gertrude Stein, que decía cosas desagradables de él en sus memorias, *The Autobiography of Alice B. Toklas (Autobiografía de Alice B. Toklas)* (miss Toklas era la amiga y compañera de miss Stein). La autora señalaba que Hemingway había tomado su estilo de ella misma y de Sherwood Anderson, y decía también que ese vástago un tanto escandaloso era «amarillo». Hemingway replicó que ella era «homosexual y sólo le gustaban los homosexuales», y en lo que respecta a él, él no era «homosexual», él tenía *cojones,* y, además, sabía escribir; iba a sacar una gran colección de nuevos relatos, *Winner Take Nothing (Ganador no lleva nada),* para demostrarlo, y que Dios les maldijera a todos juntos. Para demostrar su capacidad sexual empezó a colaborar con rudos y escabrosos artículos para una nueva revista para hombres, una con pelo en pecho de verdad y *cojones* auténticos, aunque su título fuera lamentablemente edulcorado y gentil por no hablar de su viscoso esnobismo: *Esquire.* Ya les enseñaría a los bastardos. Durante todo este tiempo Pauline siguió siendo una buena esposa y fiel camarada y le dio otro hijo que añadir a los dos existentes de dos esposas distintas. Desgraciadamente existía una vieja superstición sobre que un hombre que no podía engendrar hijas era algo menos hombre, pero dejemos eso a un lado; había tiempo de sobra para tener hijas. La primera esposa, Hadley, disminuyó el sentido de culpabilidad de Ernest por haberla abandonado, casándose con Paul Scott Mowrer, el nuevo editor del *Chicago Daily News.* El camino pronto quedaría libre para la segunda deserción de Hemingway, cualificada, como la primera, por una especie de fidelidad, ya que la tercera esposa también iba a ser una mujer de St. Louis.

4. La irresistible fascinación de Africa

Por el momento, Pauline era la esposa adecuada, porque estaba bien dispuesta a acompañarle a Africa a matar animales salvajes.

Hemingway había tenido el costoso safari metido en la cabeza desde hacía más o menos un año. No era sólo una cuestión de curiosidad por el oscuro continente; había empezado a desarrollar una especie de filosofía del heroísmo y ésta tenía que ponerse a prueba en la acción. Todas las fronteras americanas estaban ya ganadas, la era de Matty Bumppo había terminado. No siempre se podía disponer de una guerra importante para poner a prueba la entereza y el dedo rápido. Los toros eran una actividad indudablemente heroica, pero había que ser torero y, a poder ser, español para dedicarse a ella. Hemingway había hecho lo que había podido por la corrida (afirmaba haber visto matar a más de mil toros antes de escribir *Muerte en la tarde;* pero que siempre había estado en los tendidos, nunca en la arena). En Africa podría actuar directamente, no por intermediario. Cierto, había desafiado las aguas profundas y los grandes peces, pero los peces no eran carne de la propia carne, como los toros. Los leones eran, proverbialmente, incluso más nobles y más peligrosos que los toros. Por tanto, tenía que ir a Africa y matar algunos.

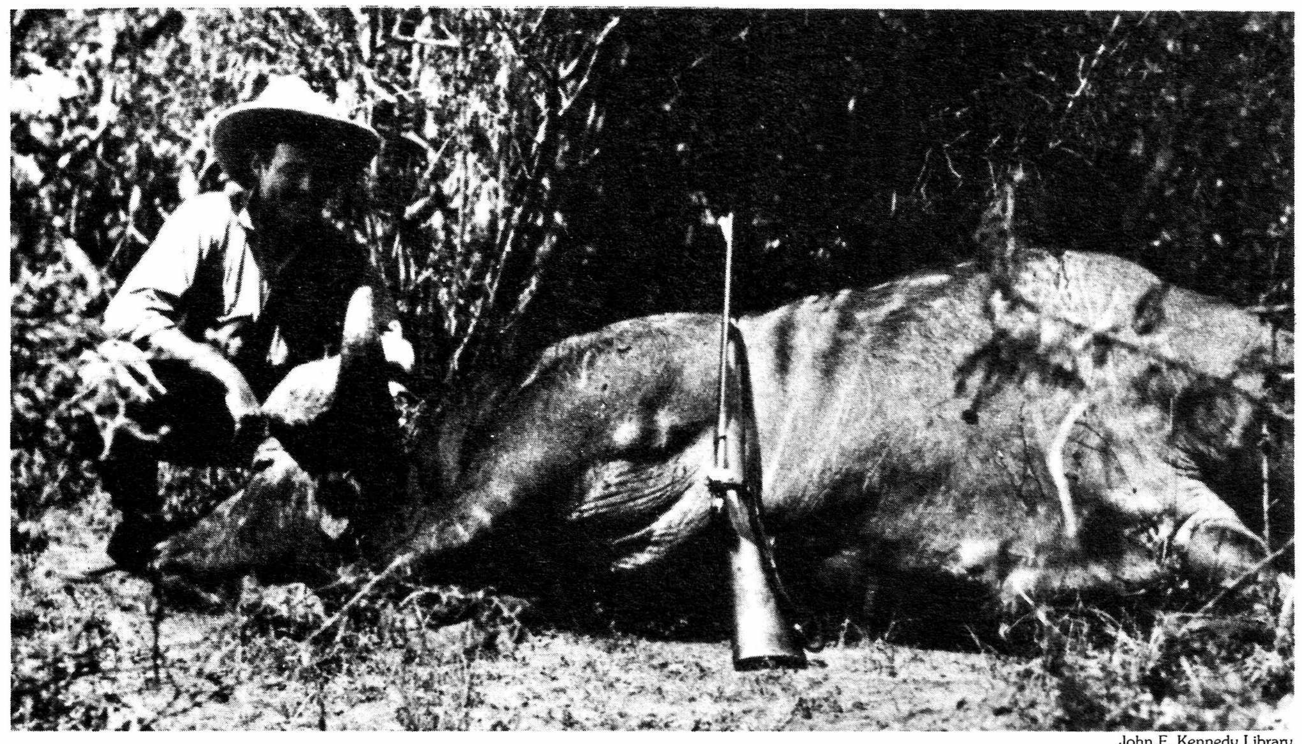
Ernest y Pauline aterrizaron en Mombasa hacia finales del otoño de 1932, luego hicieron el largo viaje en tren hasta Nairobi. Desde allí se dirigieron a Machakos, en las Mua Hills, donde el gran cazador blanco Philip Percival estaría pronto preparado para acompañarles en el safari. Los dos hombres se cayeron bien. Percival era cortés, valiente y contaba estupendas anécdotas sobre la caza. Hemingway tenía que llevar lentes para disparar, pero era rápido y estaba deseoso de aprender, también encantador, también humilde. La humildad iba a desaparecer, naturalmente, según desarrollaba su habilidad para matar kongonis, impalas, pintadas y gacelas. El ayudante, M'Cola, no se sentía impresionado por Hemingway ni en realidad por ninguno de los hombres que participa-

ban en el viaje, pero tenía una gran opinión de Pauline, que tenía más o menos su talla y a quien llamaba *mama*. Pauline fue la primera que disparó a un león, pero Ernest, tirando con su «Springfield» inmediatamente después de ella, lo derribó, mientras ella sólo lo había tocado. M'Cora o M'Cola y el resto de los porteadores juraron que el león era de Pauline: *Mama piga simba.* Cantaron la canción del león y la llevaron a hombros por todo el campamento. A Hemingway esto no le gustó demasiado: los otros no tenían que hacer trampas.

Pero consiguió lo que, sin ninguna duda, era su propio león un poco más tarde, alcanzándolo justo en el cuello. Sintió orgullo por la hazaña, pero también vergüenza. Las moscas descendieron sobre la copiosa sangre de la bestia; la hermosa, soberana criatura con su oscura melena y los músculos crispándose bajo la piel tostada había sido profanada; su herida era un nido obsceno de escandalosas moscas. Y él, Hemingway, era el responsable de su degradación. Tenía que ser castigado. Por tanto, le atacó la disentería amebiana. Luego se le desarrolló un prolapso del intestino delgado. Tuvieron que llevarle en avión, con sufrimiento y dificultad, a un hospital en Nairobi para que le inyectaran emetina. Pronto se encontró mejor y aún mejor cuando supo que su libro de relatos *Winner Take Nothing* se estaba vendiendo bien. Hay que estar siempre a las duras y a las maduras.

Había que aceptar las moscas tsé-tsé y las serpientes y las malditas y cobardes hienas (con todas sus réplicas en el mundo de las letras) junto con la excitación de derribar rinocerontes y búfalos (que era como la excitación al acabar un libro, sólo que más fácil de conseguir). Y también había que aceptar el desengaño de no matar un kudu tan grande como el del vecino. Con todo, cuando llegaron las lluvias y todo acabó, tuvo que admitir que lo había hecho bastante bien. También había conseguido, aunque eso estaba por venir, un libro aceptable de toda aquella aventura y tal vez sus dos mejores relatos cortos.

El viaje de vuelta a casa en el *Ile de France* le deparó a Hemingway la bendición de una nueva y despampanante amiga. Marlene Dietrich hizo una avasalladora entrada al comedor una noche para participar en una cena. Al contar la mesa, ya con doce comensales, Marlene se iba a retirar supersticiosamente, pero Hemingway, lleno de encanto y rápido como un rayo, fue hasta ella y se ofreció con placer a ser el decimocuarto. Siempre iba a admirarla y, como prueba de afecto, la llamaría «la teutona». Nunca alardeó de habérsela llevado a la cama, diciendo que siempre tuvieron ganas uno de otro en el momento equivocado, cuando uno de ellos esta-



John F. Kennedy Library

Hemingway durante su primer safari, en 1932.



Marlene Dietrich, personificación del fulgor de Hollywood, fue amiga de Hemingway hasta el fin de su vida. El escritor la distinguió con el poco galante apodo de «la teutona».

ba comprometido en otros amores. Le dio consejos paternales que ella siguió regularmente; no la trató como a una criatura, como hacía con sus otras amigas; le concedió el desusado privilegio de llamarle por su nombre de pila. Le inspiraba, pensamos, un poco de temor.

Las cornamentas y cabezas y pieles y otros trofeos tangibles de la aventura africana iban a llegar más tarde en otro barco y le iban a costar caros. Pero, de vuelta en Cayo Hueso, el deshacer las maletas de la experiencia, vertiéndolas en un libro que se iba a llamar *Green Hills of Africa (Las verdes colinas de Africa),* podía empezar casi inmediatamente. Es adecuado examinar ahora brevemente este libro. No es un buen libro, pero se quiere que sea un libro feliz. Si el libro de la corrida ve la muerte trágicamente, el de la caza del león mira la gratuita matanza de bestias, sin preocupación, con inocencia, en términos de un código masculino del deporte y el saludable vigor de una competición limpia. «No me importó matar lo que fuera... si lo mataba limpiamente... Todos tenían que morir... Y no tenía en absoluto ningún sentimiento de culpa.» El trabajo tiene la difusa estructura de una novela sin argumento, pero todos los personajes son reales, con Hemingway como héroe, la culata

del rifle apoyada en el pie, la botella de whisky entre las rodillas, «sintiendo el fresco viento de la noche y oliendo el buen olor de Africa. Era completamente feliz». Que no era completamente feliz podemos darlo como leído: hay demasiado pregón en alta voz sobre lo bueno que es todo. Las masivas simplificaciones del deporte enmascaran una inquietud fundamental, tal vez personificada al máximo en la imagen de la hiena moribunda, enloquecida, comiéndose los propios intestinos. La hiena es siempre el villano, pero ni siquiera los villanos debieran sufrir demasiado. Hemingway, para quien las sugerencias de mortalidad no están nunca demasiado lejos, intenta sacar el máximo partido de la muerte, administrándola con «limpieza», pero debe haber algo neuróticamente enfermizo en esta obsesión por llenar de plomo a los leones y kudus. Se puede aceptar una preocupación por la muerte diaria, como en *Muerte en la tarde,* si hay una aceptación abierta del absurdo de la vida, pero aquí todo es de una dulzura edénica y existe la alegría de la caza. Tal vez el aspecto más embarazoso de la obra, como de muchas de las obras posteriores de Hemingway, es la incesante necesidad de demostrar su virilidad, un rasgo poco característico de los verdaderamente viriles.

Debo apresurarme a suavizar esta desfavorable visión de las memorias africanas de Hemingway con laudes por los dos relatos aparecidos en 1936, con un mes entre los dos, en *Esquire.* A principios de año, en la misma *cojonuda* revista, Scott Fitzgerald había publicado sus tres artículos extraordinarios sobre su ahora mítico hundimiento, un prolongado grito de desesperación que Hemingway estaba siempre dispuesto para denigrar en privado y diagnosticar magistralmente en público. El diagnóstico aparece en *The Snows of Kilimanjaro (Las nieves del Kilimanjaro),* donde el escritor moribundo Harry medita sobre el «pobre Scott Fitzgerald» como un hombre enamorado de los ricos (diferentes del resto de nosotros; sí, ellos tienen más dinero), engañado por el relumbrón del éxito, aprendiendo, demasiado tarde, que su «romántica reverencia» estaba fuera de lugar, estremeciéndose ante una verdad devastadora, destrozado por el colapso de una filosofía. Pero el mismo Harry, aunque ajeno al lloriqueo romántico, ha seguido a los dioses equivocados y malgastado su talento. Ahora está muriendo con una pierna gangrenosa en una calurosa llanura africana, mirando hacia el casquete nevado del Kilimanjaro. Hemingway había sabido por el cazador blanco Percival que, increíblemente, el cadáver helado de un leopardo había sido encontrado allá arriba.

En la narración, la «limpia» muerte del aventurado depredador y la sucia muerte sin dolor por la gangrena son utilizadas como

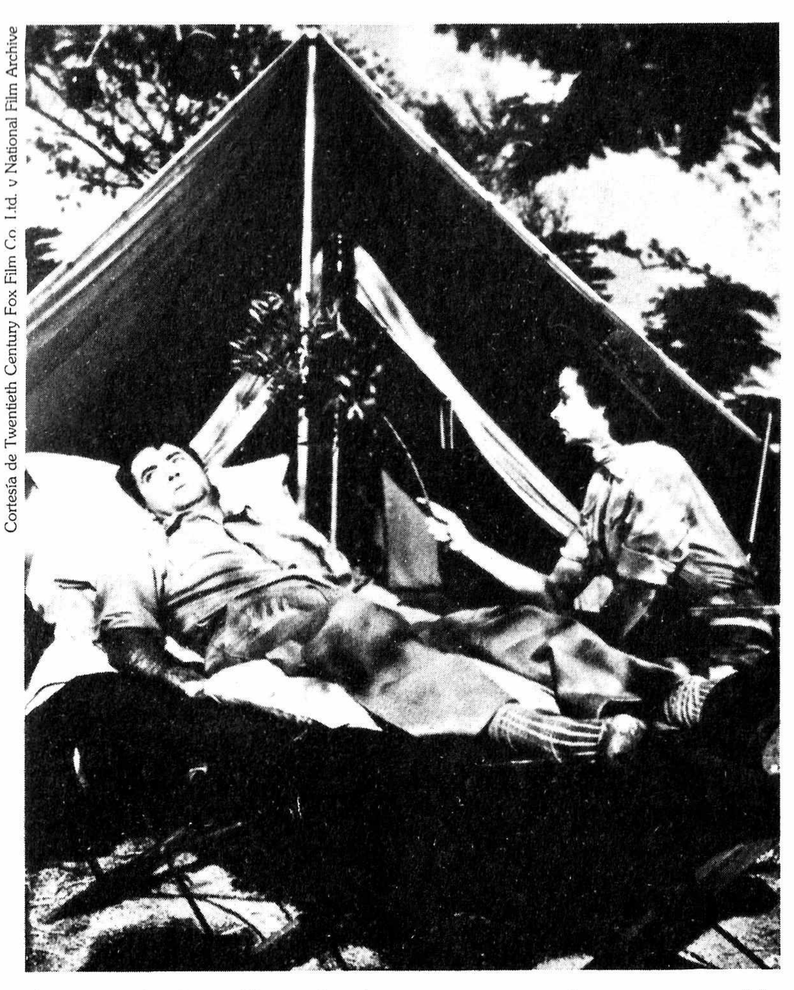
símbolos de considerable fuerza. La bestia significa el artista que muere noblemente, buscando la cima, y la gangrena representa la corrupción y la mortificación del talento mal empleado, prostituido, que se ha dejado atrofiar.

En el filme *Las nieves del Kilimanjaro* (1952, dirigido por Henry King, con Gregory Peck, Susan Hayward y Ava Gardner) el irónico final feliz de la visión agonizante de Harry —la conquista de la montaña—, «ancha como todo el mundo, grande, alta e increíblemente blanca bajo el sol», queda suavizado en un rescate, una operación quirúrgica con éxito y Harry listo para el «nuevo comienzo». Pero el final tal como fue escrito es inmensamente más poderoso: aunque no hay esperanza de regeneración, Harry se enfrenta a su fracaso para servir a la vez al arte y a la vida sin autocompasión, con comprensión, sometiéndose al destino, habiendo por fin «quemado la grasa que envolvía su alma». Harry puede ser interpretado como una especie de Fitzgerald que hubiera sido dotado con la percepción estoica de un Hemingway, pero también puede entenderse como una especie de Hemingway corrompido por los atractivos del papel de hombre de acción, descuidando su verdadera vocación mientras los buitres y hienas del tiempo devorador se acercan.

La segunda narración africana se titula *The Short Happy Life of Francis Macomber (La corta y feliz vida de Francis Macomber;* filmada en 1947 con Zoltan Korda como director y Gregory Peck, Joan Bennet y Robert Preston en los papeles principales) y es un trabajo más simple, menos distinguido en su arte que el otro, aunque se trata sin discusión de un íntegro y depuradísimo Hemingway. Si «Kilimanjaro» trata sobre el complejo de culpa, «Macomber» nos habla del miedo, que puede decirse es una emoción más sencilla y universal. Francis Macomber es un joven y rico americano con una esposa hermosa; ambos se hallan en un safari con un cazador blanco, muy británico, llamado Wilson.

La forma en que se designan unos a otros es encantadoramente directa: Macomber es un «maldito cobarde», su esposa una «puta», Wilson un «bastardo insolente». Macomber huye frente a un león herido y el sentimiento del fracaso de su hombría se mezcla con los cuernos que le pone Wilson. Pero es el bastardo insolente quien le enseña al maldito cobarde el código de honor del cazador, por el cual la duda y el temor deben ser cortados por un acto de voluntad y acción física comprometido en una preocupación espontánea por lo corporal. Macomber supera su maldita cobardía, pero la puta de su mujer, que aprende una especie de parodia del código del cazador (aunque lo infringe al disparar desde el coche),

Cortesía de Twentieth Century Fox Film Co. Ltd. y National Film Archive



Gregory Peck y Susan Hayward en la versión cinematográfica de Las nieves del Kilimanjaro, *dirigida por Henry King en 1952. A diferencia del protagonista de la novela, el de la película es salvado de la muerte por un oportuno rescate.*

le mata de un tiro. Sin embargo, muere libre del miedo, su nueva vida corta pero feliz. Los antiguos romanos acostumbraban decir *Semper aliquid novi ex Africa* (Siempre [llega-aprendemos...] algo nuevo de Africa): para Hemingway existía un nuevo y profundo tema creativo: el valor de la percepción aprendida en el momento de la muerte, un medio para conquistar a la muerte tal vez más



John F. Kennedy Library

Pauline a bordo del «Pilar». Es el año 1934.


John F. Kennedy Library

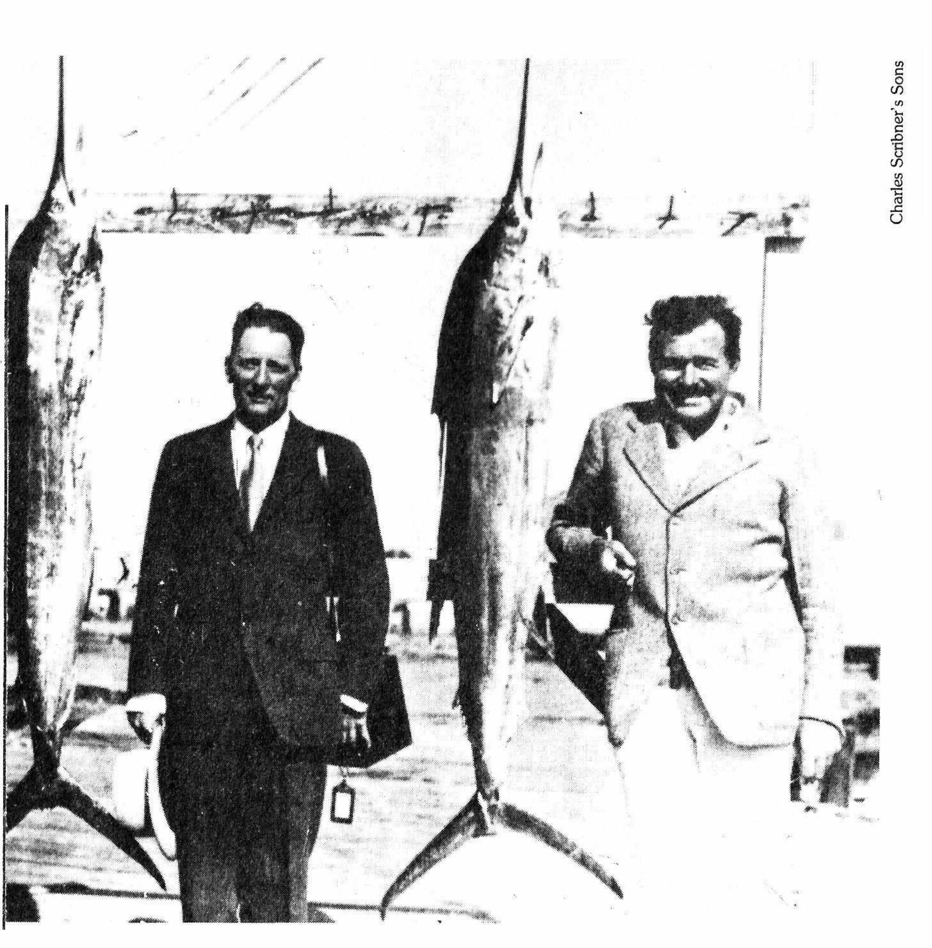
◀ *Hemingway, rodeado de admiradores, se fotografía junto a su captura, un magnífico ejemplar de pez espada conseguido en aguas de Puerto Habana, 1934.*

gratificador que el de administrarla fríamente. Fitzgerald se estaba rompiendo en pedazos, pero a Papá, el artista —y de hecho el filósofo protoexistencialista—, le iba bien.

También le iba bien en términos materiales. Le fue posible adelantar 3.300 dólares para la compra de un yate a diesel, de 10 metros, que valía 7.500 dólares, construido por los Astilleros Wheeler en Brooklyn, N. Y., ya que habiendo oído hablar del paraíso del pescador en Bimini, a cuarenta y cinco millas de Miami, necesitaba un barco para llegar hasta allí. El yate fue bautizado «Pilar», llamado así por el templo español, pero también por Pauline, que había utilizado Pilar como apodo secreto cuando empezó a cortejar a Ernest.

Gran pescador y gran escritor, él mismo o un Ernest diferente se convirtió en una de las atracciones turísticas de Cayo Hueso, vestido con unos pantalones de dril, bebiendo en Sloppy Joe's, hombre entre hombres, fanfarrón amistoso, en forma, moreno, musculoso, listo para pelear con guantes o a puños desnudos, héroe de los lectores del *Esquire,* pero considerado con cierto escarnio por las nuevas y bien articuladas fuerzas de la izquierda intelectual norteamericana.

Daba la impresión de haber traicionado a los progresistas. En tiempos de la Gran Depresión había cazado leones y peces-espada y asistido a corridas, pero no había escrito nada en apoyo de las doctrinas milenarias de los revolucionarios. Había visto a la izquierda llegar al poder en España, pero no había observado, según dijo, ninguna mejora para la mayoría de los ciudadanos españoles co-



Charles Scribner's Sons

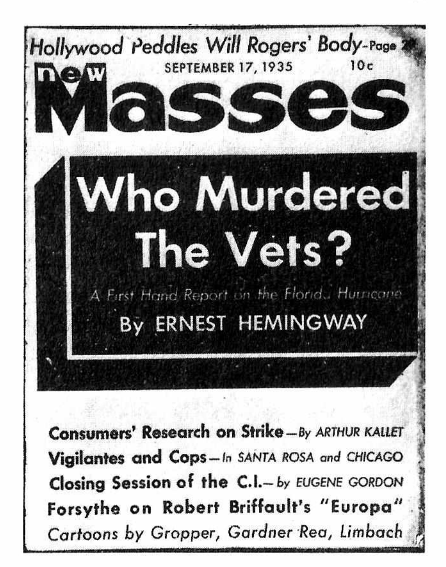
Hemingway con Maxwell Perkings, el más importante de sus editores, en Cayo Hueso, Florida, en enero de 1935.

munes. No sentía ninguna obligación particular hacia la sociedad democrática, excepto decir la verdad según él la veía. Insistía en que la política no tiene nada que ver con el arte. La izquierda norteamericana no parecía muy feliz porque Hemingway fuera popular en Rusia como aún lo es. Yo estaba en Leningrado cuando llegó la noticia de su muerte y las chicas en la recepción del Astoria lloraban abiertamente. «Todas estábamos enamoradas de Yernyest Gyemingvay», decían. Cuando Hemingway se enteró de lo mucho que gustaba a los rusos, reiteró lo poco que las cuestiones de ideo-

logía valen cuando se trata de genuinos juicios literarios. Tenía, uno cree, razón.

De cualquier modo se sintió forzado a publicar algo que llevaba el aroma de una declaración política después del Gran Huracán en agosto de 1935. Fue un desastre que simplemente rozó Cayo Hueso, dejando al «Pilar» encabritado pero a salvo en aguas revueltas; la devastación real fue causada en Cayo Largo, Islamorada, y los cayos Upper y Lower Matecumbe. Hemingway estaba ansioso por llegar hasta la escena del desastre y ayudar en lo que pudiera, y en el bote de un marinero llamado Bra Saunders alcanzó Lower Matecumbe. Lo que encontró era horroroso. Siguiendo la política de «cebar la bomba» (política interior en Estados Unidos consistente en ayudar con fondos públicos a la reactivación del comercio, la industria, etc.) del presidente Roosevelt, estaban en curso trabajos públicos para veteranos de guerra en la península de Florida y los obreros vivían en campamentos. El huracán mató alrededor de mil de estos obreros, así como gran número de pescadores y habitantes de Florida, empleados en el negocio turístico. El horror quedó resumido para Hemingway en una visión en particular: dos chicas que habían corrido hacia una estación de gasolina, ahora muertas, «desnudas, tiradas entre los árboles por el agua, hinchadas y malolientes, los pechos tan grandes como globos, con moscas entre las piernas». Pero la prensa de izquierda vio en la simple abstracción del número de trabajadores muertos, amontonados en un campamento sin protección adecuada contra la ira de los elementos, un argumento poderoso contra la falta de sensibilidad y la ineficacia del gobierno. La revista *New Masses* telegrafió a Hemingway pidiéndole un artículo sobre el desastre y él respondió con un amargo ataque contra los burócratas de Washington.

Este artículo —«Who Murdered the Vets?» («¿Quién asesinó a los veteranos?»)— les pareció a muchos un signo de la conversión de Hemingway a la causa revolucionaria, pero él se apresuró a decir en privado que su buena voluntad al escribir para *New Masses* no indicaba ningún cambio de opinión hacia un rebaño de rojos o medio rojos que habían condenado continuamente su trabajo por «ignorante de lo social», pero que no habían perdido un minuto en acudir a él, que había tenido el valor de ir a ver el desastre del huracán por sí mismo, cuando habían necesitado un pedazo de verdad palpitante. En cuanto a uno de los editores, un tal Robert Forsythe, que había tratado sus escritos con ejemplar desdén, estaba completamente dispuesto a partirle la mandíbula en pedazos al bastardo la próxima vez que se encontraran. Por otro lado, un joven y honrado izquierdista envió una impulsiva carta a Ernest,


Hollywood Peddles Will Rogers' Body-Page
SEPTEMBER 17, 1935 10c
new Masses
Who Murdered The Vets?
A First Hand Report on the Florida Hurricane
By ERNEST HEMINGWAY
Consumers' Research on Strike—By ARTHUR KALLET
Vigilantes and Cops—In SANTA ROSA and CHICAGO
Closing Session of the C.I.—by EUGENE GORDON
Forsythe on Robert Briffault's "Europa"
Cartoons by Gropper, Gardner Rea, Limbach

Hemingway, al denunciar la mala actuación del gobierno estadounidense desde una publicación izquierdista, hizo creer a muchos que por fin abandonaba su neutralidad política. En la imagen, portada del New Masses *correspondiente al 17 de septiembre de 1935.*

Humphrey Bogart y Lauren Bacall encarnaron en la patalla cinematográfica a la pareja protagonista de la película Tener y no tener, *basada en una de las novelas de Hemingway.* ▲

rogándole que escribiera sobre la justicia y la verdad y que abandonara su bronco y solitario estoicismo, y recibió una amable respuesta diciendo que el autor lo pensaría.

Y, de hecho, sí que pensó sobre ello. Fue más allá: produjo una novela con cierta medida de «conciencia social» en ella. Fue *To Have and Have Not (Tener y no tener)* (1937), la única de sus novelas con escenario norteamericano, cuyo mismo título proclama que el autor era consciente de la injusticia y desigualdad en el mundo. Pero no ha habido trabajo más inadecuado para ser adoptado por la izquierda como herramienta de propaganda para una acción reformista colectiva. El héroe es Harry Morgan, que ya había aparecido en una nueva secuencia de relatos cortos como un curtido lobo solitario y cuyos rasgos serán, para los cinéfilos, eternamente los de Humphrey Bogart, del mismo modo que la señora Morgan será por siempre jamás Lauren Bacall (o señora Bogart). Harry Morgan, pese a su nombre, no es un pirata, pero nos lo presentan como un hombre decente y sin escrúpulos con un bote para alquilar, tan dispuesto a dar acomodo a una expedición de pesca como a asesinar a un contrabandista chino. Es un hombre solitario y también un hombre que ha sido engañado y tal vez lo uno tiene algo que ver con lo otro. El gran tema del primer Hemingway era la posibilidad de que el hombre se labrara su salvación solo, firmando una «paz por separado», pero el Hemingway de

finales de los años treinta no parece estar tan seguro de esta filosofía. Morgan dice en un momento: «No tengo barco, ni dinero, no tuve educación... Todo lo que tengo son mis *cojones* para ofrecer», pero sus últimas palabras, muy citadas, son: «Un hombre solo no tiene una maldita jodida posibilidad.» Esto se convirtió en una especie de eslogan para aquellos miembros de la izquierda norteamericana que, aunque sólo fuera por prestigio, querían que Hemingway estuviera de su parte.

Desgraciadamente, Morgan carece por completo de «conciencia social» de la clase ortodoxa. Sólo puede abrirse camino en el mundo utilizando la violencia (que la izquierda creía inocentemente era el monopolio de la derecha); como cualquier capitalista, todo lo que hace es por el beneficio. Cuando el joven revolucionario cubano Emilio vocifera contra la tiranía del capitalismo imperialista, él le grita: «Al infierno con sus revoluciones. Todo lo que tengo que hacer es ganarme la vida para mi familia y no puedo conseguirlo. Luego va y me habla de su revolución. Al diablo con su revolución.» La gente que le impide ganarse la vida es diversa y, en términos de izquierdas, mal seleccionada: el rico que le engaña, el



Cortesía de National Film Archive

revolucionario que le traiciona, el aduanero de los Estados Unidos que le mata... Si Morgan tuviera dinero haría su paz por separado de inmediato. Pero es de presumir que muchos izquierdistas llenos de buenos deseos tenían una cómoda imagen de un Harry lo bastante descontento y frustrado como para escuchar una homilía marxista o leer un panfleto sobre los principios del materialismo dialéctico. Y, ciertamente, está rodeado de suficientes náufragos de la sociedad capitalista como para justificar la creencia de que Hemingway estaba dando rienda suelta a una protesta tan política como la de «¿Quién asesinó a los veteranos?».

5. De la guerra civil española a la II Guerra Mundial

El 18 de julio de 1936 estalló la guerra civil española. Hemingway estaba por entonces organizando una excursión de caza a Wyoming y tenía planes para otra expedición de pesca a Bimini, así como otro safari a las colinas verdes. Con todo, admitió que España era en donde debía estar y buen número de sus compatriotas que tampoco tenían intención de ir a España pensaron de igual modo. Justo después del Día de Acción de Gracias, Walter Winchell, el columnista del chismorreo, mencionó en su columna de dimes y diretes que corrían rumores de que el viejo Papá se marchaba a la guerra. El director general de la North American Newspaper Alliance, NANA, leyó este chismorreo y escribió a Hemingway diciéndole que su organización estaba sindicada en sesenta grandes periódicos y le invitaba a cubrir el conflicto. Hemingway dijo que sí, pero Pauline le aconsejó en contra. Su intuición le decía no que Ernest iba a hacer que le mataran, sino que algo casi igualmente apocalíptico iba a resultar de aquella guerra: la muerte de su matrimonio.

Porque en ese mismo mes de diciembre, Hemingway, sucio, con harapientos pantalones cortos y una camiseta rota, estaba tomando una copa en Sloppy Joe's cuando entraron dos señoras, en viaje de vacaciones desde St. Louis. Eran atractivas y elegantes, madre e hija. La madre se presentó como Edna Fischel Gellhorn, viuda de un ginecólogo austríaco, y su hija Martha. Martha se había educado en Bryn Mawr y había publicado una novela y un libro de relatos. Ella y Hemingway tenían, pues, la literatura en común y también una particular admiración por uno de sus practicantes más viriles y, además, podían hablar animadamente de la vida en St. Louis. Martha Gellhorn era aguda, inteligente, bien informada de la política mundial y muy preocupada por la situación en Europa. Había estado en Alemania y tenía intención de ir a España. Sentía un poderoso deseo de espolear a las altivas democracias para que se dieran cuenta de los peligros del fascismo militante. Tenía también un brillante cabello rubio que le llegaba hasta los hombros y la



Hemingway y Martha Gellhorn, tercera esposa de Hemingway, cargados con las piezas cobradas en Sun Valley, 1930.

cimbreante gracia de una estrella de cine. Como la mayoría de mujeres fieramente independientes que además son hermosas, consideraba su belleza como algo un tanto irritante: daba a los hombres una idea equivocada. Tanto si las ideas de Hemingway eran acertadas como equivocadas, ciertamente se sentía atraído y Pauline se daba inevitablemente cuenta. Cuando su madre regresó a casa, Martha se quedó. Por suerte, él estaba trabajando duro en *Tener y no tener* y no le pudo dedicar la atención total que la

cortesía natural dictaba. Pero cuando Martha se fue a Miami para tomar el tren hacia el Norte, Hemingway descubrió que tenía un urgente compromiso de negocios en Nueva York que le obligaba a tomar el mismo tren. Él y Martha comieron en Miami y luego, traqueteando hacia el Norte, continuaron sus conversaciones sobre literatura y St. Louis. Pauline adivinó que iba a ocurrir exactamente lo mismo que había ocurrido diez años antes.

En Nueva York Hemingway firmó su contrato con NANA y ayudó a escribir el comentario de un film documental, cruda propaganda republicana, llamado *Spain in Flames (España en llamas)*. Pero en conversaciones y cartas insistía en que no tomaba partido político: le preocupaba la humanidad y el peligro que para la humanidad representaba la guerra de España. Si la hubiera conocido por aquel entonces, sin duda hubiera citado aquella Meditación del Dean de St. Paul's, que en el *Oxford Book of English Prose* espera ser eventualmente despojado de su título, sobre que ningún hombre es una isla. Y, sin embargo, insistió en que no quería ver a los Estados Unidos envueltos en una guerra europea. Luego contó sus cheques de viaje y puso rumbo a España. Pronto estuvo en Madrid.

Habiendo enviado su relato sobre la victoria republicana contra los italianos en Guadalajara y Brihuega, habiendo inspeccionado las defensas de Madrid, encontrándolas adecuadas, habiendo asegurado que el general Franco nunca tomaría la capital, Hemingway estaba listo para mostrarse hospitalario con Martha Gellhorn, que llegó ostensiblemente a Madrid como corresponsal de guerra para *Collier's*, pero que era, de hecho, una observadora muy independiente. Su independencia retrocedió ante el patronazgo de la bienvenida de Papá: «Sabía que llegarías aquí, hija, porque lo arreglé todo de manera que lo consiguieras», una mentira enorme. Pero Hemingway siempre fue muy posesivo respecto a España.

Pese a su profecía sobre la inviolabilidad de Madrid, la ciudad pronto estuvo bajo el bombardeo constante de la artillería franquista desde el monte Garabitas. No había mucho sueño en el hotel Florida, donde los corresponsales estaban acuartelados, ni tampoco mucho que comer. Pero Hemingway siempre era un invitado bienvenido a los banquetes de caviar y vodka que tenían lugar en el hotel Gaylord, cuartel general ruso, y mientras la mayoría padecían por la carencia de transportes o gasolina tanto como de comida, Hemingway nunca encontró dificultades en ir y venir. Desde luego se lo estaba pasando en grande. También trabajaba. Además de los despachos que enviaba a NANA, había que rodar una película con John Dos Passos, *The Spanish Earth (Tierra de España)*. Esto signi-

Collection Viollet



ficaba seguir los tanques e infantería republicanas con la cámara y correr peligro auténtico. Pero existía suficiente peligro en el Florida. Una bomba rebelde alcanzó el depósito de agua caliente, y según los huéspedes, en pijamas y camisones, abandonaban sus habitaciones a toda prisa, un cierto número de relaciones insospechadas quedaron al descubierto. La más notable, aunque no insospechada, fue la de Hemingway y Martha.

Tenemos que recordarnos continuamente que Hemingway nunca había disparado contra otro ser humano, ni nunca lo haría. Con todo, había algo en su aspecto de soldado barbudo y masivo que hacía que las XI y XII Brigadas Internacionales le consideraran uno de los suyos. Le picaba el dedo sobre el gatillo, pero sólo contra inocentes criaturas del bosque. Una mañana mató un pato silvestre, una perdiz, cuatro conejos y un búho. El búho fue un error; creyó que era una becada. Por lo demás, permanecía en un Madrid cada vez más peligroso, en su categoría de hombre de letras

Cortesía de National Film Archive

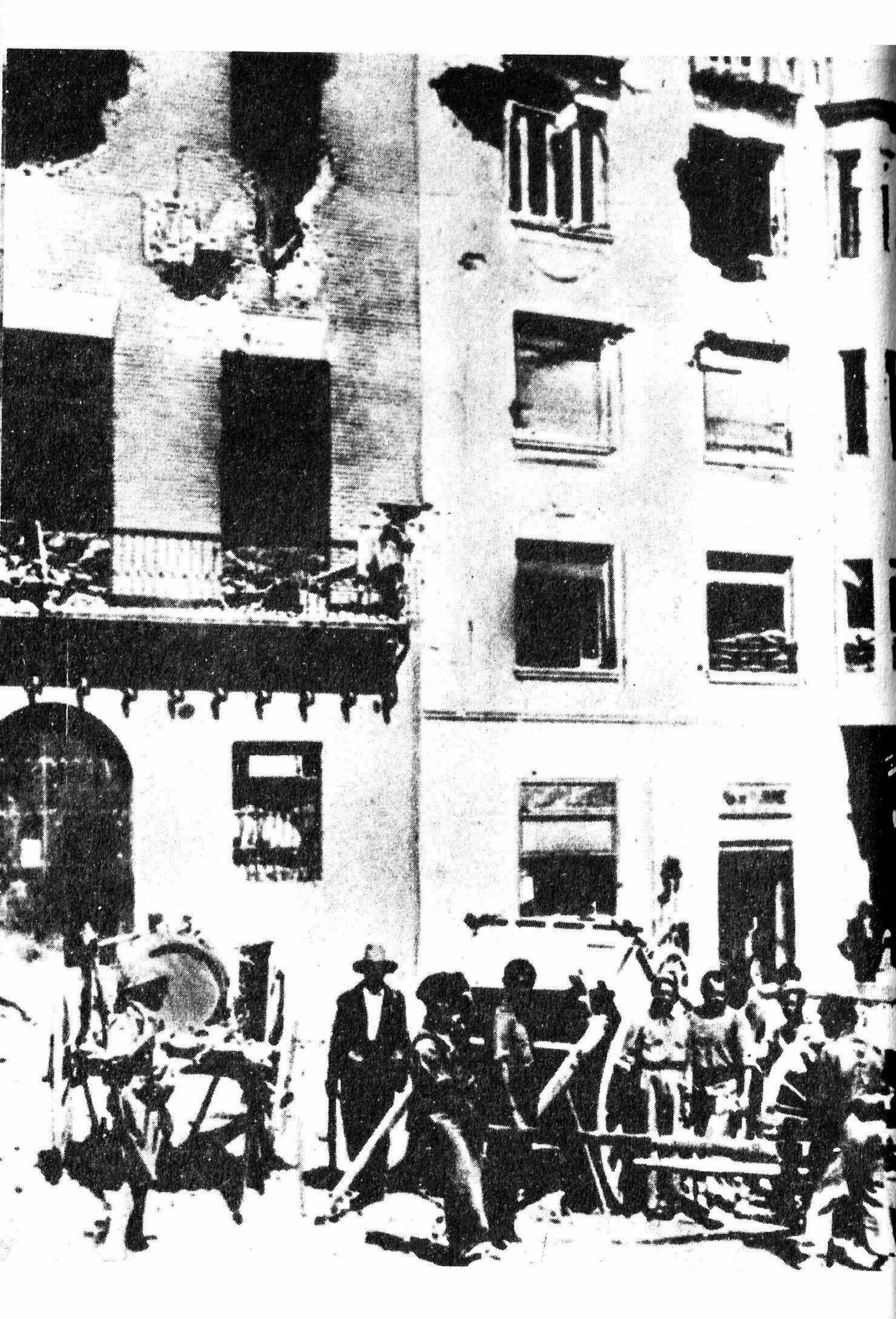


Hemingway durante la filmación de la película de propaganda republicana Tierra de España. *Fue producida por un grupo llamado Contemporary Historians, del que formaban parte, entre otros, Dos Passos, L. Helman, A. Mac Leish y Hemingway.*

◀ *Cadáveres en las calles de Madrid durante la batalla por la ciudad en 1936. Imágenes como éstas se repetirían durante los años siguientes en todos los campos de batalla europeos.*

invitado que podía marcharse cuando quisiera. Se fue cuando la cinta de *The Spanish Earth* había sido empaquetada y embarcada, prometiendo volver y prometiendo también hacer la máxima propaganda en favor de la causa republicana.

Su máximo era muy limitado. Hablar en público fue la única actividad ante la que expresó terror. Pero dijo unas palabras en París, en la librería de Sylvia Beach (Joyce estaba allí, silencioso, apolítico, librando su propia guerra interior) y en Nueva York se dirigió al Congreso de Escritores, asegurando que el fascismo era intolerable para cualquier hombre de letras que se negara a mentir. *The Spanish Earth* se exhibió, con el conciso comentario de Hemingway, en lugares influyentes. Incluso se pasó en la Casa Blanca, que, en opinión de Hemingway, estaba presidida por un hombre sin *cojones*. Hemingway, con el suficiente alcohol dentro, vociferaba en favor de los republicanos en las fiestas de Hollywood y luego pasaba el sombrero. Miles de-dólares cinematográficos se vertieron



en el fondo proambulancia, muy útil y discretamente no beligerante. Luego, Hemingway regresó a España.

De nuevo en Madrid pudo estar también de nuevo con Martha. Aún no se había producido una ruptura abierta con Pauline, que quería salvar el matrimonio. Dos tercios de España estaban bajo la bota de Franco, pero los republicanos luchaban intensamente y habían tomado Belchite; el arduo viaje realizado por Ernest y Martha al sector de Belchite (eran los primeros corresponsales norteamericanos en la zona) no era lo más favorable para el juego del amor. Martha demostró ser una buena camarada y una mujer valiente. La admiración de Ernest crecía constantemente. Madrid estaba más en calma que en su anterior visita y encontró tiempo para rememorar el tiempo, el lugar y la joven alta, rubia y hermosa, en su obra de teatro, primera y última, llamada *Fifth Column (La quinta columna).* La corresponsal de la obra, Dorothy Bridges, es claramente Martha Gellhorn, aunque a veces hable como lady Brett. Philip Rawlings —macizo, valiente, aficionado a la bebida y a las cebollas crudas, trabajando de espía mientras hace ver que es un corresponsal— es un típico ejemplo de autoproyección de Hemingway. El autor fija el momento y lugar de la producción en su introducción al texto publicado:

«Cada día nos bombardean desde la artillería más allá de Leganés y detrás de los pliegues de la colina de Garabitas, y mientras escribía la obra, el hotel Florida, donde vivíamos y trabajábamos, fue alcanzado por más de treinta bombas altamente explosivas. Por tanto, si no es una buena obra tal vez es que se resiente de lo ocurrido. Si es una buena obra, tal vez aquellas treinta y algunas bombas más ayudaron a escribirla... Cuando regresabas y encontrabas la habitación y la obra intactas siempre te sentías complacido. Estuvo acabada y copiada y enviada fuera del país justo antes de la toma de Teruel.»

Hemingway siguió a los republicanos a Teruel y fue debidamente besado y abrazado y empapado en vino como si fuera un auténtico vencedor. No le tomaron por un escritor norteamericano con vagas tendencias progresistas; le tomaron por un oficial militar ruso y fue halagado al máximo. Él y Martha pasaron las Navidades en Cataluña, mientras Pauline, aún intentando salvar su matrimonio, y dejándose crecer el pelo hasta los hombros como parte de su armamento, estaba en París intentando conseguir un visado para

◀ *Tropas del ejército republicano en una de las calles de la ciudad de Belchite. 6 de septiembre de 1937.*

Hemingway Reports Spain

Since March 18, Ernest Hemingway has been reporting the Madrid battlefront for the North American Newspaper Alliance. The article below consists of passages selected from five of his dispatches. They have already been printed in various newspapers affiliated with the Alliance, but such publication has often been incomplete because of lack of space in many papers.—The Editors.

Valencia, Spain

As OUR Air-France plane from Toulouse flew down over the business section of Barcelona, the streets were empty. It looked as quiet as downtown New York on a Sunday morning.

The plane hit smoothly on a concrete runway and roared around to a stop before a little building, where, chilled through by our trip over the edge of the snow-covered Pyrenees, we warmed our hands around bowls of coffee and milk while three pistol-armed, leather-jacketed guards joked outside. There we learned why Barcelona looked so momentarily quiet.

A trimotor bomber had just come over, with two pursuit planes as escort, and had dropped its load of bombs on the town, killing seven and wounding thirty-four. Only by a half-hour had we missed flying into the dog-fight in which the insurgent planes were driven off by government pursuit ships. Personally, I didn't mind. We were a trimotor job ourselves, and there might have been confusion.

Flying low down the coast toward Alicante, along white beaches, past gray-castled towns or with the sea curling against rocky headlands, there was no sign of war. Trains were moving, cattle were plowing the fields, fishing boats were setting out and factory chimneys were belching smoke.

Then, above Tarragona, all the passengers were crowded over on the land side of the ship, watching through the narrow windows the careened hulk of a freighter, visibly damaged by shellfire, which had driven ashore to beach her cargo. She lay aground, looking against the sand in that clear water like a whale with smokestacks that had come to the beach to die.

We passed the rich, flat, dark-green fields of Valencia spotted with white houses, the busy port and the great, yellow, sprawling town. We crossed rice marshes, and up over a wild mountain chain where we had an eagle's view of civilization, and



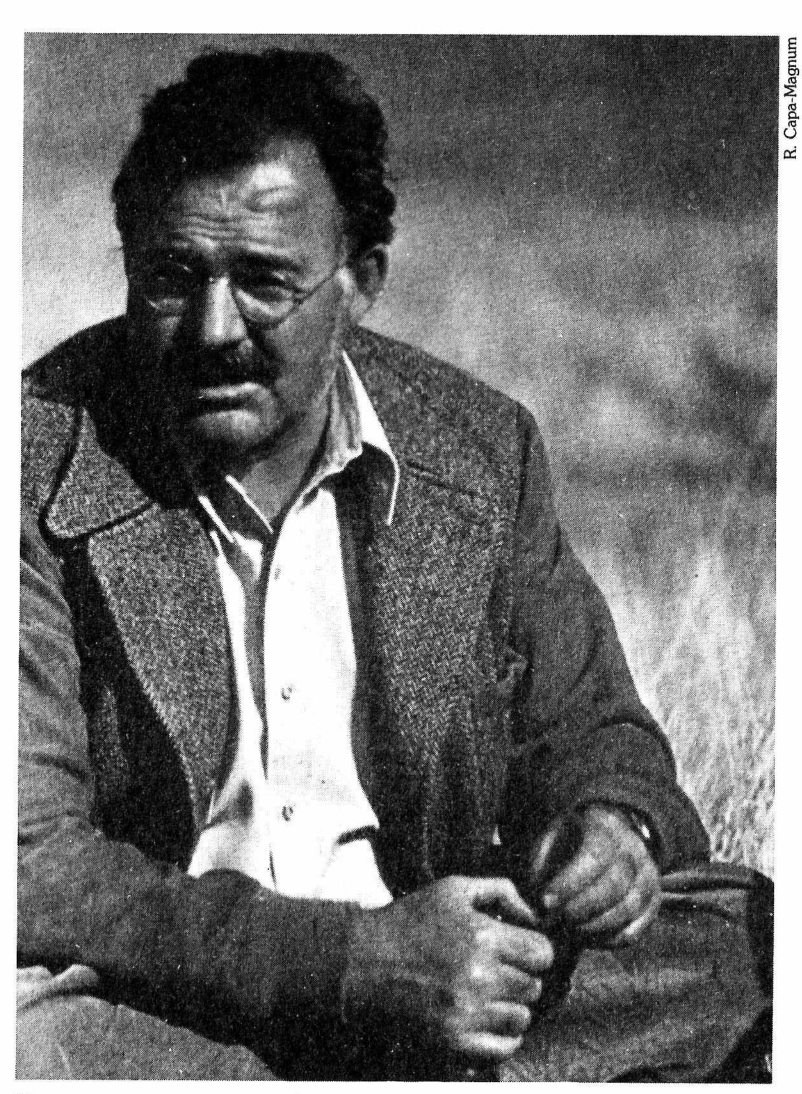
La guerra civil española en palabras e imagen. Arriba, primera crónica de la guerra enviada por Hemingway desde Valencia y publicada en The New Republic *el 5 de mayo de 1937. Abajo, fuerzas gubernamentales desfilan en la recién tomada ciudad de Teruel, enero de 1938. La obra de teatro de Hemingway* La quinta columna *«fue acabada, copiada y enviada fuera del país, justo antes de la toma de Teruel».*



España. Hemingway mismo llegaba a París poco después, con problemas de hígado. Los médicos le recomendaron que dejara la bebida. El matrimonio se peleó varias veces de modo desagradable y Ernest amenazó con tirarse por la ventana del hotel. Hemingway se sentía lleno de remordimientos anticipados, sabiendo que su segundo matrimonio iba a seguir el camino del primero, refunfuñando por la manera en que sus despachos para la NANA habían sido recortados o incluso suprimidos (¿enemigos católicos?), torturado por su hígado, queriendo escribir en Cayo Hueso, queriendo regresar a España, queriendo a Martha. Buscó consuelo en lo que llamaba su fe, pero la Iglesia había tomado partido por los malditos fascistas. Permaneció brevemente en Florida, luego regresó a España, para ver con amargura cómo los republicanos retrocedían en todos los frentes, para darle vueltas a su embarullada vida, para enviar lo que según los bastardos de la NANA eran despachos muy fútiles.

La verdad es que Hemingway nunca fue un corresponsal de guerra demasiado bueno. Su talento de escritor de ficción le impulsaba a inventar, organizar la realidad en estructuras estéticas, cultivar el «impresionismo» con que Ford Madox Ford aconsejaba a los escritores pasar de la ficción a la vida real. La verdad, según Ford, no eran hechos, sino visión, una opinión que justificaba la supresión y distorsión de los hechos, lo que la gente normal llama mentir. Los jefes de Hemingway en aquel momento querían conocer los hechos de la guerra de España y Hemingway les enviaba una especie de media ficción en la cual él era el personaje principal. Sus reportajes, tanto de la guerra de España como de la que siguió inmediatamente, todavía se pueden leer, pero se deben leer en la forma en que se lee su obra de ficción abiertamente confesada. Para Hemingway, en sus años de madurez y fama, por oposición a aquellos otros más concienzudos, cuando se ganaba la vida como periodista, el reportaje de guerra era claramente una forma menor de literatura, que no había recibido los trazos superiores que reservaba cuidadosamente para su creación más importante. Organizaciones como NANA de hecho subvencionaban su recogida de material para libros serios. Tenían que contentarse con un Hemingway de segunda, y a veces esto no les gustaba. De vuelta a América, Hemingway empezó a organizar sus experiencias de España en una novela. Había, desde luego, perturbaciones. *La quinta columna* fue

◀ *Ernest Hemingway departe con un grupo de republicanos españoles durante su estancia en España como corresponsal de guerra. Era un personaje querido y respetado por las tropas gubernamentales.*



R. Capa-Magnum

Hemingway como corresponsal no era precisamente un periodista que se atuviera a los hechos. Su vocación de escritor le impulsaba a recrear la verdad incluyendo en sus crónicas una buena dosis de ficción.

Martha y Ernest Hemingawy, durante una «tregua amistosa», en Nueva York. ▶

mal adaptada por un guionista, Benjamin F. Glaser, para ser producida por el Theatre Guild (no se puede confiar en que ningún escritor en América encuentre su propio camino a través de los laberintos de la dramaturgia; siempre ha de haber un peón que le muestre lo que realmente quiere decir). Su definitivo volumen de relatos apareció en 1938, incluyendo *La quinta columna,* tal como la había escrito, en forma dramática, encabezando el libro. La variedad de los recursos narrativos y formales de Hemingway se exhibe aquí de forma notable. La guerra europea empezó tal como él había dicho que empezaría. Su matrimonio con Pauline siguió cojeando, pero estaba claro que no podía ser reparado. Después de cuatro años de lo que Martha llamó delicioso pecado, ella y Hemingway se iban a casar discretamente ante un juez de paz en la ciudad de Cheyenne. El divorcio por causa de su eventual deserción de Pauline tardó mucho tiempo en llegar, concediéndole espacio para luchar con su conciencia sobre este problema de un segundo abandono conyugal. El, católico nominal, hizo del catolicismo real de Pauline una excusa aceptable para la ruptura final: ella no podía tener más hijos sin peligro; las relaciones sexuales, así lo decía la Iglesia, eran primordialmente para procrear. Hemingway



Culver/Pictures

se autoconvenció de que necesitaba desesperadamente una hija y Martha le daría una. No lo hizo y podría decirse que nunca le dio tiempo para que lo intentara. La casa de Cayo Hueso pertenecería desde entonces a Pauline. La residencia de Hemingway desde el principio de la guerra europea hasta casi el final de su vida iba a ser Finca Vigía, San Francisco de Paula, Cuba. Martha, cuando no trabajaba de corresponsal extranjera, iba a ser su primera dueña, aunque no la última.

Por quién doblan las campanas, publicada hacia el final de 1940, fue un enorme éxito comercial, incluso en Inglaterra, donde una guerra más grande que la de España ocupaba los pensamientos del público. En América fue un libro del mes, lo que significaba una edición club de 200.000 ejemplares, emparejada con una edición normal de 160.000. Hollywood entró pronto en el juego y le ofrecieron a Hemingway 136.000 dólares por los derechos cinematográficos. Edmund Wilson, cuyo largo ensayo «Hemingway: Medida de moral» aún puede leerse en la colección *The Wound and the Bow (La herida y el arco)*, vio en la nueva novela «una revelación de parte del material, una infusión de lo operesco, que lleva muy fácilmente al cine.» En otras palabras, parecía que Hemingway hubiera hecho concesiones. Era verdad que la novela «popular» de los treinta en América había absorbido ciertos elementos de Hemingway: lo que había sido experimental en un tiempo, ahora formaba parte del inventario técnico de cualquier novelista de segundo orden. Pero Hemingway no se había superado, ni sus imitadores tampoco: si sus primeras novelas aún podían sorprender al lector con una sensación de frescura y fuerza totalmente original, *Por quién doblan las campanas* no contenía ninguna sorpresa de estilo y apenas los esperados hallazgos estilísticos. El tema era atrayente y la historia podía separarse de las palabras en que estaba contada. Hemingway notó esto sin desconfianza. Cuando se encontró por primera vez con Gary Cooper en Sun Valley, donde ambos estaban cazando, vio en él al actor que podía encarnar al héroe de la novela, Robert Jordan. Del mismo modo, poco después, se preocupó mucho por la forma de las orejas de Ingrid Bergman, ya que quería que fuera María, y María es rapada al cero por los fascistas. Encontró sus orejas tan perfectas como el resto de su persona. La realidad literaria, en otras palabras, se podía hallar en el mismo

Primera versión mecanografiada del principio de Por quién doblan las campanas. *«Evidentemente, Hemingway es la persona indicada para escribir un gran libro sobre la guerra civil española», había sugerido Cyrill Connolly en 1937.* ►

He lay flat on the brown, pine-needled floor of the forest and the wind blew in the tops of the pine trees. The mountain side sloped gently where he lay but below it was steep and he could see the dark of the oiled road winding through the pass. There was a stream along the side of the road and far down the pass he saw a mill beside the stream and the falling water of the dam white in the hot summer sunlight.

" Is that the mill ?" he asked.

"Yes ."

" I do not remember it ."

" It was built since you were here . The old mill is further down ; much below the pass ."

He spread the photostated military map out on the forest floor and looked at it carefully . The old man looked over his shoulder.

" Then you cannot see the bridge from here ."

" No," the old man said ." This is the easy country of the pass where the stream flows gently . Below where the road turns out of sight in the trees, it drops suddenly and there is a steep gorge ."

" I remember ."

" Across this gorge is the bridge ."

" And where are their posts ?"

" There is a post at the mill that you see there ."

The young man who was studying the country took his glasses from the pocket of his shirt and screwed the eye pieces around until the boards of the mill showed suddenly clearly and he saw the wooden bench beside the door ; the huge pile of sawdust that rose behind the open shed where the circular saw was and a stretch of the flume that brought the logs down from the mountain side on the other bank of the stream . The stream showed clear and smooth looking in the glasses and below the curl of the falling water the spray from the dam was blowing in the wind .

" There is no sentry ."

"There is smoke comeing from the mill house ," the old man said .

(41)



Escena de la película Por quién doblan las campanas. *Su principal protagonista femenina, Ingrid Bergman, fue elegida personalmente por Hemingway.*

Gary Cooper interpretando el papel de Robert Jordan en la versión cinematográfica de Por quién doblan las campanas, *realizada por Sam Wood en 1943. Cooper también fue seleccionado por Hemingway y desde entonces se hicieron amigos.* ▶

grado en un filme bien realizado que en el artilugio verbal original. Hemingway, el literato, había sido sutilmente corrompido, tal vez menos por el dinero que por devoción a los republicanos.

Y, con todo, el artilugio verbal tiene una fuerza considerable, mientras que el film de Sam Wood, realizado en 1943, es casi tan trivial como casi cualquier otro film de Hemingway. Algunas escenas y símbolos tienen un aroma clásico hoy, más de cuarenta años después de la primera aparición del libro: la noche de amor de



Cortesía de National Film Archive

María y Jordan, la «alianza contra la muerte», cuando toda la tierra parece que se mueve debajo de ellos, la «sólida y alada gracia metálica» del puente, que es el único lazo entre las fuerzas opuestas, y también, en una visión más amplia, el medio por el cual la nueva era de dominio oficial de lo mecánico superará el viejo mundo pastoral de necesidades y lealtades sencillas. Robert Jordan no es del todo plausible: intelectual, profesor norteamericano de español, luchando por los republicanos, pero tan ignorante de la ideología comunista como Harry Morgan.

Buena parte de la historia de fondo de la guerra de España suena demasiado parecida a un libro de texto y no está bien integrada en el argumento principal. Pero María y la formidable Pilar son los dos caracteres de mujer mejor descritos por Hemingway. Intentó, aunque sin éxito, convertir a María en un personaje tan atractivo como la Natasha de Tolstoi; en realidad, tenía una especie de ambición a lo Tolstoi al desear presentar un panorama de amor y guerra que pudiera, cuando menos, mencionarse como cercano a *Guerra y paz,* absurdo pero no innoble. La dignidad del objetivo, contar la verdad sobre el amor y el sufrimiento y el valor de la alta escala romántica tradicional, tiene que ser aplaudido. Partidario de la causa republicana, Hemingway sigue siendo lo bastante artista objetivo como para delinear los defectos humanos de lo que los propagandistas de la izquierda querían ver presentado como caballerosidad incorrupta y brillante. *Por quién doblan las campanas* no es propaganda, sino arte, y, como todo arte, promueve un apego complejo, incluso ambivalente hacia su tema. El libro enseñó a miles a amar u odiar a España, pero no los podía dejar indiferentes hacia el país, sus gentes, su historia, su suerte.

Hemingway se sintió satisfecho del libro y de su recepción, pero no podía dejar de ver que con este libro consolidaba un tipo de reputación equivocada. Ya no era el joven y prometedor apóstol de vanguardia, ni tampoco el consagrado gran hombre de las letras americanas. El doctor Nicholas Murray Butler, presidente de la Universidad de Columbia, vetó la selección del libro realizada por el Consejo del premio Pulitzer, dejando bien claro que opinaba que poseía poco mérito literario. La aclamación del público en general significaba un alto impuesto sobre la renta al mismo tiempo que altas ventas. Como cualquier autor maduro, Hemingway rememoraba con profunda nostalgia los días en que era excitante conseguir imprimir privadamente unos cuantos poemas. La generación de la que era miembro juvenil iba muriendo a su alrededor: Ford Madox Ford en 1939 (y el joven Thomas Wolfe también), Scott Fitzgerald en 1940, Sherwood Anderson, Virginia Woolf y James Joyce en

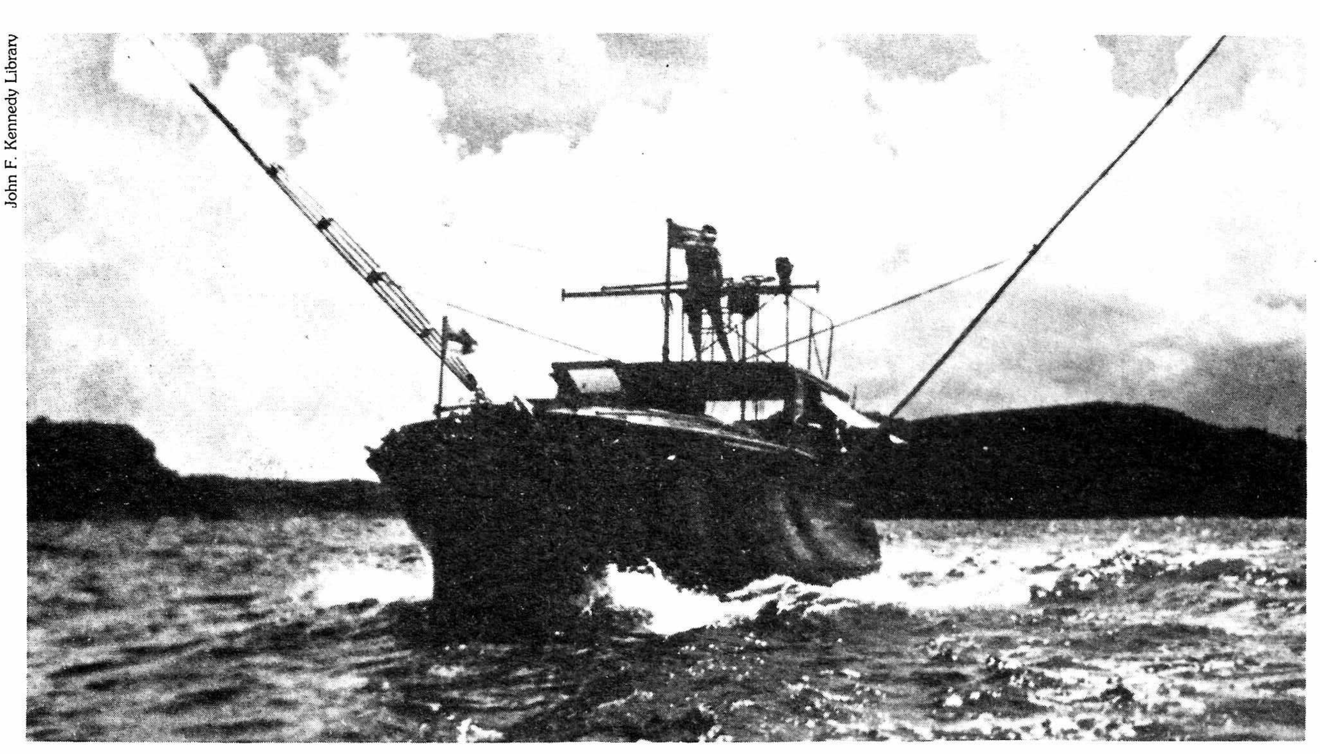


Martha y Hemingway en China, 1941. Hemingway: «Un país a la vez maravilloso y complicado.» Martha: «Papá, si me quieres, vete de China.»

1941. Por muchas razones se sintió feliz de lanzarse a un mundo lejos de los sofisticados complejos de culpa y las depresiones de América y Europa. Se fue, con Martha, a China.

Ella, una mujer casada con un esposo muy famoso, bien establecido aunque pagando unos impuestos atroces, mantenía su independencia y estaba dispuesta a ganar su propio dinero en misiones periodísticas. Hemingway tenía la sensación de que ella le arrastraba a China (no muy parecido a una luna de miel, diría), pero generó sus propias respuestas, adecuadas a la nueva situación. Bebió vino de serpiente (vino de arroz con pequeñas serpientes enrolladas en el fondo de la botella) y vino de pájaro (cucos muertos en el fondo). Sobre Hong-Kong dijo que el elemento estabilizador en cualquier colonia británica eran las mujeres británicas, que mantenían la corrección de las formas de vida. Las mujeres habían sido evacuadas de Hong-Kong y, en consecuencia, la moral era baja. Vio todo lo que pudo del ejército del Kuomintang. Obser-

John F. Kennedy Library



Las rondas de vigilancia de Hemingway con el «Pilar», convertido en navío de guerra, contra los nazis no eran, según Martha, más que una excusa con el fin de conseguir gasolina de racionamiento para sus excursiones de pesca.

vó la devastación japonesa de Kunming y la evidencia de aquella serenidad china que procedía de la conciencia de una antigua civilización y una vasta población. Conoció a Chiang Kai-Shek y a su esposa en Chungking y quedó, ya que ambos querían encantarle, encantado. Pero no se sintió inclinado a celebrar esta enorme escena de lucha y cambio en un trabajo literario. Era un escritor exótico, pero no tanto.

Cuando los Estados Unidos entraron en la guerra, Martha, persona muy beligerante, quería que Ernest tomara parte en ella. El estaba siempre dispuesto, eso pensaba, a tomar parte; pero siempre había de ser a su manera. Nunca había tenido que aceptar órdenes de nadie, excepto por breve tiempo en el frente italiano, hacía un montón de años, y nunca pudo verse a sí mismo de otra manera que como líder guerrillero natural, capitán de irregulares, tosco jefe de un ejército privado, con artillería ecléctica y una buena reserva de botellas. También podía, desde luego, ser el jefe de una armada privada, y se las arregló para que el «Pilar» fuera aceptado oficialmente como una especie de *Barco Q.* (buque armado disfrazado de buque mercante indefenso), a la caza de submarinos nazis frente a la costa cubana, armado con granadas para lanzarlas dentro de las timoneras blindadas del submarino, con una tripulación de hombres sin afeitar, bregados y de primera clase, a quienes todo les importaba un ardite («le debemos una muerte a Dios») y que sentían devoción por el hombre a quien llamaban Papá. Era exagerada esta devoción a Papá, diría Martha. Además, Papá se emborrachaba demasiado a menudo y no se lavaba lo suficiente. Por lo que respecta al «Pilar» y a sus sucias y embriagadas rondas, todo era una excusa para conseguir gasolina de racionamiento para sus excursiones de pesca. Había, desde luego, mucho de verdad en todo esto: Martha era, por lo general, demasiado aguda y Papá nunca tenía la réplica adecuada. Como si fuera en respuesta a los despreciativos ataques de Martha, Washington deshizo la «fábrica de truhanes», como la llamaba Hemingway orgullosamente, y el trabajo de contraespionaje en el Caribe fue puesto en manos del F.B.I., cuyos agentes en La Habana se rieron del ineficaz amateurismo de Hemingway. Respondió llamándoles «caballería de hierro franquista», porque algunos de ellos eran irlandeses católicos y, por ende, fascistas.

Con su armada privada deshecha y Martha lista para ir a cubrir la guerra en Europa, Hemingway sabía que iba a estar más solo que el demonio. Decidió que sería mejor meterse en la guerra, Dios sabía cómo. Fue, como era de esperar, la eficiente y belicosa Martha quien encontró la manera. Roald Dahl, hoy famoso como autor

Collier's

The National Weekly for November 4, 1944



"An old Frenchman in a black hat, a boiled shirt and a dusty black suit, with a bunch of flowers in his hand, saluted each tank formally"

There were weary tank men and German machine guns and a guy who once sang with a good band—and there was a man who knew that "there should never be tired generals"

BY CABLE FROM FRANCE



THE G.I. AND THE GENERAL

by Ernest Hemingway

THE wheat was ripe but there was no one there to cut it now, and tank tracks led through it to where the tanks lay pushed into the hedge that topped the ridge that looked across the wooded country to the hill we would have to take tomorrow. There was no one between us and the Germans in that wooded country and on the hill. We knew they had some infantry there and between fifteen and forty tanks. But the division had advanced so fast that the division on its left had not come up, and all this country that you looked across, seeing the friendly hills, the valleys, the farmhouses with their fields and orchards, and the gray-walled, slate-roofed buildings of the town with its sharp-pointing church tower, was all one open flank. All of it was deadly.

The division had not advanced beyond its objective. It had reached its objective, the high ground we were now on, exactly when it should have. It had been doing this for day after day after day after week after month now. No one remembered separate days any more, and history, being made each day, was never noticed but only merged into a great blur of tiredness and dust, of the smell of dead cattle, the smell of earth newbroken by TNT, the grinding sound of tanks and bulldozers, the sound of automatic-rifle and machine-gun fire, the interceptive, dry tattle of German machine-pistol fire, dry as a rattler rattling; and the quick, spurting tap of the German light machine guns—and always waiting for others to come up.

It was merged in the memory of the fight up out of the deadly, low hedgerow country onto the heights and through the forest and on down into the plain, by and through the towns, some smashed, and some intact, and on up into the rolling farm and forest country where we were now.

History now was old K-ration boxes, empty foxholes, the drying leaves on the branches that were cut for camouflage. It was burned German vehicles, burned Sherman tanks, many burned German Panthers and some burned Tigers, German dead along the roads, in the hedges and in the orchards, German equipment scattered everywhere, German horses roaming the fields, and our own wounded and our dead passing back strapped two abreast on top of the evacuation jeeps. But mostly history was getting where we were to get on time and waiting there for others to come up.

Now on this clear summer afternoon we stood looking across the country where the division would fight tomorrow. It was one of the first days of the really good weather. The sky was high and blue, and ahead and to our left, our planes were working on the German tanks. Tiny and silver in the sun, the P-47s came in high in pairs of pairs and circled before peeling off to dive-bomb. As they went down, growing big-headed and husky-looking in the snarl of the dive you saw the flash and the smoke of the bombs and heard their heavy thud. Then the P-47s climbed and circled again to come down strafing, smoke streaming gray behind them as they dived ahead of the smoke their eight big .50s made as they hammered. There was a very bright flash in the trees of the wooded patch the planes were diving on, and then black smoke arose and the planes came down strafing again and again.

"They got a Jerry tank then," one of the tank men said. "That's one of the b—s less."

"Can you see him with your glasses?" another helmeted tank man asked me.

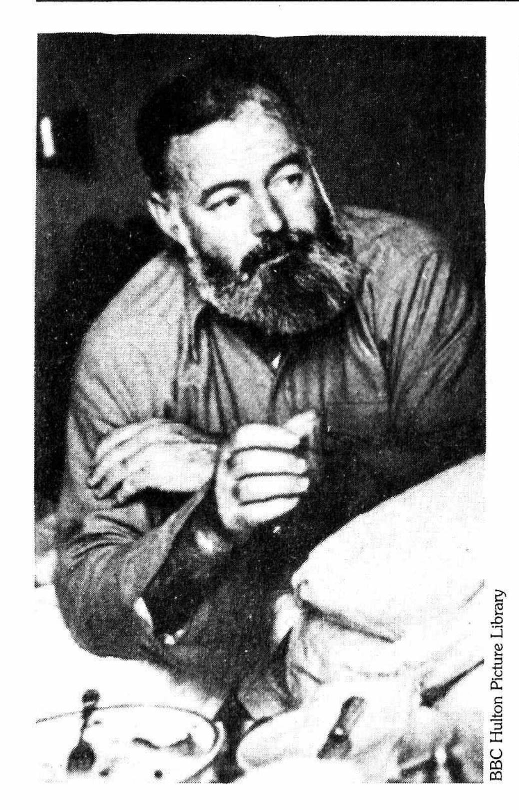
I said, "The trees hide him from this side."

"They would," the tank man said. "If we

(Continued on page 46)

ILLUSTRATED BY JOHN C. PELLEW

Artículo de Hemingway publicado en Collier's *el 4 de noviembre de 1944.*



Hemingway en el Dorchester Park Lane, en Londres, en 1944. El corresponsal de guerra hace frente a la prensa mientras desayuna jamón, huevos y wisky.

de relatos, era por entonces ayudante-agregado del Aire a la Embajada británica en Washington. Le dijo a Martha que la R.A.F. se sentiría orgullosa de que sus hazañas fueran relatadas en alguna publicación norteamericana por un autor de la talla de Ernest; si Hemingway estaba dispuesto a aceptar tal encargo podría establecerse en Gran Bretaña como persona implicada en «asuntos de guerra de carácter prioritario» y le concederían transporte aéreo oficial hasta Londres. *Collier's* —la revista para la que Martha cubría la guerra de Europa— estaba bien dispuesta para establecer un contrato. Hemingway lo firmó y, según su propio, personalísimo estilo, se unió a la guerra. Lo hizo tarde: casi era el día D.

Unirse a la guerra significaba, primero, establecerse en el Dorchester, en Park Lane. Significaba encontrarse con viejos amigos y hacer nuevos amigos y asistir a fiestas con ambos. Con su gran barba y su fanfarronería, Hemingway cayó bastante bien en Lon-

dres, invitando a todo el mundo a un asalto amistoso a puños desnudos o a que le dieran un buen puñetazo en los músculos de hierro de su estómago, dictando la ley sobre las corridas de toros, alardeando de sus aventuras en el *Barco Q.*, jugando a ser el gran escritor norteamericano. Pero, en una atmósfera de modesto valor, su pose de tipo duro no siempre resultaba atractiva. Gran Bretaña había luchado duro y padecido mucho. Hemingway había sufrido una herida en la pierna treinta años atrás y luego conseguido su manumisión; no era, en aquel periodo histórico, un gran historial para un veterano. Había sido, y lo era de nuevo, un corresponsal de guerra muy bien pagado que podía escoger cuándo cortejar el peligro y cuándo huir de él. Comparémosle con otro escritor, George Orwell. Orwell había participado de verdad en la lucha en España y corrido peligro tanto por las traiciones de su propio bando como por las balas del enemigo. Había recibido una herida sin fulgor y no se había recuperado bien. Sin embargo, seguía trabajando, discretamente, en Londres, con su periodismo brillante y mal pagado, preparándose para crear nuevos y terribles mitos con su desencanto, mientras Hemingway se calentaba al sol y fanfarroneaba, era un palurdo y un inaguantable.

Su arrogancia fue pronto castigada. Cuando regresaba a casa durante un apagón antiaéreo, después de una fiesta bulliciosa, se vio envuelto en un accidente de coche que le supuso una grave herida en la cabeza y conmoción cerebral. Martha, que había viajado hasta Inglaterra en barco, única pasajera en un cargamento de altos explosivos, llegó a Londres para encontrárselo en la London Clinic esperando su afecto y compasión. Ella simplemente se rió, con su antiguo desprecio, minimizando al gran soldado y zahiriendo al estúpido borracho. Su tercer matrimonio estaba empezando a hundirse, pero su cuarto y último estaba en preparación. Había conocido, en el restaurante White Tower, en Soho, a una rubia muy atractiva, de Minnesota, una periodista que trabajaba para el *Daily Express* y que estaba casada con Noel Monks, del *Daily Mail*. Era Mary Welsh, que pronto iba a ser la última señora Hemingway. Después de que Martha demostrara su falta de amor en la London Clinic, el vendado pero no inmovilizado héroe empezó el cortejo. Lo hizo principalmente en verso, reservando la prosa para la guerra. Es difícil que cualquier soldado británico que sirviera los cinco años y medio completos, consiga sentir entusiasmo por la breve y refulgente saga de Hemingway. Lo verdaderamente irritante en la vida del soldado se deriva no tanto del peligro como del aburrimiento y la frustración. Está ocioso, esperando órdenes, y cuando las órdenes llegan, parecen brutalmente duras o inexplicablemente

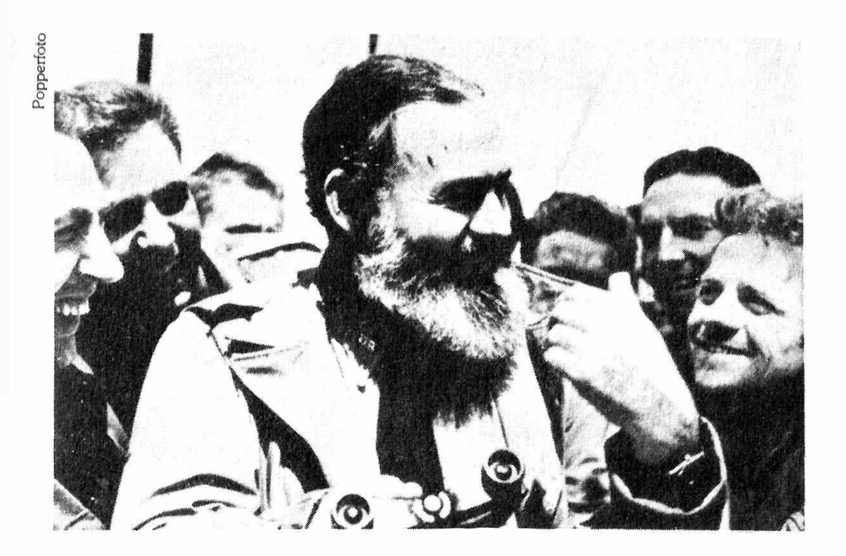
estúpidas o ambas cosas. No tiene libertad para actuar. Carece de buena comida, buena paga, buen tabaco y del amor de una mujer como es debido. Se sentiría más que feliz si le dejaran suelto para mandar su propio ejército privado, balanceando dos cantimploras, una a cada lado de la cintura, una llena de ginebra y la otra de coñac. Es inevitable que vea los pocos meses en que Hemingway cabrioleó por Europa un tanto amargamente. Aquí tenemos un hombre rico y famoso haciendo lo que le sale de las narices y recogiendo felicitaciones por ello. Comía y bebía bien y no sufría ni frustraciones ni aburrimiento. Hizo realidad el sueño de novela de aventuras de convertirse en un líder guerrillero. Siempre sacó lo mejor de todas las guerras: que fuera corta, rápida y carente de responsabilidades. Hay, por supuesto, otra manera opuesta de ver la guerra de Hemingway: eligió servir la causa aliada más que al editor de una revista; buscó el peligro con total conciencia, llevó la púrpura de un rico individualismo a lo que Evelyn Waugh describió

Hemingway participó directamente en el desembarco de Normandía. En la imagen, con los soldados antes del desembarco.



John F. Kennedy Library

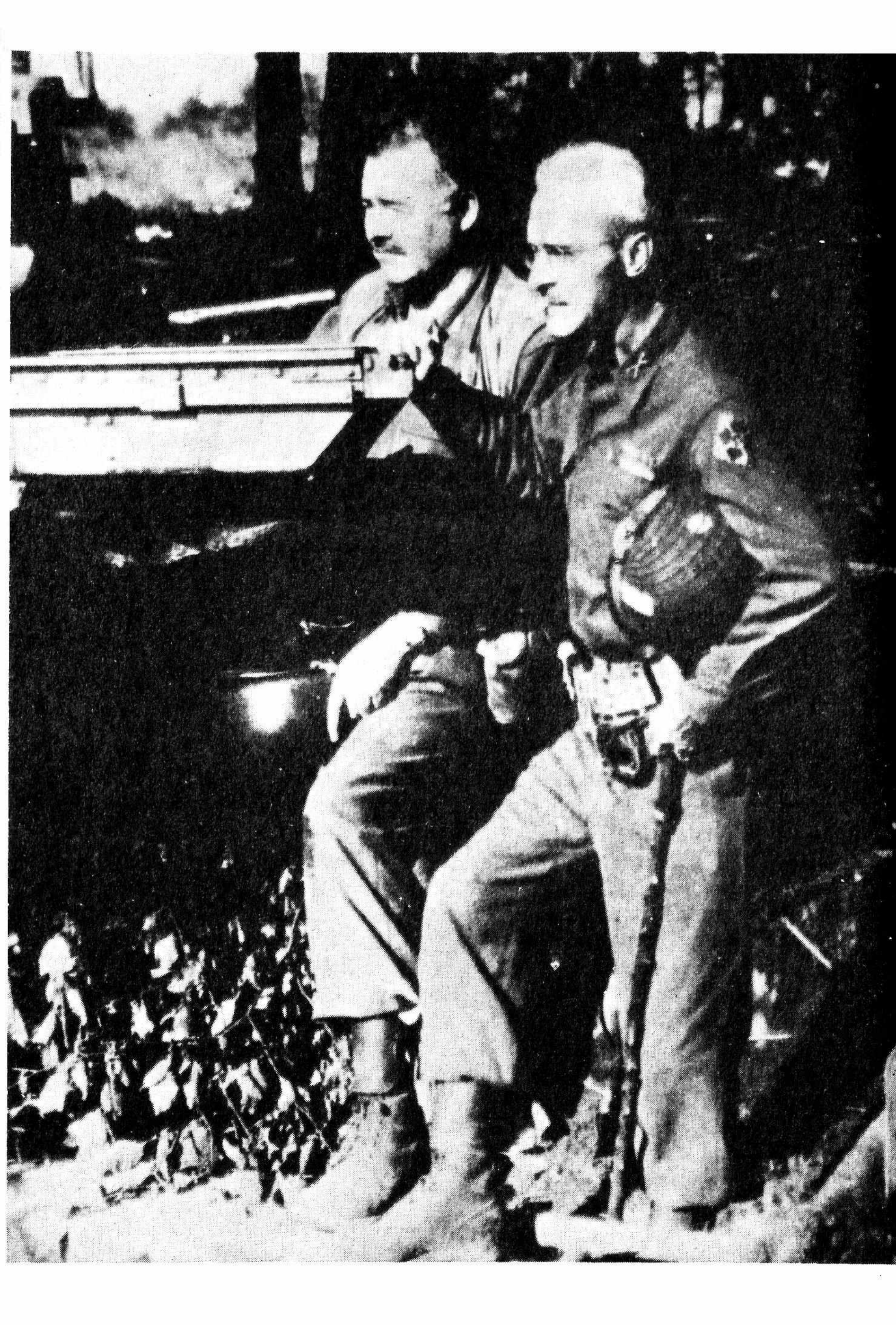
Mary Welsh, periodista del Daily Express *casada con Noel Monks, redactor del* Daily Mail, *se convertiría en la cuarta esposa de Ernest Hemingway.*


Popperfoto

como un sudoroso tira y afloja entre equipos de intercambiables patanes sin rostro.

El 6 de junio de 1944 una flota invasora de más de 4.000 navíos partió de los puertos del sur de Gran Bretaña hacia la costa de Normandía. Hemingway desembarcó, pero como era de esperar, Martha desembarcó antes. De regreso en Inglaterra voló con la R.A.F. para ver cómo interceptaban las bombas «V-1», que habían empezado a ser lanzadas el 12 de junio. El 18 de junio la península de Cherburgo fue cortada por los norteamericanos. La batalla por Europa estaba en marcha. El 18 de julio, Hemingway se unió a una de las divisiones acorazadas del general Patton, pero no gustándole demasiado, pronto se cambió a la 4.ª división de Infantería del general Barton. No pasó mucho tiempo antes de que se estuviera metiendo en la guerra mucho más activamente de lo que se consideraba adecuado para un corresponsal. En Ville-Dieu-les-Poêles desafió la Convención de Ginebra al lanzar tres granadas en un sótano donde se decía que había hombres de las SS escondidos. Envió despachos a *Collier's* que eran terriblemente inexactos, pero que estaban llenos de vida. Su misión real, según él, era conseguir información sobre la disposición de las fuerzas enemigas y pasarla a los verdaderos combatientes oficiales. Era una unidad de inteligencia, de un solo hombre, autoelegido y sin paga.

El papel de Hemingway en la liberación de París ha sido ruidosamente pregonado; siempre será difícil separar la dura verdad de la poesía, pero no hay dudas sobre que, el 2 de agosto, cinco días





John F. Kennedy Library

El «valiente Hemingstein», como él mismo se denominaba, en Normandía, 1944.

BATTLE for PARIS

BY ERNEST HEMINGWAY

CABLED FROM PARIS

Here is the first dispatch by Collier's correspondent, long a resident of the City of Light, on one phase of the swift drive into the French capital—and how impatient guerrillas joined in the fight for liberation

ON AUGUST 19th, accompanied by Private Archie Pelkey of Canton, in upstate New York, I stopped at the command post of the infantry regiment of the division in a wood just outside of Maintenon to ask for information on the front this regiment was holding. The G2 and G3 of this regiment showed me where their battalions were placed and informed me that their most advanced outpost was at a point a short distance beyond Epernon on the road to Rambouillet (23 miles southwest of Paris), where the summer residence and hunting lodge of the president of France is located. At the regimental command post I was informed there was heavy fighting outside of Rambouillet. I knew the country and the roads around Epernon, Rambouillet, Trappes and Versailles well, as I had bicycled, walked and driven a car through this part of France for many years. It is by riding a bicycle that you learn the contours of a country best, since you have to sweat up the hills and can coast down them.

Thus you remember them as they actually are, while in a motorcar only a high hill impresses you, and you have no such accurate remembrance of country you have driven through as you gain by riding a bicycle. At the outpost of the regiment we found some Frenchmen who had just come in from Rambouillet by bicycle. I was the only person at the outpost who spoke French, and they informed me that the last Germans had left Rambouillet at three o'clock that morning but that the roads into the town were mined.

(Continued on page 83)

Citizens and Allied war vehicles before the city hall (below) after liberation of Paris

Hemingway, que luchó por su propia cuenta en la guerra, a veces hacía el trabajo por el que le pagaban. En la imagen, su testimonio sobre la liberación de París.

La plaza de la Concordia durante la liberación de París, en 1944. Hemingway «liberó» personalmente el Traveller's Club y el Ritz. ▶

antes de que la ciudad fuera liberada, él estaba en Rambouillet, actuando como oficioso oficial de enlace entre las patrullas de partisanos franceses y la 5.ª división de Infantería, estacionada en Chartres. Estaba confortablemente instalado en dos habitaciones del hotel del Grand Veneur, comiendo y bebiendo bien, interrogando a prisioneros alemanes, formando su propio cuerpo de irregulares. La mañana del 23 de agosto el general Leclerc llegó a Rambouillet y Hemingway estaba entre los requeridos para entregar informes de inteligencia al G-2 de Leclerc. El general, por lo que parece, fue brusco y ordenó que los irregulares se retiraran de la cercana liberación, que era asunto suyo y sólo suyo. «Un general mal educado es un general nervioso», escribió Hemingway, que bautizó al valiente

Collection Viollet



soldado con el apodo *that jerk Leclerc* (Leclerc el nervioso).

Justo después del mediodía del 25 de agosto, Hemingway estaba ciertamente en el Bois de Boulogne, corriendo algo de peligro por las ametralladoras y bombas alemanas, pero equipado con una carabina y listo para dos «liberaciones» en vino, la del Traveller's Club en los Campos Elíseos y la del Ritz en la plaza Vendôme. Las consiguió ambas, tomó una habitación en el Ritz y, en una casi permanente nebulosa de champán y coñac, se dispuso a recibir visitantes reverenciales.

Mary Welsh fue una de las primeras. Que se amaban uno a otro era ahora de conocimiento común y uno de los frutos de la victoria. André Malraux entró desfilando, todo un coronel con lus-


Keystone

El general Jacques-Philippe Leclerc de Hautecloque (1902-1947), apodado por Hemingway «Leclerc el nervioso», en una reunión con su Estado Mayor durante un alto en el camino hacia Rambouillet, 13 de agosto de 1944.

Compañeros en la literatura y la liberación de París, André Malraux y Ernest Hemingway no se tenían demasiado aprecio. En la imagen, ceremonia de la condecoración de Malraux en 1945. ▶

trosas botas de caballería. Hemingway y él se conocían desde los días de España y Hemingway nunca había podido perdonarle que se marchara de la guerra civil en 1937, desertando de los republicanos para escribir enormes «masterpisses» (juego de palabras entre *masterpiece*, obra maestra, y la invención *masterpisse*, pipí maestro) como *L'Espoir*. Malraux ahora alardeaba de haber mandado dos mil hombres mientras su amigo Ernest había tenido sólo un manojo de desharrapados. «Qué pena —se supone que dijo He-



mingway— que no tuviéramos la ayuda de tus fuerzas cuando tomamos esta pequeña ciudad de París.» Uno de los partisanos murmuró al oído de Hemingway: «*Papa, on peut fusiller ce con?*» («Papá, ¿podemos fusilar a este imbécil?»). La generación post-Hemingway de escritores americanos estaba representada por el sargento J. D. Salinger, a cuyo trabajo Hemingway ofreció echarle una mirada. Pero, por encima de todo, la habitación 31 en el Ritz estaba consagrada a las alegrías del amor premarital con Mary, breve pero apasionado, estimulado por el Lanson Brut.

Breve, porque la guerra aún no había acabado para Hemingway. Se unió a la 4.ª división una vez más y marchó con sus viejos camaradas a Bélgica, observando y, a su manera, ayudando en la dura destrucción de la Westwall. Pero entonces fue llamado al cuartel general de la American Expeditionary Force, en Nancy.

Un tal coronel Park le informó que graves acusaciones habían sido presentadas contra él por sus compañeros corresponsales: a saber, que había luchado activamente al lado de la resistencia, había dirigido todo un cuartel general con ayudante y sala de mapas, había ocultado deliberadamente su insignia de no combatiente, había (y éste era el más amargo y malicioso de todos los cargos) impedido el avance organizado de las fuerzas oficiales al actuar como uno de los personajes de sus propias novelas. Él negó los cargos, negando así su propia iniciativa y casi heroísmo. Su declaración fue hecha bajo juramento, pero estaba dispuesto a mantener el escandaloso perjurio, aunque estuvo preocupado por ello durante muchos años. Si los cargos contra él hubieran sido demostrados, el castigo hubiera sido la inmediata repatriación y la pérdida de su acreditación como corresponsal de guerra, un castigo no muy severo, excepto por la pérdida de imagen y la exclusión del avance final dentro de Alemania. Fue absuelto, y, un tanto hundido, se retiró al Ritz. Martha, como era típico, estaba ahora más cerca de la línea de fuego que él, su hermoso cabello brillando en el cuartel general de la división de vanguardia de la 82 Aerotransportada en Nimega. Pero Martha podía seguir su propio camino ahora.

Mary estaba con él en París, el «Rubens de bolsillo de Papá». Marlene Dietrich también estaba allí, parte del tiempo, utilizando el Ritz como cuartel general desde donde llevar a cabo sus famosas irrupciones al frente para cantar con su voz ronca. Y entonces Hemingway se enteró de que la 4.ª división de Infantería estaba lista para lanzar una gran ofensiva y quiso estar allí.

Luego al Hürtengewald, un bosque en Renania; allí los norteamericanos se estaban preparando para limpiar a los fuertemente atrincherados alemanes y abrir un camino limpio para lo que, se

John F. Kennedy Library



Hemingway, Mary y Rocky, con Gary Cooper, en Sun Valley, 1946.

confiaba, iba a ser el esfuerzo final de la guerra. Según todos los informes, Hemingway se portó bien, valiente, lleno de buen humor, siempre en el centro de las cosas, un padre para los hombres, un hermano mayor para los oficiales. Aguantó tres semanas terribles en las cuales se dio parte de casi tres mil víctimas en el regimiento al cual estaba asignado, pero los alemanes se vieron obligados a retroceder. Cansado y enfermo, se retiró una vez más al Ritz, donde recibió a Jean-Paul Sartre y a Simone de Beauvoir, a quienes confesó con generosidad atípica que William Faulkner era mucho mejor escritor que él. En cama, con un resfriado que no le dejaba, vomitando sangre periódicamente, se animó; de todos modos, cuando se enteró de la próxima gran ofensiva en las Ardenas —la Batalla del Bulge—, adivinó acertadamente que sería la última batalla de importancia en el Oeste. Quería estar con la 4.ª división

de nuevo, en el flanco izquierdo de los norteamericanos, para ver al general Von Rundstedt y a sus blindados hacer su último desesperado esfuerzo. Movió influencia y llegó a Luxemburgo a tiempo para la Navidad. Un amistoso coronel planeó una pequeña sorpresa para Hemingway: invitó a Martha a que pasara los días de prudente júbilo en la confusión de Rodenbourg. La reunión fue un desastre.

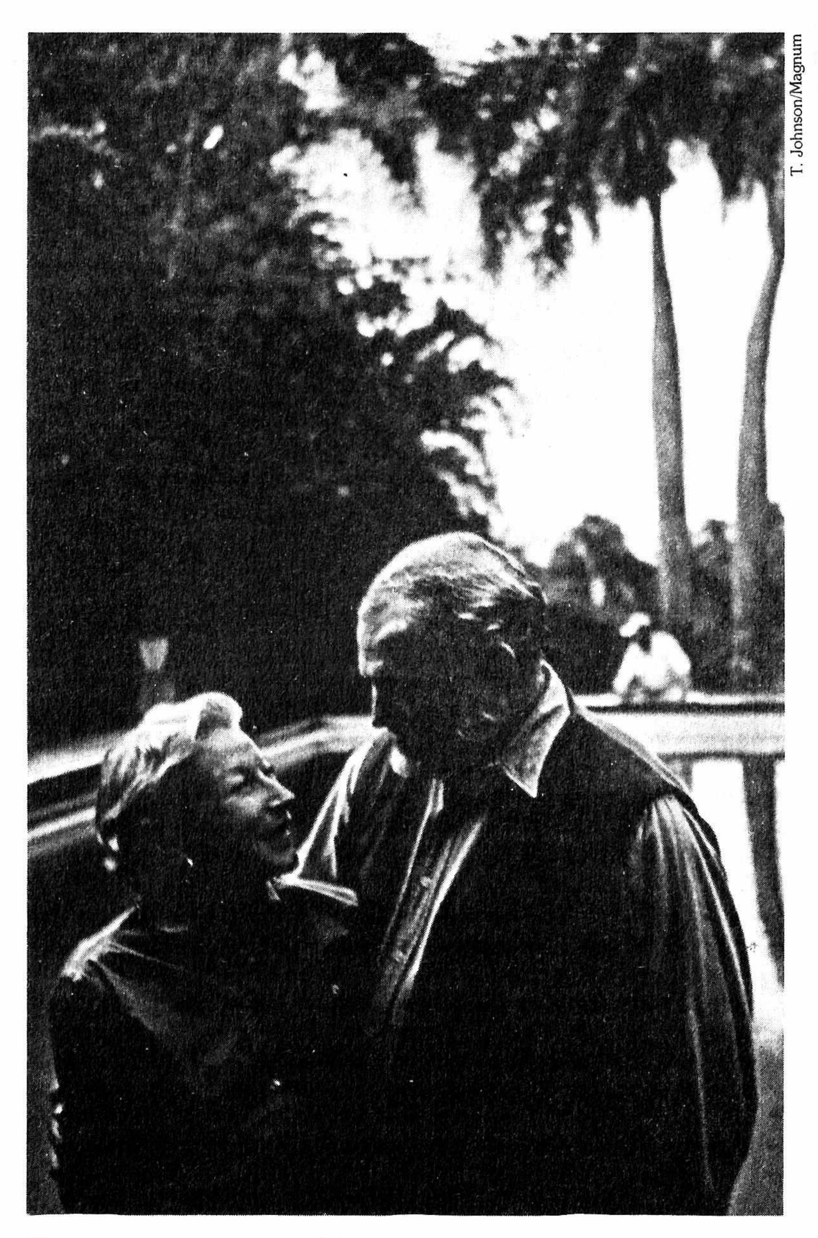
Martha ya había mencionado el divorcio en noviembre. Ahora se hizo públicamente evidente que cuanto antes se separara la mal avenida pareja tanto mejor. Martha regañaba y se mofaba de su esposo; Hemingway la trataba con la condescendencia señorial que un verdadero soldado debe a un simple acompañante civil, aunque Martha había visitado tantos frentes como él. Vieron una «V-2» cortando el aire, y Martha, como dura periodista que era, anotó tiempo y lugar y dijo: «Recuérdalo, Ernest; esa "V-2" es mi reportaje, no el tuyo.» Ernest empezó ahora un periodo de salvaje carácter vengativo y mal comportamiento en público, no sólo en Luxemburgo, sino de vuelta al Ritz en París. Transfirió su enemistad por Martha al esposo de Mary, que parecía estar poniendo obstáculos al divorcio, y disparó un revólver contra su retrato —que Mary había traído desgraciadamente en su equipaje— después de colocarlo encima del lavabo. Aulló con risa maníaca y luego pronunció un largo y demente discurso en excelente francés ante la dirección, puesto en pie en el bidet por encima del inundado cuarto de baño. Mary tuvo entonces una idea de dónde se iba a meter. Sin embargo, estaba convencida de que le amaba. Hemingway había disparado su último tiro en la guerra (algunos han dicho que el único). La guerra se acercaba a su final y no requería más ayuda suya. Era hora de volver a casa.

6. «Un hombre puede ser destrozado, pero no derrotado»

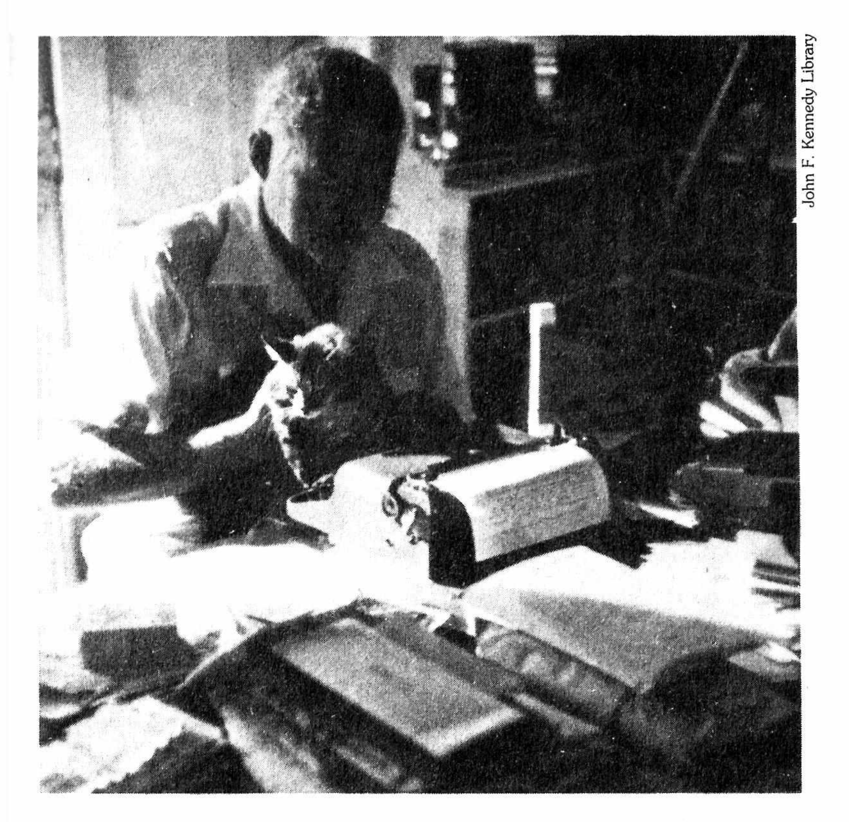
Finca Vigía, o Lockout Farm, era un enclave de riqueza y orden en una ciudad cubana empobrecida y deteriorada. Había trece acres de jardines y huertos, pastos para vacas, frutales y un enorme árbol ceiba cuyas raíces amenazaban con partir el suelo de la casa principal. Había una casa de huéspedes de madera blanca y una torre cuadrada pensada como retiro para trabajar, aunque era principalmente el hogar de los treinta gatos de la finca. Había tres jardineros, un criado, un chófer, un cocinero chino, un carpintero, dos doncellas y un hombre que cuidaba los gallos de pelea. Había tres perros, incluyendo uno llamado «Black Dog», que se echaba a los pies de su amo mientras escribía.

La siguiente revolución cubana no estaba aún, al final de los cuarenta, lista del todo para fermentar. Ernest era feliz allí, con «Miss Mary», como la llamaba de forma anómala. Decía: «Una persona como yo, con todo el mundo para escoger, extraña que haya escogido este lugar, y naturalmente quieren saber por qué estoy aquí. En general, no intento explicarlo. Demasiado complicado. Las claras, frescas mañanas, cuando se puede trabajar bien con sólo "Black Dog" despierto y los gallos de pelea enviando sus primeros boletines... ¿En qué otro lugar se puede entrenar gallos y hacer que luchen y apostar por aquellos en los que crees y ser legal? Alguna gente condena las peleas de gallos por crueles. Pero ¿qué otra cosa le gusta hacer a un gallo de pelea?... Quieres ir a la ciudad, te calzas un par de mocasines y ya está, siempre una buena ciudad para escapar de uno mismo, esas chicas cubanas, miras dentro de sus ojos negros, tienen sol caliente dentro... A media hora de la finca tienes tu barco aparejado de manera que estás en las aguas azul oscuro en la corriente del golfo con cuatro sedales listos a los quince minutos de haber subido a bordo.»

Era feliz, pero, para sus admiradores, una fuerza literaria agotada. No había producido nada sustancioso desde *Por quién doblan las campanas*. Había escrito un buen trozo de una novela bastante mala y luego, de repente, consciente de lo mala que era, la


T. Johnson/Magnum

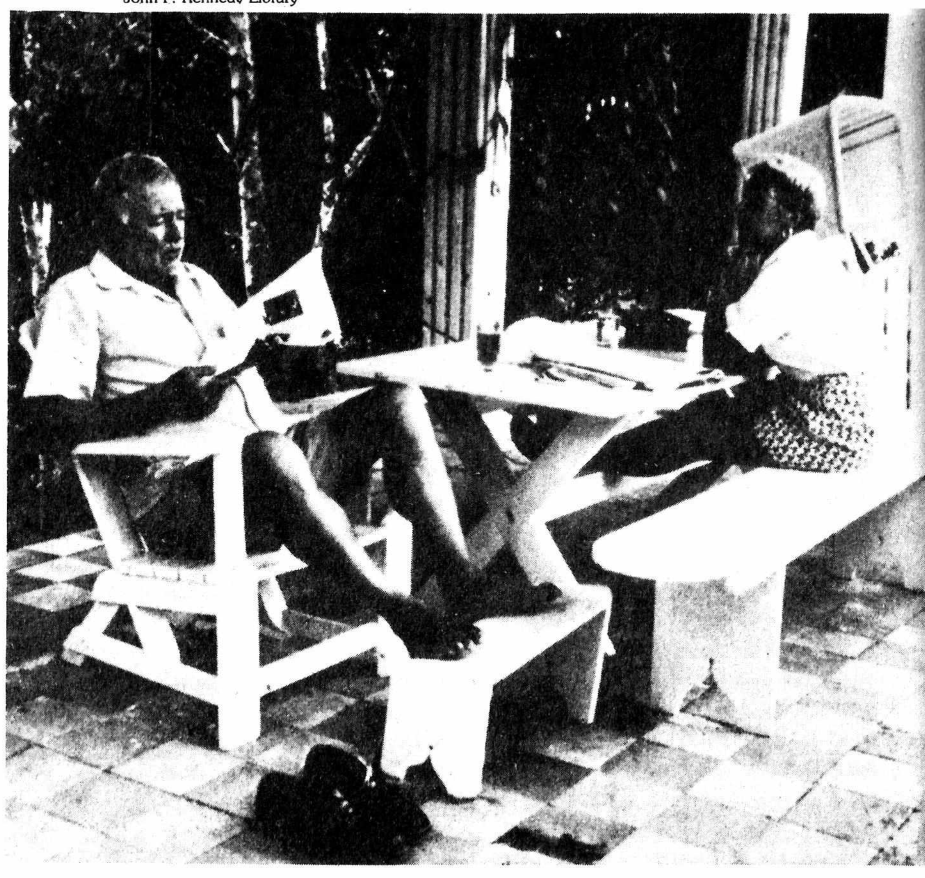
Hemingway y su cuarta esposa, Mary, pasarían los últimos años de la década de los 40 en Finca Vigía, La Habana.



Hemingway en Finca Vigía con uno de sus gatos, llamado Christopher Columbus; los gatos eran tan numerosos —unos treinta— que ocupaban prácticamente la casa de huéspedes de la finca que Hemingway utilizaba para trabajar.

había abandonado. No había conseguido poner ninguna clase de orden en la masa de experiencias de la guerra que había acumulado en notas y memoria. Se acercaba a los cincuenta, pero no estaba aún dispuesto al silencio. Fue por la necesidad de estimular su imaginación creativa y ponerla en acción por lo que dejó sus gallos de pelea y sus daiquiris en el bar Floridita y regresó a Europa, madre de todo arte. Venecia se convirtió en su nueva amante, aunque estaba convencido de que, habiendo derramado su sangre en el norte de Italia tantos años antes, tenía un antiguo derecho de propiedad sobre ella. El y Mary se establecieron felizmente en el invierno veneciano de la isla de Torcello y más tarde en Cortina. Cazó patos y perdices; intentó escribir. Necesitaba, aunque él aún

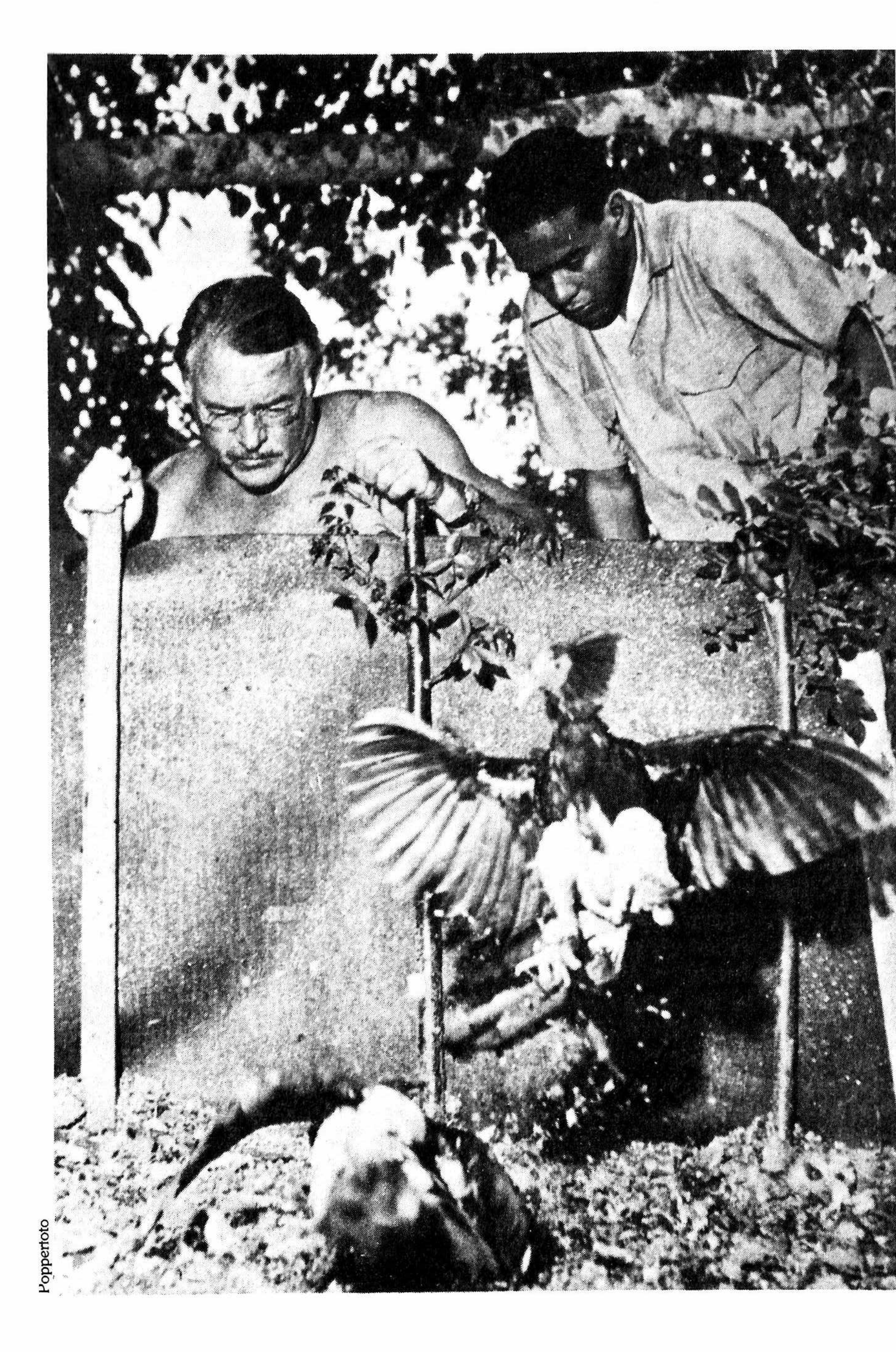
John F. Kennedy Library



El matrimonio Hemingway en el jardín de Finca Vigía.

Los gallos de pelea de Hemingway, criados por su jardinero. «¿En qué otro lugar se pueden encontrar gallos y hacerlos luchar y apostar por aquellos en los que crees y hacerlo legalmente? Hay gente que condena las peleas de gallos por crueles. Pero ¿qué otra maldita cosa le gusta hacer a un gallo de pelea?» ▶

no lo sabía, la chispa rejuvenecedora de una relación con una hija en funciones, una relación otoñal caduca, mínimamente coloreada por lo erótico, penosamente deliciosa. La encontró en una joven de diecinueve años llamada Adriana Ivancich, de voz suave, católica devota, femenina, con una femineidad que estaba desapareciendo rápidamente de América. Su actitud hacia ella le parecía totalmente paternal, pero la convirtió en la heroína de una novela en la cual lo



Popperfoto

erótico incestuoso, oculto en su interior, crece en la amplia cama de la imaginación. La novela es *Across the River and Into the Trees (A través del río y entre los árboles)*.

El general Stonewall Jackson habló, justo antes de morir, de cruzar el río y descansar bajo la sombra de los árboles. Si conocemos la referencia sabemos de lo que va a tratar la novela: un viejo soldado que sabe que va a morir. El viejo soldado de Hemingway no es tan viejo después de todo, sólo la edad de su creador, y muere de un ataque al corazón, no en batalla. Muere, además, en



John F. Kennedy Library

Venecia, rodeado de imágenes de vida y de la evidencia de la maravilla de la imaginación humana, amado, además, por una hermosa y joven condesa llamada Renata, que es más que una joven; es, de hecho, la diosa tutelar de la ciudad misma. Hemingway juega su viejo juego de colocar la muerte en el centro de la vida (la muerte en la tarde actúa en el centro de la fecunda, vinosa y amorosa ciudad), reconciliándose con la muerte al presentarla como parte del ciclo de la vida. También está tratando de hacer arte con un tema que, mal manipulado, no puede por menos que ser senti-

Hemingway se prepara para matar algo, probablemente un pato, en la laguna veneciana durante su estancia en Torcello.

◀ *Los Hemingway en Venecia, en 1949. «Venecia —dijo Hemingway— era absoluta y condenadamente maravillosa.»*

Hemingway y Mary en Cortina d'Ampezzo.

Camera Press



John F. Kennedy Library



Adriana Ivancich, una joven de diecinueve años, se convertiría mediante la pluma de Hemingway en Renata, la protagonista de A través del río y entre los árboles.

mental, aunque bien tratado puede ser Shakespeare, Sófocles, Joyce: el cansado padre-amante y la radiante hija-concubina. Un libro sobre una mujer vieja que ama a un joven es cómico, repulsivo. Un hombre viejo que ama a una joven provoca auténticas lágrimas de novela rosa o los estremecimientos crepusculares adecuados al alto romance, incluso a la tragedia. El *Times Literary Supplement* percibió amablemente una calidad shakespeariana en la historia de Hemingway, como también lo hizo John O'Hara en el *New York Times,* pero la mayoría de críticos encontraron principalmente mal gusto, ineptitud estilística y sentimentalismo.

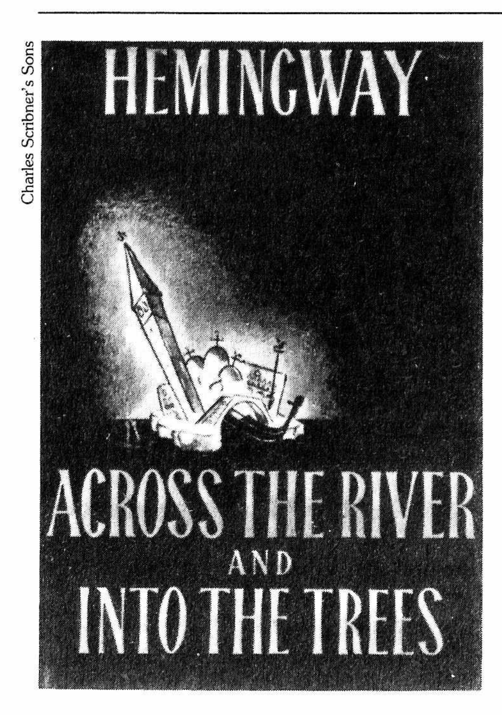
Hay, en realidad, un fallo en el equilibrio del libro. Las imágenes no funcionan. El cuerpo del vino blanco que los amantes beben es «tan lleno y adorable como el de Renata», lo cual es tonto. Hay una utilización torpe de la imaginería militar en los pasajes eróticos que, elegante en la pornografía del siglo XVIII, es aquí muy embarazosa («Por favor, ataca suavemente y con el mismo ataque que antes»). No se permite que los personajes hagan simplemente las cosas más elementales, como cerrar la puerta de un coche o alargar la mano para coger el champán o masticar un bistec: tienen que hacerlas «bien» o «acertadamente» o ambas cosas a la vez. Hay demasiadas pullas irrelevantes —contra Sinclair Lewis, por ejemplo, que no tenía ninguna mala intención contra Hemingway y que

no podía evitar tener la cara marcada de viruela; contra Martha Gellhorn (bajo el transparente disfraz de tercera esposa de Cantwell)—, y todo esto bloquea, naturalmente, el desesperado intento que el lector hace para sentir simpatía por los personajes de Hemingway.

Por otro lado, no conozco ninguna otra novela moderna —con las posibles excepciones de *Brideshead Revisited (Brideshead revisitada)*, de Waugh, y *Seven Against Reeves (Siete contra Reeves)*, de Aldington— que rinda tan elocuente homenaje a Venecia. Hemingway raramente falla cuando evoca la piedra y las aguas, las vistas de Torcello y Murano desde la laguna, las frías mañanas, las tiendas y el mercado, la sensualidad de la ciudad. Si se dejan los sentidos de Hemingway en libertad, funcionarán con fina animalidad, registrando olores y visiones y sonidos con una justeza verbal que es una auténtica maravilla. Una vez se ha dejado penetrar el pensamiento —lo que significa filosofía vulgar y, peor que nada, la autonoción de sí mismo como héroe sufriente—, la prosa vacila, las imágenes se hunden, el lector se sonroja, incómodo o por el esfuerzo por contener su irrisión.

Al manejar ahora la primera edición de la novela, uno se siente conmovido, a pesar suyo, por el dibujo de la cubierta, que fue hecho por el original de Renata, Adriana Ivancich. Hay, retenida en él, una situación de la vida real mucho más conmovedora que el intento de Hemingway por transformarla en arte. Mary, buena y sabia esposa, vio lo que le estaba pasando a Ernest y actuó comprensivamente. Era el último ramalazo de un deseo de juventud irrealizable. El hombre de edad madura anhela dolorosamente renacer (*renatus* en latín, femenino *renata*), pero sabe que es demasiado tarde. Lo que da al *Finnegans Wake* de Joyce su atractivo totalmente humano —pasado por alto demasiado a menudo por lectores que lo consideran una pura fantasía verbal— es el deseo sin esperanza del héroe Earwicker, otro cincuentón, por una hija que nunca puede ser una amante. *Incesto* se convierte en *insecto* en su sueño, el trágico Earwicker en un cómico *earwig* (tijereta); una historia cómica del mundo, una crónica de grandes hombres víctimas de amores prohibidos, envuelve el pecado que Earwicker no se atreve a cometer. Hemingway no era tan grande como Joyce: no podía iluminar su predicamento con humor. Empezaba a hacerse viejo con poca elegancia.

Los años finales de la década de los 50 eran un tiempo malo. Los críticos sacudieron la cabeza frente a *A través del río y entre los árboles* y dijeron que Hemingway estaba acabado. Pero su reacción, aparte de los acostumbrados sarcasmos, gruñidos y ofreci-



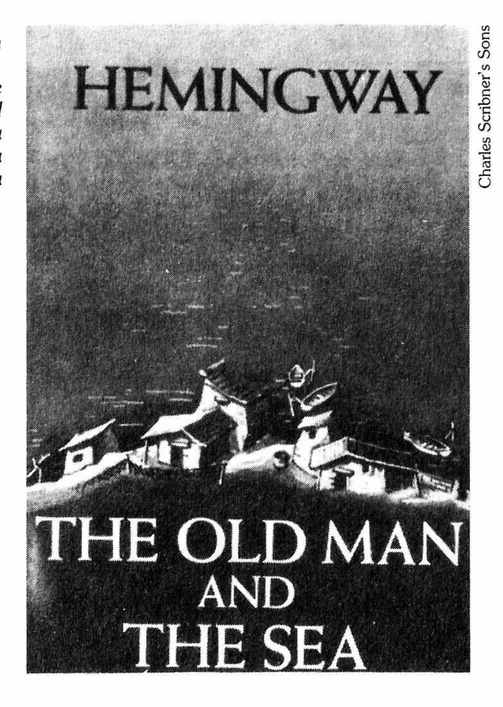
Charles Scribner's Sons

Portada de la primera edición americana de A través del río y entre los árboles, *publicada en 1950. El dibujo original de la portada fue realizado por Adriana Ivancich.*

mientos para partir cabezas, fue trabajar duro en un esfuerzo por mostrar que estaba lejos de estar acabado. Estaba escribiendo una larga «novela del mar» (que sería publicada, como sabemos, póstumamente ante la displicencia general de los críticos, como *Islands in the Stream [Islas en el Golfo])* y exultando con una habilidad para verter palabras que, así se lo dijo a Adriana, se lo debía todo a ella. Esto era de regreso a la Finca, donde Adriana y su madre estaban de visita. Había transformado a la hija y amante en sueños en una musa, proceso clásico y saludable. La novela del mar iba a tener cuatro largas secciones, tres de las cuales ya tenían títulos provisionales: *The Sea when Young, The Sea when Absent, The Sea in Being (El mar joven... El mar ausente... El mar en esencia).* Hacia el otoño de 1951 había conseguido recortar la vasta masa de palabras hasta lo que aún era una novela de tamaño respetable.

Y, pese a ello, decidió no publicarla. Dio demasiadas razones: los impuestos se comerían sus beneficios, parte del libro era altamente personal, quería revisarlo pero todavía no. Tal vez la razón real era que se daba cuenta de la comparativa falta de interés y mediocridad estilística del libro. Pero había una parte que estaba

Portada de la primera edición americana de El viejo y el mar, *novela publicada en 1952 que haría ganar a Hemingway el premio Pulitzer. En esta ocasión, también la cubierta era un diseño original de Adriana Ivancich.*



Charles Scribner's Sons

dispuesto a extraer y publicar como entidad breve y autosuficiente. Era la novela corta que se llamaría *The Old Man and The Sea (El viejo y el mar)*, el libro que le haría ganar el premio Pulitzer y restauraría su reputación internacional hasta el punto de que le consideraran merecedor del mayor de todos los premios, obra que se vendería una enormidad, que conmovería al público corriente hasta las lágrimas, que es incuestionablemente una pequeña obra maestra. Uno de los misterios del proceso creativo se demuestra en la circunstancia de que Hemingway pudiera escribir tan soberbiamente en una época en que estaba escribiendo tan mediocremente. El librito apareció en 1952 (de nuevo con una cubierta diseñada por Adriana), habiéndose publicado primero en un ejemplar monográfico de *Life* que vendió más de cinco millones de ejemplares en cuarenta y ocho horas. Su impacto fue increíble. Se predicaron sermones basándose en él, el autor recibió cientos de cartas laudatorias cada día, la gente le besaba, llorando, por las calles. Su traductor al italiano apenas podía traducir por las lágrimas. Como el héroe era un pobre pescador cubano, el gobierno de Batista (que Hemingway detestaba en privado) le concedió una medalla honorí-



Cinemathèque Suisse, Lausanne

Spencer Tracy en una escena de la película El viejo y el mar, *basada en el magistral relato homónimo de Hemingway sobre un pescador que sale con su barco a la captura de un enorme pez... que acabará siendo devorado por los tiburones en el viaje de regreso.*

fica «en nombre de los pescadores de peces-espada profesionales desde Puerto Escondido a Bahía Monda». Se pusieron inmediatamente en marcha propuestas para un filme Hemingway fue más sardónico que nunca sobre la inevitable carnicería cinematográfica. aunque Spencer Tracy (propuesto como protagonista) le cayó muy bien. Más tarde diría que Tracy en el film tenía aspecto de ser un gordo actor de Hollywood pretendiendo ser un pobre pescador cubano.

Es fácil comprender por qué la novela fue, y sigue siendo, tan universalmente popular. Trata del valor mantenido frente al fracaso. Un viejo sale en su bote y avista un gran pez-espada. Como el matador con el toro, se siente atraído por la magnífica criatura, de manera que, aunque uno tenga que matar al otro, no importa quién mate a quién. Con una humildad casi religiosa, el viejo Santiago dice: «Nunca he visto una cosa más grande, o más bella, o más serena, o más noble que tú, hermano. Ven y mátame.» Su ofrecimiento de morir en un acto de veneración le gana una recompensa: él mata al pez, aunque se ve inmediatamente torturado por el remordimiento: «Tú le mataste por orgullo y porque eres un pescador.» Según arrastraba el gran pez hacia la casa, los tiburones le atacan: está siendo castigado por su arrogancia. Llega a tierra remolcando un enorme cadáver mutilado. Pero Santiago, en su fracaso, no ha fracasado realmente. Ha mostrado un justo orgullo y una justa humildad; se ha atrevido y ha tocado la grandeza. «El hombre no está hecho para la derrota. Un hombre puede ser destrozado, pero no derrotado.» Este sencillo relato está cargado, aunque sin ostentación, con significados alegóricos que hicieron la delicia de los predicadores dominicales. Como ejercicio de simple prosa «declarativa» no ha sido superado en la obra de Hemingway. Cada palabra es significativa y no sobra ninguna palabra; las largas horas aprendiendo el arte del pescador de peces-espada —horas desperdiciadas, escapistas, reaccionarias, en opinión de aquellas voces de la izquierda, tiempo ha silenciadas— habían dado su fruto. Los escritores deben saber de las cosas tanto como de las palabras.

Un Hemingway satisfecho y realizado partió para Africa, tras una primera visita a Pamplona. No se había vanagloriado, pero la vida empezó a comportarse como si lo hubiera hecho. Disparó bien, y también Mary. Le nombraron, con gran satisfacción suya, «*Honorary Game Warden*» (Guardián Honorario de Caza) en el territorio Kimana Swamp, de Kenia. El 21 de enero de 1954 despegaron del aeropuerto de Nairobi Oeste, en un pequeño aeroplano pilotado por un hombre joven llamado Roy Marsh. Su objetivo era



Las largas horas de aprendizaje del arte de la pesca no serían para Hemingway un esfuerzo inútil. Gracias a sus conocimientos sobre el tema, consiguió que su relato sobre el viejo pescador se convirtiera en una obra maestra.

hacer un viaje al Congo Belga. Por encima de las Murchison Falls, en el Victoria Mils, una bandada de ibis cruzó la ruta del avión. Marsh picó para evitarlos y golpeó un alambre telegráfico abandonado que se extendía sobre la garganta. La hélice fue dañada. Perdió altura velozmente y se estrelló contra una espesura espinosa tres millas al sur de la cascada. Ernest se dislocó el hombro derecho y Mary sufrió un shock profundo. Por lo demás, nadie se hizo daño. La radio no funcionaba, parecía que no había esperanzas de un rescate por tierra. Después de una noche en una colina, dormi-



Ernest y Mary posan en las llanuras del Kilimanjaro, la «montaña cuya cima oeste —escribió Hemingway en Las nieves del Kilimanjaro*— es llamada por los masais* Ngajè Ngajè, *la Casa de Dios».*

tando al lado del fuego, vieron un bote blanco llamado *Murchison* amarrado a un embarcadero en el gran río. Hicieron señales, gritaron y descendieron. Un astuto indio estaba a cargo de la embarcación, un tipo acostumbrado a los norteamericanos ricos. Había alquilado su bote a John Huston durante el rodaje de *The African Queen (La reina de Africa).* Pidió una tarifa de cien chelines por pasajero. Como dice un personaje de Len Deighton, no hay negocio como el negocio del espectáculo. Llevó a los tres hasta Butiaba, en la costa este del lago Albert, donde supieron que ya corrían


John F. Kennedy Library

Fotografía del avión en el que Ernest y Mary se estrellaron en 1954.

Hemingway tras su segundo accidente de avión, al regreso de su safari en 1954. Pese a que no quiso darle importancia, sus heridas fueron considerables ▶

noticias de la muerte de Ernest Hemingway (e incidentalmente, desde luego, de su esposa y piloto). Un «Argonaut» de la B.O.A.C. había localizado los restos del avión, pero ninguna señal de supervivencia.

Y ahora ocurrió lo increíble, demostrando que el rayo siempre hiere el mismo árbol dos veces. Hicieron arreglos para ser transportados en un «De Havilland Rapide» de doce asientos desde Butiaba a Entebbe y ni siquiera consiguieron despegar. El avión, que parecía moderadamente volador, traqueteó por encima de una pista llena de piedras y surcos, se levantó, cayó, cabeceó, cayó de nuevo y se incendió. Hemingway dio contra una puerta atascada, con la cabeza y el hombro heridos, abriéndola. Roy Marsh abrió una ventana de una patada y consiguió salir y sacar a Mary. Hemingway escribió:

«Hubo cuatro pequeños ruidos que representaban la explosión de las botellas de cerveza Carlsberg que constituían nuestra reserva. A esto siguió un pop más fuerte que representaba la botella de Grand MacHish. Después de esto oí claramente una explosión más fuerte, pero no muy intensa, que supe significaba la botella sin abrir de ginebra Gordon. Esta está cerrada con un tapón metálico y, por tanto, hace una explosión de mayor fuerza que la del Grand MacHish, que sólo está cerrada por un corcho, y en cualquier caso ya había sido consumida hasta la mitad. Escuché por si se producían más explosiones, pero no hubo ninguna.»

La tradición quiere que Hemingway emergiera del accidente

agitando un manojo de plátanos y una botella de ginebra y gritando: «¡Qué bien luce mi suerte!» Rosemary Clooney y su marido, José Ferrer, grabaron una canción popular con este refrán, poco tiempo después. Empieza con el ruido de un avión al estrellarse y sigue tratando la aventura africana en términos de una convencional comicidad. En realidad, pese a los esfuerzos de Hemingway para no darle importancia, él, si no Mary, sufrió heridas serias. Incluso pese a los cables felicitándole y a los obituarios prematuros (que se supone conceden al interesado una prórroga en su vida), estuvo en peligro de muerte.

La ficha médica realizada en Nairobi especificaba grave conmoción total, pérdida temporal de visión en el ojo izquierdo, pérdida de audición en el oído izquierdo, parálisis del esfínter, quemaduras de primer grado en cara, brazos y cabeza; brazo derecho y hombro y pierna izquierda dislocados; una vértebra aplastada; hígado, bazo y riñón desgarrados. Y por si todo esto no fuera bastante, un mes más tarde, al ayudar a apagar un fuego de matorrales,



Prensa Española, S.A.



John F. Kennedy Library

cayó en él, emergiendo con quemaduras de segundo grado en piernas, vientre, pecho, labios, mano izquierda y antebrazo derecho. A partir de esto esperó tranquilamente en Mombasa hasta el momento de embarcar para Venecia. Tenía la sensación de que Venecia le pondría bien.

A. E. Hotchner, uno de sus nuevos amigos y biógrafos eventuales, quedó anonadado por cómo había cambiado:

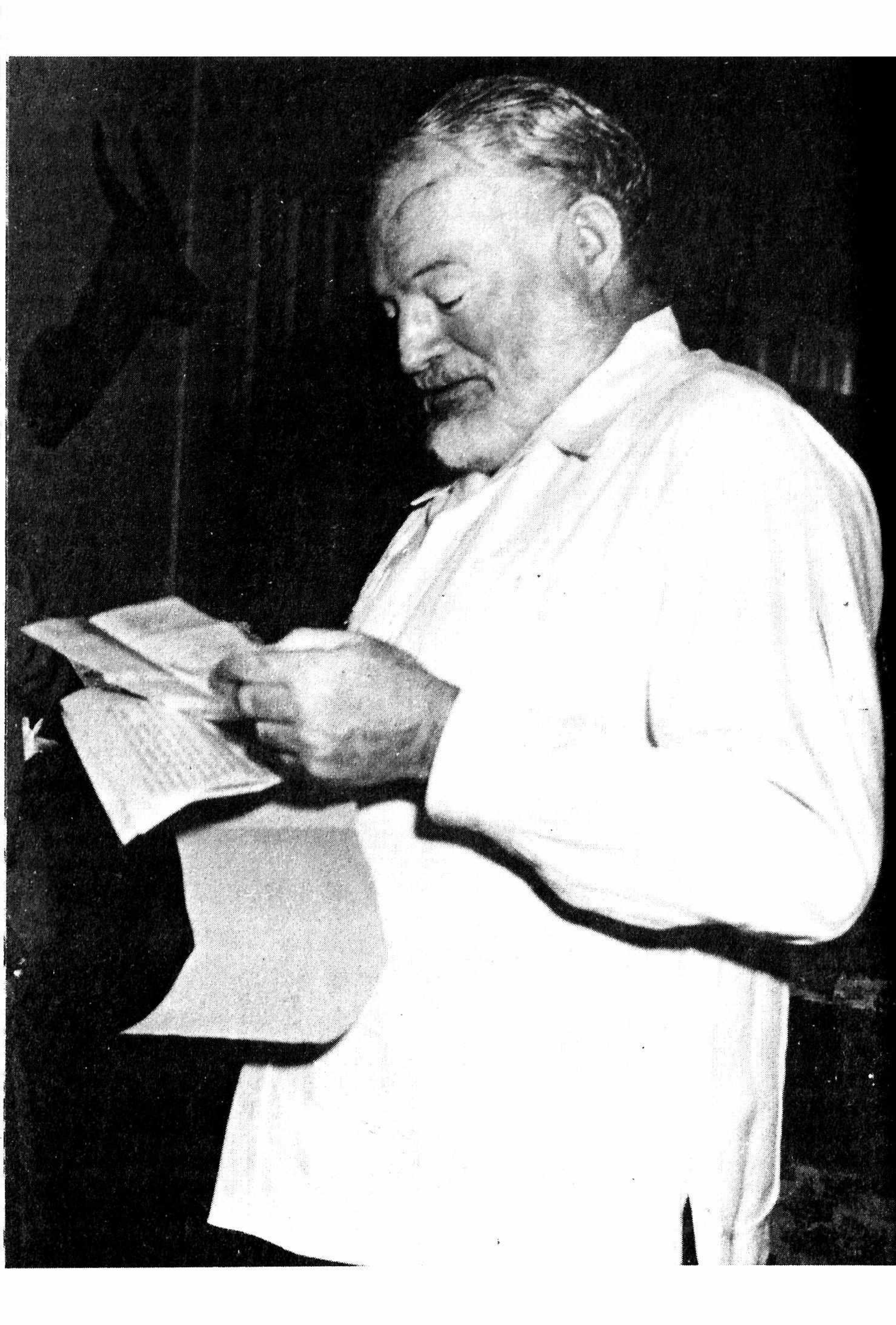
«Cuando entré en su habitación estaba sentado en una silla al lado de las ventanas, leyendo, la inevitable visera de tenis (que encargaba a docenas en Abercombie y Fitch) protegiéndole los ojos. Llevaba su albornoz de lana arrugado y el cinturón de piel de "Gott Mit Uns" (Dios con nosotros)... Me quedé por un momento en pie en el umbral, sorprendido por su aspecto... Lo que me sorprendió en aquel momento era lo que había envejecido en el intervalo de cinco meses. Lo que le quedaba de cabello (la mayor parte se había quemado) había pasado de entrecano a blanco, como también su barba, y parecía como si, de alguna manera, hubiera decrecido; no quiero decir físicamente decrecido, sino que algo del aura de solidez parecía haberle abandonado.»

Había inventado su propia terapéutica: champán helado y un par de rebanadas de necrologías cada mañana, a la cama por la tarde y puñados de píldoras y planes para ir a España en coche. Sufría fuertes dolores, pero estaba decidido a seguir bebiéndose la vida hasta el límite, siendo *bebiéndose* la palabra exacta. Pero el fulgor de su vida pasada no dejaba de superponerse sobre el prosaico presente, que sólo podía moldearse en deseo refulgente cuando se convertía en pasado. Estaba lleno de relatos de su pasado y no todos eran creíbles. En 1965, por ejemplo, Gaedmon Records, de Nueva York, sacó un long-play llamado *Ernest Hemingway Reading*, en el cual pasa a la posteridad una de sus historias inventadas, la célebre que Hotchner y otros oyeron en vivo. Se refiere a Mata Hari:

«Nos contó a un grupo bastante borracho que no la conoció muy bien, ya que él era un simple subteniente y ella acompañaba a generales y ministros, "pero una noche la jodí bien, aunque la encontré muy pesada de caderas y que tenía más deseo por lo que hicieras por ella que por lo que ella daba al hombre".»

Hemingway, como es sabido, fue a Europa por primera vez en 1918. Mata Hari había sido fusilada por espionaje un año antes.

◀ *Hemingway en el campamento del safari con Phillip Percival, el cazador cuya bravura había reconocido en su libro* Las verdes colinas de Africa, *y un amigo sin identificar.*



No tuvo que mentir sobre su fama presente. Cuando conducía a través del Piamonte, en la segunda etapa del viaje a Madrid (la primera etapa le había llevado a Milán, donde había visitado de nuevo a Ingrid Bergman y expresado su desprecio por su marido por derecho consuetudinario, el gran director de cine Roberto Rossellini), fue atropellado por sus admiradores en la ciudad de Cuneo. Casi aplastado por su entusiasmo, agitado y enfermo, hizo que le afeitaran la barba en Niza. Luego siguió hasta Madrid y asistió a las corridas y a una reunión afectuosa con Ava Gardner, que estaba enamorada del torero Luis Miguel Dominguín. Pero se encontraba cansado y enfermo y tuvo que regresar a casa, en Cuba.

En 1954, Hemingway recibió el premio Nobel de literatura. Era una recompensa que, a la vez, quería y no quería. Después de todo, Sinclair Lewis, cuyos libros, personalidad y apariencia Hemingway execraba por un igual, y William Faulkner, a quien ahora parecía ver como un verbalizador empapado en aguardiente de centeno, habían sido premiados. Además, «ningún hijo de perra que nunca ganara el premio Nobel escribió nunca nada que valiera la pena leerse luego», dijo antes de que se lo dieran. Cuando se lo concedieron encontró mal la citación oficial del Comité del Nobel, que lo veía como un escritor que había salido heroicamente de una primera fase «brutal, cínica y ruda», para emerger como una especie de Marryat lleno de «amor viril por el peligro y la aventura», como un «dominio poderoso y hacedor de estilo en el arte de la narración moderna». Todo el resumen de su carrera literaria parece inepto y el término «hacedor de estilo» parece una transcripción cibernética de una palabra sueca que significa algo distinto (o al menos significa algo; «hacedor de estilo» no significa nada). Hemingway agradeció el cheque de 35.000 dólares: ahora rico, había empezado a hacer el papel de hombre en grave necesidad financiera. La medalla de oro consideró si dársela a Ezra Pound, que se merecía todas las medallas literarias que nunca fueron acuñadas, pero finalmente hizo donación de ella a la capilla de la Virgen del Cobre, patrona de Cuba.

No estaba suficientemente bien como para ir a Estocolmo, pero dijo que no hubiera ido ni estando en condiciones, ya que él, que nunca había tenido ni un recambio de ropa interior, no iba ahora a gastar dinero en un traje de etiqueta. Pero el discurso que escribió para ser leído por el embajador norteamericano estaba bien pensado y era ásperamente elegante:

◀ *Hemingway en su casa de La Habana, leyendo la carta que le comunicaba la concesión del premio Nobel de literatura en 1954.*





Hemingway sintió una gran satisfacción por el homenaje de admiración y cariño que le rindieron los asistentes a una corrida en Zaragoza el año 1954. No sólo le fueron brindados dos de los toros, sino que cientos de personas se acercaron para que le firmara sus entradas. En la imagen, Hemingway se dirige hacia la plaza de toros de la capital aragonesa.

Prensa Española, S.A.

Hemingway, gran aficionado a los toros y, sobre todo, gran conocedor de la «fiesta», observa atentamente desde el burladero el desarrollo de una corrida



Prensa Española, S.A.

«El escribir es, en los mejores momentos, una vida solitaria. Las organizaciones pro escritores palian la soledad del escritor, pero dudo que mejoren su escritura. Crece en estatura pública según abandona su soledad y a menudo su trabajo se deteriora. Porque hace su trabajo solo y, si es un escritor lo bastante bueno, debe enfrentarse a la eternidad o a la carencia de ella, cada día. Para un escritor genuino cada libro debiera ser un nuevo principio donde de nuevo se esfuerza en algo que está fuera de su alcance. Debiera esforzarse siempre en algo que nunca haya hecho o que otros hayan intentado y no conseguido. Así, alguna vez, con mucha suerte, triunfará. Cuán sencillo sería escribir literatura si sólo fuera necesario escribir de otra forma lo que ha sido bien escrito. Es porque hemos tenido tan grandes escritores en el pasado por lo que un



escritor es empujado mucho más allá de donde puede ir, lejos, donde nadie puede ayudarle. He hablado demasiado tiempo para ser un escritor. Un escritor debería escribir lo que tiene que decir y no decirlo. De nuevo les doy las gracias.»

Lo que le dio más placer que el premio Nobel —cuyas consecuencias fueron entrevistas sin número y visitantes no invitados— fue el tributo espontáneo de afecto y admiración que le tributó la muchedumbre en una *corrida* en Zaragoza. Se le brindaron dos toros, cientos de personas compraron entradas para que las autografiara. Su *Muerte en la tarde* era conocida de los aficionados españoles y considerada como el testamento de un enamorado, homenaje al pueblo español tanto como a su más importante rito secular; su *Por quién doblan las campanas* estaba prohibido por el

régimen falangista, pero los españoles habían oído hablar de ella y sabían de qué lado estaba el corazón de Hemingway. Le veían como enemigo de Franco, demasiado poderoso para no permitírsele la entrada en el país que amaba. Tenía un aspecto poderoso; en verdad estaba muy enfermo.

Su presión sanguínea y porcentaje de colesterol estaban peligrosamente altos, su hígado funcionaba atrozmente (él no ayudaba, bebiendo tanto como lo hacía), su aorta estaba inflamada. Se le advirtió que no comiera grasas ni bebiera ni hiciera el amor. Malhumorado, fue a pasar el invierno en el Ritz de París, donde hizo un descubrimiento sorprendente y vivificador. Halló dos pequeños baúles con su nombre escrito que habían estado languideciendo en los sótanos del Ritz desde 1928. En ellos había viejas notas manuscritas, intentos malogrados de literatura y reportajes que se remontaban a los buenos tiempos. Un hermoso libro iba a salir de los años del premio, pese a su cínico menosprecio, pero era un libro cuyas bases habían sido asentadas y cuyos hallazgos estilísticos habían sido conseguidos en los viejos días de lucha. Iba a ser publicado póstumamente bajo el título de *A Moveable Feast (París era una fiesta)*.

7. «Nada nuestro que estás en nada, nada es tu nombre, tu reino nada...»

De vuelta a Cuba, la situación política se estaba haciendo tensa, muy tensa para un escritor norteamericano expatriado cuyo estatus de huésped le impedía decir lo que pensaba. Una patrulla del gobierno penetró al acecho en los terrenos de la Finca, en busca de un fugitivo rebelde. Mataron a uno de los perros de Hemingway, pero el ultrajado dueño no se atrevió a decir palabra. Se exilió, o repatrió, a Ketchum, Idaho, y siguió ansiosamente las noticias de La Habana. El 1 de enero de 1959 supo que Fidel Castro había

Hemingway y Fidel Castro, en 1960. Después de veinte años en el país, el escritor había dicho que se sentía un cubano de verdad.


Camera Press

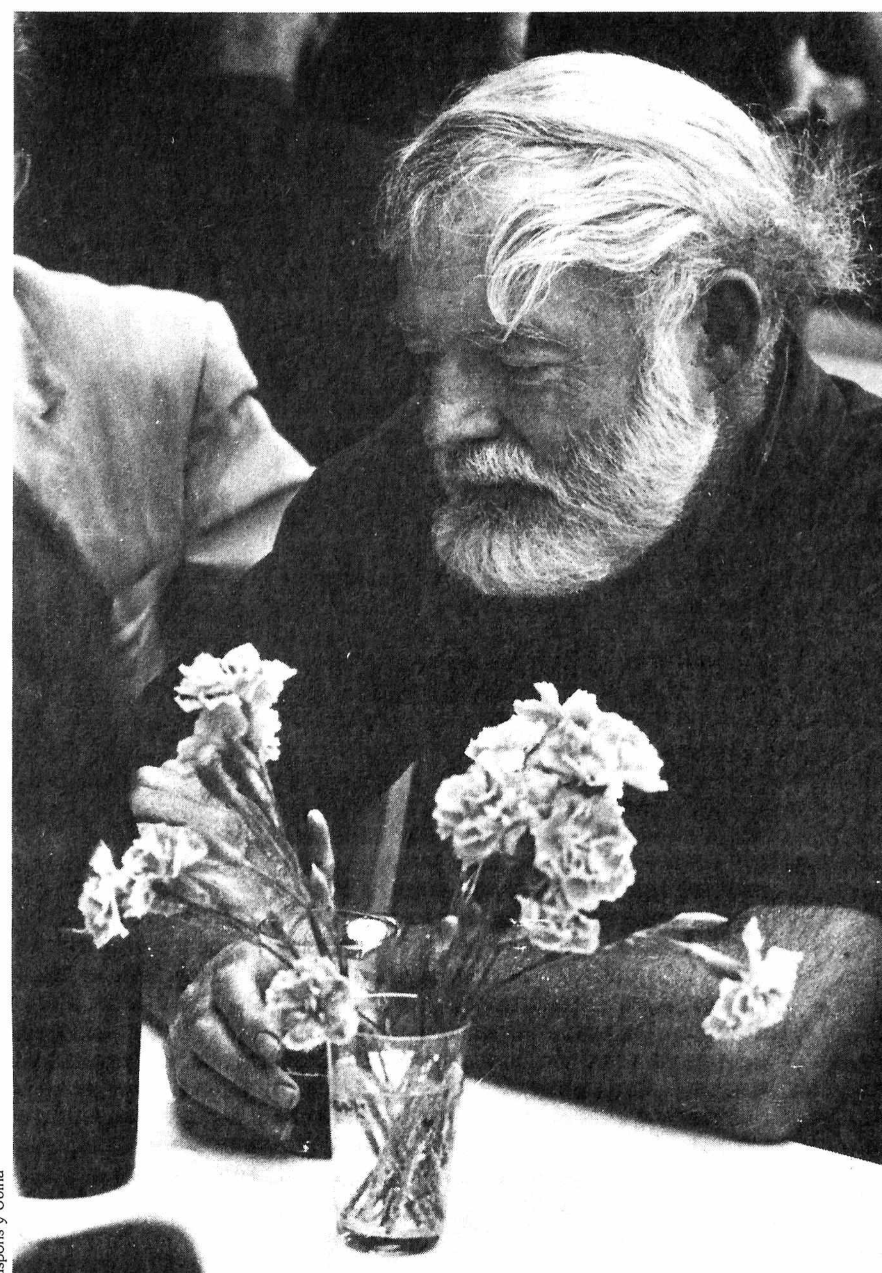

Camera Press

Hemingway, ya en el declive de su vida y su carrera, en el pantano de Yesa, cerca de Pamplona, el año 1959.

Los «Sanfermines» de 1959 serían para Hemingway la última oportunidad de volver a estar cerca de la alegría de la juventud. ▶

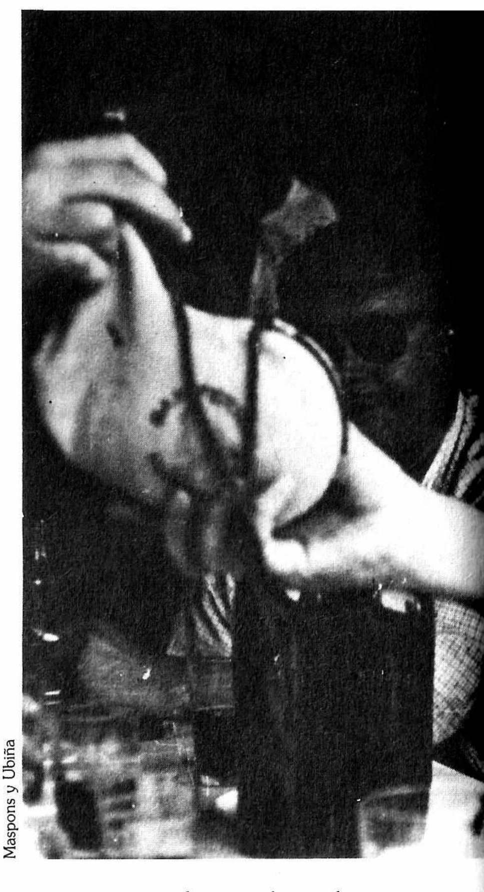
tomado la capital y que Batista había huido a Ciudad Trujillo. Se alegró: «El pueblo cubano tiene ahora por primera vez una posibilidad decente.» No sabía nada de Castro, pero afirmó que nadie podía ser peor que Batista. Vio claramente que los intereses financieros de Estados Unidos se opondrían al nuevo régimen, que, como norteamericano, sería, por tanto, persona *non grata* en su país de adopción. Se preocupó por la Finca, pero un oficial del nuevo gobierno, Jaime Bofill, le telefoneó para decirle que hacía de la protección de la propiedad una responsabilidad personal. El sargento de Batista que había matado al perro de Hemingway había sido colgado y su cadáver mutilado, aunque no por aquel crimen particular. Con todo, las cosas en la Finca no podían ser lo que habían sido. Antes de partir para pasar el verano en España, Hemingway compró una casa en Ketchum. También podía tener Cayo Hueso de nuevo, si quería. Pauline estaba ahora muerta. «Ella murió como cualquiera», dijo Hemingway, en respuesta a la pregunta de Tennessee Williams sobre cómo murió. «Y después de eso estuvo muerta.»

Pasó su sesenta cumpleaños en La Consula, cerca de Málaga, propiedad de un conocido norteamericano rico. Mary preparó una fiesta magnífica, con flamenco y fuegos artificiales y un enorme



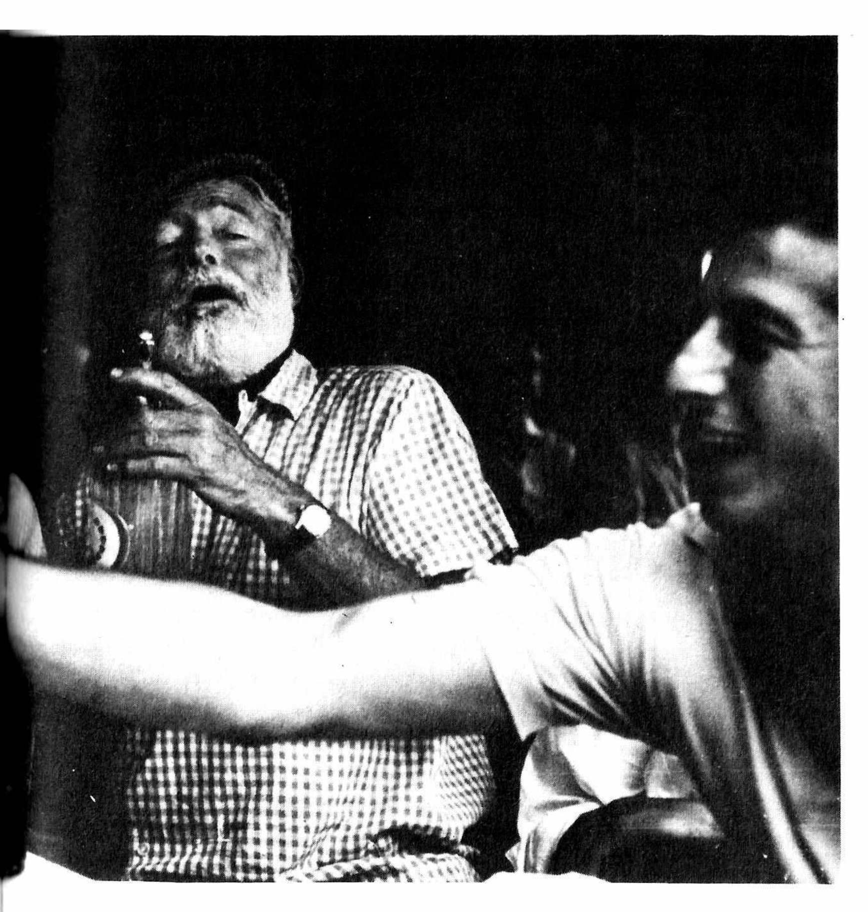
Maspons y Ubiña

A pesar de tener prohibido el alcohol, Hemingway no dejaría nunca de beber y mucho menos cuando el vino era compartido con amigos entrañables. En la imagen, Hemingway y Antonio Ordóñez en Pamplona, julio de 1959.



Maspons y Ubiña

pastel. El rey del cumpleaños, cuyos riñones iban mal, estaba mostrando signos de un desarreglo más que fisiológico. Gruñía y escarnecía a su esposa viva igual que había hecho con su esposa muerta. Cuando un amigo le palmeó afectuosamente en la espalda y le tocó accidentalmente la nuca, aulló que aquél era un punto donde nadie estaba autorizado a tocarle. No hablaba de nada más que de su romántico pasado y era gratuitamente obsceno en su lenguaje. Mary, paciente como una santa, no tenía buenos recuerdos de este verano español y estaba ansiosa por regresar a Cuba o a Idaho. Pero Hemingway se había comprometido a escribir un largo artículo sobre los toros para *Life*, y España, dijo, era el único sitio para escribirlo. Este artículo iba a llevar un título muy adecuado: *The Dangerous Summer (El verano peligroso).*



El artículo empezó a crecer hasta el tamaño de un librito. Tuvo que llevárselo de regreso a la Finca para acabarlo. Todos sus temores de ser abucheado y obligado a abandonar Cuba como un extraño no querido quedaron disipados en el aeropuerto de La Habana, donde toda la población de San Francisco de Paula se había reunido con pancartas para darle la bienvenida. Pero estaba preocupado. «Sólo confío por Cristo en que los Estados Unidos no recorten el cupo de azúcar. Eso sí que la armaría. Cuba sería un regalo para los rusos... El sentimiento antinorteamericano está creciendo. Por todas partes. Asusta un poco. Si realmente lo ponen en marcha, estoy seguro de que me harán dejar el negocio.» La cantidad de trabajo que le esperaba —incluyendo contestar noventa y dos cartas— le hicieron sentir, por primera vez en su carrera, que


Maspons y Ubiña

Hemingway paseando por los alrededores de Pamplona.

necesitaba una secretaria. Había conocido en España a una chica de Glasgow que podía servir. ¿Debería importarla? El artículo de *Life* había alcanzado las 63.562 palabras y había perdido su punto final. Sus ojos iban mal —«La córnea se seca. Los lagrimales, secos ya»— y el único libro que podía leer era una edición con grandes

tipos de imprenta de *Tom Sawyer. El verano peligroso* alcanzó 92.453 palabras.

El verano peligroso alcanzó 108.746 palabras. Hemingway no sabía cómo cortarlo. Además, sentía que tenía ganas de regresar a España para comprobar algunas cosas, tales como la práctica del afeitado de los cuernos del toro. También necesitaba algunas fotografías. Reconocía que el reportaje era en realidad un libro. ¿Cuánto dinero podía sacar de un libro así? Se preocupaba por el dinero, aunque su renta por derechos de autor se acercaba a los 100.000 dólares al año, su cuenta de impuestos estaba abarrotada, sus valores y acciones eran amplios y saneados. La Twentieth Century-Fox quería comprar diez de las historias de Nick Adams y ofrecía 100.000 dólares. «¡Cristo!, eso es lo que pagaron por *una* historia», clamó Hemingway. «*Las nieves del Kilimanjaro,* eso pagaron... Una vez que has establecido un precio en Hollywood no puedes reducirlo. Pueden quedarse las diez historias por novecientos mil.» Estas y similares palabras no fueron dichas por un hombre luchador, duro y musculoso, sino por un barbiblanco quejicoso. Hotchner escribe: «Su pecho y espalda habían perdido su empuje, y la parte superior de sus brazos era macilenta y sin forma, como si sus enormes bíceps hubieran sido recortados por un podador poco hábil.»

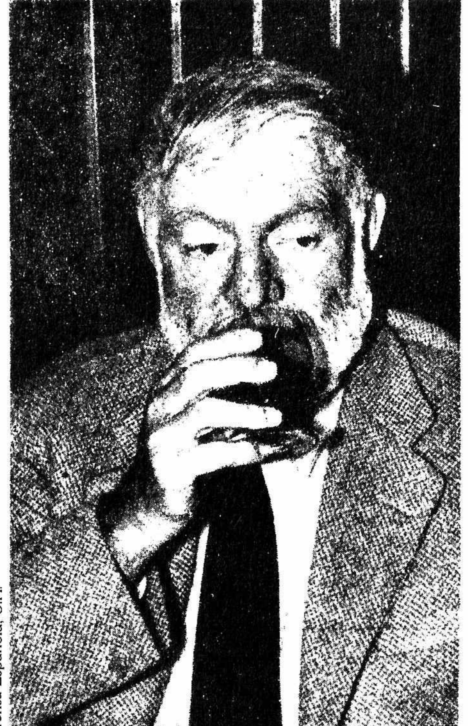
Parte de *El verano peligroso* apareció en *Life,* una escritura decepcionante por repetitiva y descolorida, con una página de fotografías que, en Madrid, exasperó a Hemingway de una manera que sus amigos no podían comprender: «La que lleva el pie de *pase ayudado,* Dios, ésa es la clase de retrato que los fotógrafos utilizan para chantajear a los toreros... Soy el hazmerreír de cualquiera que sepa algo sobre los toros y haya visto esto. Me ven como el truhán y traidor más grande de todos los tiempos... Preferiría haberme estrellado como en Africa veces y más veces que sentir lo que esa página de fotografías me hace sentir.» Y así durante horas. Pero nadie más podía ver nada malo en las fotografías.

Referente a las nuevas fotografías que Hemingway había obtenido en España y estaba listo para llevárselas de regreso a Nueva York, se preocupaba por la posibilidad de que la compañía aérea *Iberia* tuviera una disposición contra el exceso de equipaje y se negara a permitir llevárselas. Hotchner y otros le tranquilizaron. «Sí, pero este avión de medianoche no es un jet —dijo Hemingway—, y tal vez no permitan exceso de equipaje en reactores. Si las fotos no van, yo tampoco.» Hotchner tuvo que obtener finalmente una garantía del director de *Iberia* de que era correcto que un pasajero subiera a bordo con exceso de equipaje. Hemingway dobló esta

nota y la guardó con enorme cuidado dentro de su pasaporte.

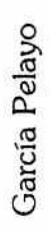
¿Por qué elegía un vuelo que no era jet, con catorce horas contra siete del jet? Porque había menos posibilidades de que hubiera enemigos buscándole en un aparato que no fuera jet. Porque prefería un descenso razonablemente lento a la bebida que todo lo consume, encontrar la muerte con comodidad. A sus amigos les pareció que Hemingway caminaba hacia la demencia, y ni siquiera con comodidad. De regreso en Ketchum se preocupó por que su coche había rozado ligeramente otro coche: el sheriff le metería en la cárcel, los propietarios de aquel coche no hablaban en serio cuando dijeron que no valía la pena discutir los desperfectos. Decía, pese a la tranquilizante evidencia del estado de su cuenta bancaria, que él y Mary no podían permitirse mantener la casa de Ketchum. Los «*feds*» (agentes federales) iban tras él, decía. Había importado a Estados Unidos aquella joven de Glasgow que conoció en España y pagaba su curso en arte dramático: el F.B.I. interpretaría aquello

Hemingway firmando un autógrafo en su camino hacia una corrida de toros. La popularidad del escritor había traspasado los medios literarios y había llegado a los taurinos. ▶



Prensa Española, S.A.

Hemingway, embebido en sus pensamientos, se lleva una copa a los labios en la época en la que, aquejado de hipertensión, recibía tratamiento médico.



como una cobertura para la más grosera inmoralidad. Aquellos dos hombres que trabajaban en el banco hasta tarde eran «*feds*» comprobando su cuenta bancaria, buscando irregularidades. Los del bar, allí al fondo, que tenían aspecto de viajantes de comercio, eran «*feds*» también; escapemos de aquí.

Persuadir a Hemingway para que visitara a un psiquiatra esta-



La casa de Ketchum, Idaho, último hogar de Hemingway. John F. Kennedy Library

ba fuera de cuestión. Pero había suficientes desórdenes fisiológicos para convencerle de que era razonable que le examinara el doctor Hugh Butt, especialista de hígado, en el St. Mary's Hospital, en Rochester, Minnesota. Butt encontró una ligera diabetes e hipertrofia del hígado: el castigo por toda una vida de beber intensamente. Era de esperar que podía tener la rara enfermedad llamada hemocromatosis, pero un diagnóstico definitivo requeriría una biopsia que el doctor Butt no estaba en aquel momento preparado para llevar a cabo. Había hipertensión, desde luego, y tal vez los medicamentos que Hemingway había estado tomando para controlarla fueran parcialmente responsables de los síntomas depresivos. El doctor Howard P. Rome, que era psiquiatra pero que no se había presentado al paciente como tal, recomendó y administró una serie de tratamientos de electroshock.

Por Año Nuevo, en 1961, Hemingway, un hombre viejo y frágil, con cabello blanco, pálido, de miembros enflaquecidos, pero aparentemente mucho mejor, fue autorizado para regresar a su casa en Ketchum. Se le pidió que contribuyera con una frase a un volumen que iba a ser entregado al recientemente investido presidente John F. Kennedy, pero todo un día de trabajo no produjo nada. «Ya no quiere salir, nunca más.» Lloró. Llegó la primavera y Hemingway, preocupado en alguna visión interior o con la cercana revelación de *nada,* parecía no verla en absoluto. Cogió una escopeta de caza y dos cartuchos. Mary, que sufría mucho y mostraba un raro coraje, le estuvo hablando hasta que el médico llegó para tomarle, como cada día, la presión sanguínea. El médico persuadió a Hemingway para que le entregara la escopeta.

Tuvo que ser ingresado de nuevo en el hospital. Antes de subir al coche que le iba a llevar al aeropuerto, se precipitó al armero y se puso un arma cargada en la garganta. Frustrado el intento, todo el viaje en el avión murmuró la palabra «Shanghaied». El avión aterrizó, a medio camino de Rochester, para repostar y Hemingway, en apariencia bastante cuerdo, bajó para estirar las piernas. Rebuscó frenéticamente un arma por todos lados, incluso en las guanteras de los coches aparcados. Intentó ponerse directamente en el camino de otro aparato que rodaba por la pista. De nuevo con el doctor P. Rome, le hicieron dar su palabra de honor de que no intentaría suicidarse de nuevo. Su demencia tomó una forma muy astuta, en la cual mostraba rasgos de locura a su esposa y a los médicos la fisonomía de la más amable cordura. El doctor Rome, para horror de Mary, pensó que podía ser dado de alta sin peligro. Mientras iban en coche hacia Ketchum vio cómo empezaban de nuevo sus irracionales temores. Almorzaron en el campo y bebieron vino: los

policías del estado, estaba seguro, les arrestarían por llevar alcohol. Se preocupaba por dónde podrían pasar la noche: Mary tuvo que telefonear para hacer reservas en moteles que, estaba segura, iban a estar completamente vacíos. De vuelta en Ketchum estaba malhumorado, pero parecía resignado a seguir viviendo.

El domingo 2 de julio de 1961, por la mañana, se levantó muy temprano mientras Mary aún dormía, encontró la llave de la habitación donde estaban guardadas las armas, cargó una escopeta de dos cañones que había empleado para matar pichones y la llevó a la habitación frontal de la casa. Al hablar con Hotchner por primera vez por teléfono se había presentado como «doctor Hemingway». El que muere este año se libera el próximo. Le debemos una muerte a Dios. En el relato *A Clean Well-Lighted Place* hay una oración: «Nada nuestro que estás en nada, nada es tu nombre, tu reino nada, tú serás nada en nada como es en nada.» Se puso el doble cañón de la escopeta en la frente y apretó el gatillo. El ruido despertó a toda la casa.

De los libros de Hemingway publicados póstumamente, *Islands in the Stream* es el de mayor tamaño. Su viuda y su editor decidieron imprimirlo en 1970. Reconocían que necesitaba una buena revisión, pero consideraban que la obra tenía suficiente mérito intrínseco para formar parte de la producción de Hemingway. Para los estudiosos de la atormentada psique de Hemingway tiene su propio interés. El profesor Waldhora dice: «Si la consideramos una obra de arte formal, la novela no supera un análisis cuidadoso. Pero hay presente en el trabajo otra clase de dolor también, el tormento del autor, cuya experiencia personal es casi aterradoramente transparente por debajo de las distorsiones de la ficción. Lo que *Islands in the Stream* (filmada en 1977 con George C. Scott como Thomas Hudson y dirigida por Franklin J. Schaffnen) tiene de fuerza, y es poderosa, yace justo más allá de los límites del arte literario.»

La primera, más larga y mejor sección de la novela trata de las vacaciones de verano de Thomas Hudson, famoso pintor norteamericano, cuyos tres hijos están con él en la isla de Bimini. Hudson es, en apariencia, muy querido y respetado por todos, sin tener que evidenciar ninguna cualidad amable, aunque su respetabilidad nunca se pone en duda. Ha triunfado en su arte, aunque no en sus dos matrimonios. Supervisa el ritual de la iniciación a la virilidad de sus hijos más jóvenes, que toma la forma de una lucha con grandes

«Ya no quiere salir, nunca más.» La literatura había acabado para Hemingway. ▶

John F. Kennedy Library





peces. Es un buen padre, pero un tanto remoto, como sacerdotal, no un compañero. Los dos hijos parten después de sus vacaciones. Pocos días más tarde, Hudson recibe un telegrama diciéndole que ellos, con su madre, su segunda esposa, han muerto en un accidente de coche.

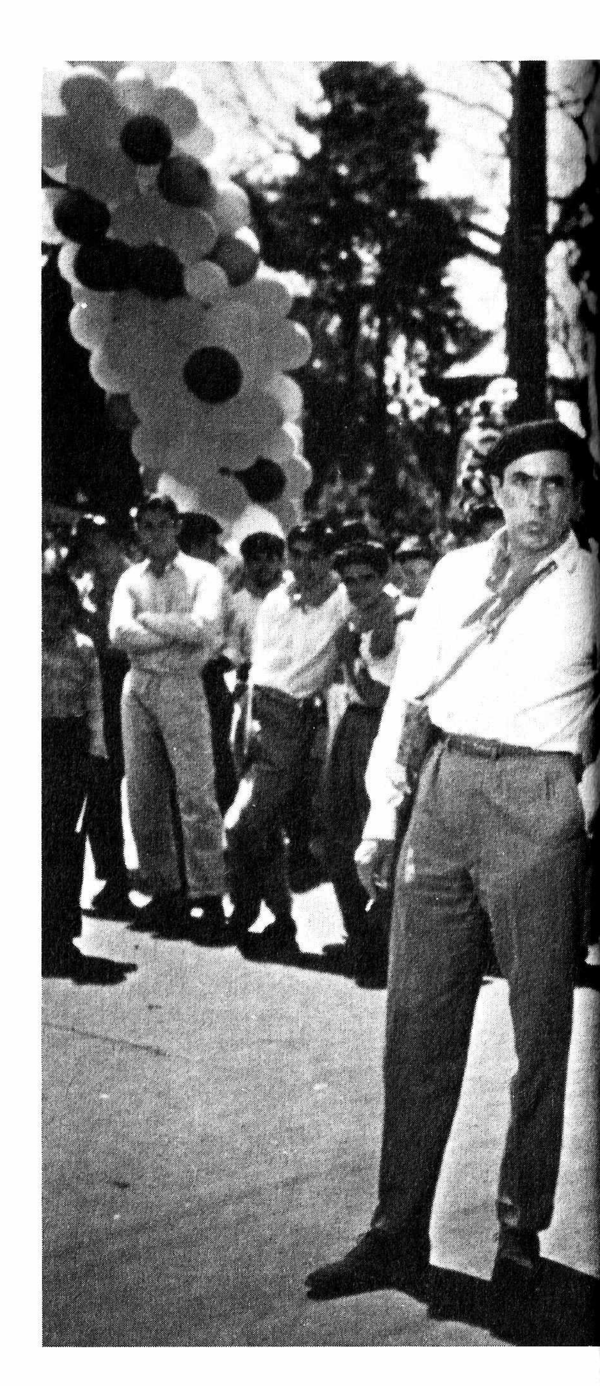
En la segunda parte de la novela Hudson es informado de que su hijo mayor, piloto de combate en la II Guerra Mundial, ha muerto en la lucha. Su primera esposa, la madre, llega inesperadamente. Es actriz y actúa animando a las tropas en el frente; tiene un poderoso parecido con la «teutona» de Hemingway, Marlene Dietrich. No sabe nada de la muerte de su hijo. Ella y Hudson hacen el amor y las malas noticias se dan como si no tuvieran importancia y son recibidas del mismo modo. «Dime, ¿está muerto?» «Seguro.» Más tarde, en la tercera parte, Hudson sale en busca de los supervivientes de un submarino nazi hundido frente a la costa cubana, mandando una tripulación de seis hombres en su yate camuflado, evidentemente el «Pilar». Se las arregla, o se dice a sí mismo que se las arregla, para no pensar en sus hijos muertos. Entonces es herido gravemente, tal vez mortalmente, no se nos permite estar seguros. Probablemente Hemingway era desesperadamente supersticioso ante la descripción de lo que sería, en efecto, su propia muerte.

Y con todo, Hudson, triunfante, amado y respetado, casi no piensa en otra cosa que no sea la muerte a lo largo de todo el libro. Hemingway tiene que justificar su obsesión mediante una variedad de artificios poco convincentes, recuerdos de un hermano más joven ahogado, el frío informe de la muerte de sus hijos, una guerra en la que se espera que muera gente. Incluso inserta sueños y pesadillas que desvían la obsesión de Hudson al nivel de lo irracional. Uno de los sueños presenta a Hudson utilizando, parece, una pistola como pene y luego aceptando cansadamente el papel de la mujer en el acto amoroso. La fatiga, el impulso hacia la muerte, son los del mismo Hemingway. Tenemos un ejemplo elástico de un trabajo de creación que, no totalmente logrado como arte, no ilumina suficientemente, tampoco, el compromiso espiritual del creador, cuyo tormento psíquico le ha llevado, presumiblemente, al intento catártico de un libro.

¿Qué le pasaba a Hemingway? Posiblemente una creciente tristeza por su fracaso en ser su propio mito; más posiblemente una

◀ *George C. Scott interpretó en 1977 el papel de Thomas Hudson en la película* La isla del adiós, *basada en la novela homónima de Hemingway. El personaje de Hudson tenía muchos rasgos del propio Hemingway.*

Tyrone Power, Ava Gardner, Mel Ferrer y Eddie Albert en una escena callejera de la versión cinematográfica de la novela de Hemingway, publicada póstumamente, Fiesta. *Muchas de las obras de Hemingway han sido adaptadas como guiones cinematográficos, pero prácticamente ninguna de las películas ha superado la mediocridad; ninguna de ellas alcanzó la altura que merecía la categoría literaria de Hemingway.*




PAMPLONA

incapacidad sexual que, considerando sus proezas en otros terrenos de la acción viril, le desconcertaba profundamente. Siempre alardeaba de tener *cojones*, pero los *cojones* no tienen en propiedad nada que ver con la capacidad de disparar las armas. Puede que hubiera un cierto asco de sí mismo por no haber sido capaz de vivir a la altura de su ideal juvenil, joyciano, de dedicación artística total: se había convertido en una masa de músculo público y, corrompido por la clase equivocada de fama, se encontró con que era demasiado tarde para retroceder. Con la fama, o en cualquier caso, con cualquier clase de sensación de reconocimiento de méritos, puede esperarse la incursión de una melancolía crónica, que se expresa como un ansia de morir. O, más sencillamente, Hemingway se veía como excepción a la regla de Thoreau de tener que, como todos los hombres, vivir una vida de serena desesperación: no pudo hacer frente a la tensión que la mayoría de hombres sufren elegantemente; era demasiado parecido a un dios para que se esperara de él que tuviera que hacerle frente.

París era una fiesta, los apuntes de París reelaborados que, después de un montón de paciente moldear y limar, emergieron como una especie de autobiografía de los años de aprendizaje literario, aparecieron en 1964. La connotación religiosa del título es tan apta como la de *The Sun Also Rises*. El joven Hemingway y sus amigos están hambrientos y son lo bastante pobres como para ver cualquier comida como un sacramento; la fiesta de fe y esperanza (aunque no mucha caridad) que es la *vie de bohème* de los años veinte pasó de verdad y, conservada en la memoria, puede volver a suceder una y otra vez como una potente liturgia, revivificadora de un presente que, paradójicamente, está bien alimentado, pero vacío de elementos nutritivos. Hemingway no envuelve aquellos días con un indiscriminado velo de afecto: recuerda ciertos personajes con un desagrado sin paliativos y una cruel expresión verbal: los ojos de Wyndham Lewis son los de un «violador fracasado» (Lewis escribió un ensayo sarcástico sobre Hemingway, haciéndole aparecer como un «buey estúpido»), Ford Madox Ford es un «bien vestido tonel ambulante puesto en pie», Gertrude Stein «era endiabladamente encantadora hasta que se volvió ambiciosa». Scott Fitzgerald aparece para recibir la mayor censura y el tratamiento más detallista y finalmente es borrada del mapa sin piedad:

«Muchos años más tarde, en el bar del Ritz, mucho después del final de la II Guerra Mundial, Georges, que es el barman principal ahora y que era el *chasseur* cuando Scott vivía en París, me preguntó: "Papá, ¿quién era ese monsieur Fitzgerald por el que todo el mundo me pregunta?..."

»"Escribió dos libros muy buenos y otros que no acabó, y los que conocen mejor su obra dicen que hubiera sido muy bueno..."

»"Es raro que no tenga ningún recuerdo de él", dijo Georges.»

Pero el libro no sólo es un ejercicio de destrucción. Joyce es recordado con admiración y Pound con afecto. Y la ciudad en sí misma conserva el amor de Hemingway:

«Cuando regresamos a París estaba claro y hacía frío y era hermoso. La ciudad se había acomodado para el invierno, había buena leña en venta en la tienda de leña y carbón al otro lado de la calle, y había braseros fuera en muchos de los buenos cafés para que pudieras estar caliente en las terrazas. Nuestro propio apartamento era cálido y alegre. Quemamos *boulets,* que eran terrones de carbón en polvo, moldeados en forma de huevo, sobre el fuego de leña, y en las calles la luz del invierno era bella. Ahora ya estabas acostumbrado a ver los árboles desnudos contra el cielo y paseabas sobre los senderos de grava recién lavada a través de los jardines de Luxemburgo bajo el viento limpio y penetrante. Los árboles sin sus hojas eran pura escultura cuando te reconciliabas con ellos, y los vientos del invierno soplaban a través de la superficie de los estanques y las fuentes se henchían en la brillante luz. Todas las distancias eran cortas desde que estuvimos en las montañas.»

La prosa es Hemingway puro, sencilla y muy evocadora, aceptando la vida, pero, como siempre en su obra, matizándola de melancolía. La melancolía reside en la forma misma de las frases que, siempre evitando el ritmo periódico, no pueden huir de una decadencia doliente. La melodía de Hemingway es elegíaca incluso cuando más enaltece la alegría:

«París no tiene fin y el recuerdo de cada persona que ha vivido allí difiere del de todas las demás. Siempre regresábamos a París; no importa quiénes fuéramos ni lo que hubiera cambiado ni cuán difícil, o fácil, fuera llegar. París siempre valía la pena y siempre te daba algo a cambio de lo que tú le dieras. Pero París era así en los viejos tiempos, cuando éramos jóvenes y pobres y muy felices.»

La melodía de Hemingway fue una contribución nueva y original a la literatura mundial. Está en los oídos de todos los hombres y mujeres jóvenes que empiezan a escribir. Y el código del valor de Hemingway, y el héroe de Hemingway con su estoico aguante en la adversidad han ejercido una influencia que desborda la literatura.

Pese a que las carencias del hombre mutilaron su trabajo, el mejor Hemingway es una fuerza seminal tan considerable como Joyce, o Faulkner, o Scott Fitzgerald. Incluso el peor Hemingway nos recuerda que para comprometerse en la literatura uno tiene primero que comprometerse en la vida.

Cronología

1899 21 de julio: Ernest Hemingway nace en Oak Park, cerca de Chicago, segundo hijo del doctor Clarence E. Hemingway y de Grace Hall.

1917 Después de graduarse en la Oak Park High School, Hemingway entra a formar parte del *Kansas City Star*, como reportero subalterno.

1918 Imposibilitado, por una visión defectuosa, para unirse a las Fuerzas Armadas en la gran guerra, en la que los Estados Unidos acaban de entrar, se enrola en la Cruz Roja como conductor de ambulancia. Enviado a Italia, es herido en el frente de Piave mientras llevaba a cabo un rescate. En el hospital, en Milán, se enamora de una enfermera, Agnes von Kurowsky. Condecorado por su valor bajo el fuego por el gobierno italiano y el de Estados Unidos.

1919 Regresa a Oak Park, siendo recibido como héroe de guerra. Inquieto, criticado por su madre por indolente, empieza a escribir en serio, pero sin éxito comercial.

1920 Se incorpora al *Toronto Star*. Más tarde es redactor jefe en una publicación periódica en Chicago. Se casa con Hadley Richardson y en diciembre marcha con ella a París como corresponsal en Europa del *Toronto Star*.

1923 Nace su primer hijo. Se publica *Three Stories and Ten Poems* en París.

1924 Publica *In Our Time*, de nuevo en París. Edmund Wilson da noticia favorable del libro. Ayuda a Ford Madox Ford en la *transatlantic review*.

1925 *In Our Time*, su primera publicación comercial, consigue buenas críticas en Estados Unidos.

1926 Publica *The Torrents of Spring*, sátira malintencionada del estilo literario de su amigo Sherwood Anderson. En octubre, *The Sun Also Rises (Fiesta*, en Gran Bretaña y en España) tiene un gran éxito tanto comercial como de crítica.

1927 *Men Without Women*, un volumen de relatos, confirma la importancia de Hemingway. Se divorcia de Hadley.

1928 Se casa con Pauline Pfeiffer y regresa con ella a América. Abre casa por primera vez en su tierra nativa, en Cayo Hueso, Florida. Nace su segundo hijo, y el difícil parto de Pauline queda narrado en *A Farewell to Arms*. Su padre, con una enfermedad incurable, se suicida.

1929 Se publica *A Farewell to Arms.*

1932 Se publica *Death in the Afternoon*, un libro sobre los toros. Hemingway es censurado por los escritores de la izquierda por no tocar en su obra los más importantes problemas políticos y económicos del periodo de la depresión.

1933 Aparece *Winner Take Nothing.*

1935 Se publica *Green Hills of Africa.*

1937 *To Have and Have Not* intenta satisfacer a los críticos izquierdistas presentando los problemas de un individuo libre en una sociedad corrupta dominada por el dinero.

1937 Hemingway está en España como periodista, pero su simpatía por el Frente Popular y su enemistad contra Franco se hacen evidentes en el filme *The Spanish Earth.*

1938 Publica su obra de teatro prorrepublicana *The Fifth Column*, encabezando su volumen de relatos, que incluye *Francis Macomber* y *The Snows of Kilimanjaro,* penetrantes obras surgidas de su safari africano.

1940 Se casa con Martha Gellhorn, compañera periodista, cuya amistad ha madurado en España. Su casa en Florida ha sido cedida a Pauline. Se establecen en Cuba. *For Whom the Bell Tolls* es enormemente popular, pero los críticos se quejan de un deterioro del nivel literario.

1941 Hemingway y Martha marchan a Extremo Oriente para escribir artículos sobre la guerra chino-japonesa. Con la entrada de Estados Unidos en la II Guerra Mundial, Hemingway manda su propio *Barco Q.* frente a la costa de Cuba.

1944 Marcha a Europa como corresponsal de guerra, toma parte en la invasión de Normandía, entra en París con su propia unidad de partisanos. Tiene problemas por haber violado el estatus de no combatiente, pero eventualmente le conceden la medalla de bronce.

1945 Enamorado de la periodista Mary Welsh, Martha se divorcia de él.

1946 Se casa con Mary, su cuarta y última esposa, y empieza a trabajar en una saga literaria sobre la tierra, el mar y el aire.

1948 En Italia recoge material para:

1950 *Across the River and Into the Trees.* La novela tiene una pobre acogida.

1952 Hemingway recupera su reputación con *The Old Mand and The Sea.* La obra tiene un tremendo impacto en millones de lectores.

1953 Le conceden el premio Pulitzer, uno de los más preciados galardones literarios de Estados Unidos.

1954 Le conceden el premio Nobel. Se lamenta de su incapacidad para ir a

Estocolmo y recibirlo en persona, alegando las secuelas de la conmoción cerebral sufrida en dos aterrizajes violentos sucesivos en Africa. De hecho, sufre una degeneración física y nerviosa general.

1960 Trabaja en un extenso estudio sobre la corrida llamado *The Dangerous Summer*, parte del cual es publicado en la revista *Life* y posteriormente en *Gaceta Ilustrada*, y recopilando un volumen de recuerdos de París titulado *A Moveable Feast*. Enfermo, va a una clínica en Minnesota.

1961 Se traslada a Ketchum, Idaho, porque Cuba es un país demasiado inestable para vivir en los primeros días de la toma de poder por Castro. Su enfermedad empeora pese a un tratamiento especializado. Exangüe físicamente, profundamente psicótico, se suicida el 2 de julio.

Testimonios

James Joyce

Es un buen escritor, Hemingway. Escribe tal como es. Nos gusta. Es un campesino grande y poderoso, tan fuerte como un búfalo. Un deportista. Y listo para vivir la vida sobre la que escribe. Nunca la hubiera escrito si su cuerpo no le hubiera permitido vivirla. Pero los gigantes de esta clase son verdaderamente modestos; hay mucho más detrás de la forma de Hemingway de lo que la gente cree.

William Faulkner

Hemingway aprendió por sí solo un modelo, un método que podía usar, y se atuvo a él, sin enredar por ahí intentando experimentar.

Max Eastman

Está muy claro que Hemingway carece de la confianza de ser todo un hombre... No sólo se trata de probar su hombría con la recia corpulencia de sus anchos hombros y con su indumentaria, sino también con el estilo de su prosa y los sentimientos que describe. Esta particularidad característica ha creado una nueva directriz en la literatura anglonorteamericana, un estilo literario que gusta, por decirlo así, de llevar falsos pelos en el pecho.

J. M. Valverde

Quizá hay dos perspectivas muy diferentes para la valoración de Hemingway; su papel dentro del mecanismo interno de la literatura norteamericana, y su opción a un valor universal, donde resulta crítico el contraste entre la funcionalidad de su narrativa y la pobreza de su sentido humano, y, por ende, de su construcción del relato largo. No es vano el paralelo, en el terreno de la prosa española, con Baroja, en su dimensión de éxito ejemplar y en su dimensión de fracaso: por algo Hemingway acudió al lecho de muerte de Baroja declarándose su discípulo.

Eric Nepomuceno

En sus relatos y novelas se vislumbra una obra que no intenta, en última instancia, aclarar los problemas o comentar las experiencias de la situación y de sus protagonistas. Fundamentalmente, Hemingway era un escritor de temas. Relataba actitudes ejemplares, nostalgias reveladoras, mitologías eficaces. Entre sus cuentos y novelas surgen de inmediato los grandes temas profundizados hasta constituir un universo redondo y acabado, que define la relación de Ernest con ese mundo real y peligroso que deseaba devorar. Cada una de sus líneas está cargada de tensión, aquella tensión que resume la alegría y la tragedia de existir y sobrevivir.

Klaus Mann

Es un autor ante el que sólo cabe someterse. En él se amalgama lo mejor de la tradición americana y europea. Hemingway no es un americano europeizado, por-

que sus raíces americanas son demasiado profundas y esenciales para llegar a tanto. Es el prototipo del americano, pero alberga en su interior la carga de experiencias íntimas de un europeo. Su visión del mundo se caracteriza por esa frescura típica de su joven nación, y al mismo tiempo por ese disimulo propio de nuestro viejo continente. ¡Ojalá se le leyera mucho más!, porque Hemingway es un poeta plenamente representativo de nuestra época.

Werner Richter

No nos guía el excesivo amor a la protesta, sino un afán consciente y bien meditado, cuando nos preguntamos si es posible todavía el hombre libre en contacto con la naturaleza, si puede darse aún ese pionero, rodeado de amenazas, que creó en el pasado ese gran país que es Estados Unidos: es decir, el héroe en sentido químicamente puro, parecido al Aquiles de los helenos, al Mucio Escévola de los romanos o al vencedor del dragón de los países centroeuropeos. Ante la personalidad de Hemingway podemos preguntarnos si existe todavía el hombre que, sin ninguna sombra de duda y de manera natural, es capaz de sacrificar su corporalidad física en aras de un objetivo que él juzgue suficientemente importante... Por supuesto que sería muy burdo afirmar tajantemente que Hemingway quería ser un héroe. En realidad su meta consistía en averiguar si a mediados del siglo XX era posible todavía lo heroico.

Hermann Stresau

Hemingway es un escritor que en la época posiblemente más locuaz y curiosa de todas se calla las siete octavas partes de lo que sabe y piensa; un autor que, con su silencio, se niega a aventurarse más allá de la línea de flotación. Nos basta con examinar su lenguaje, ese lenguaje extremadamente lacónico, directo y dúctil que sólo en contadas ocasiones, cuando se trata de experiencias frontales del ser humano que trascienden lo sensorial, recurre a elementos metafóricos. Nos basta con todo esto y con el sufrimiento amargo del viejo, con ser feliz con él cuando sueña con leones cerca de la costa de Africa, con entender el amor del joven por el viejo; nos basta con saber que en todo esto reside el símbolo de la existencia humana.

Bibliografía

CASTILLO PUCHE, J. L.: *Hemingway, entre la vida y la muerte*. Barcelona, Destino, 1968.

HEMINGWAY, L.: *Mi hermano Ernest Hemingway*. Barcelona, Plaza & Janés, 1963.

HOTCHNER, A. E.: *Papá Hemingway*. Barcelona, Grijalbo, 1968.

LANIA, L.: *Hemingway*. Barcelona, Destino, 1968.

NEPOMUCENO, E.: *Hemingway: Madrid no era una fiesta*. Madrid, Altalena, 1978.

PEREZ GALLEGO, C.: *El héroe solitario en la novela norteamericana*. Madrid, Prensa Española, S.A.

WILSON, E.: *Crónica literaria*. Barcelona, Barral, 1972.

YOUNG, P.: *Tres escritores norteamericanos*. Madrid, Gredos, 1961.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumemberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.



ERNEST HEMINGWAY

La vida de Ernest Hemingway presenta en sí misma suficientes alicientes para ser una lectura amena, pero se necesita una pluma ágil y perspicaz que sea capaz y dejar constancia de todos los matices que una personalidad como la de Hemingway presenta. Anthony Burgess, el autor de esta biografía, posee esa pluma.

Novelista dotado de un mordaz sentido del humor y de una fértil imaginación, Burgess nos presenta en este libro la historia de un escritor consagrado, pero también la vida de un aventurero, de un hombre que, al final, se destruyó a sí mismo para no ser derrotado.